



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES



La virtud en el gobernante a partir del estudio de la vida y obra del emperador Marco Aurelio

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA (OPCIÓN CIENCIA POLÍTICA)

PRESENTA:

Karla Barrios Ortiz

ASESOR:

Dr. Fernando Pérez Correa

México D.F. Diciembre , 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

- Introducción..... 5

- Capítulo 1. La circunstancia: El Imperio Romano durante el siglo II

1.1 El Imperio..... 10

1.2 Situación económica.....17

1.3 Corrupción y vicios..... 25

1.4 Los estoicos y la virtud..... 33

- Capítulo 2. La virtud en Marco Aurelio

2.1 La virtud como una facultad de la razón..... 40

2.2 Los deberes como salvación..... 47

2.3 La virtud frente a la circunstancia..... 57

2.3 De la teoría a la práctica..... 64

2.4 Ascetismo y el control sobre las pasiones..... 71

- Capítulo 3. Las acciones: Marco Aurelio como emperador romano

3.1 La ascensión..... 78

3.2 La guerra contra los partos..... 87

3.3 Asuntos públicos y legislación..... 91

3.4 La guerra en el Danubio.....	101
3.4.1 <i>La formación de un nuevo ejército</i>	104
3.4.2 <i>Primeras negociaciones con los germanos</i>	107
3.4.3 <i>Financiamiento de la guerra por medio del tesoro imperial</i>	110
3.4.4 <i>Rechazo a petición del ejército de un aumento salarial</i>	111
3.4.5 <i>El milagro de la lluvia</i>	113
3.4.6 <i>La Conspiración de Avidio Casio</i>	115
3.4.7 <i>Los últimos años de la guerra</i>	121
3.5 Los conflictos con los cristianos.....	126
3.6 Cómodo heredero.....	131
3.7 La muerte de Marco Aurelio.....	137
- Conclusiones.....	143
- Bibliografía.....	146

“Filosofía y política... son vocaciones que tienden a ser divergentes, pero que con aplicación y sentido del deber, un sentido que Marco recibe de sus educadores y confirma en la filosofía misma, pueden, y deben, encontrarse” (Javier Campos Daroca, en estudio preliminar de “Marco Aurelio: Pensamientos, Cartas, Testimonios”)

“...y tras haber ascendido y contemplado suficientemente, no permitirles lo que ahora se les permite... quedarse allí y no estar dispuestos a descender junto a aquellos prisioneros, ni participar en sus trabajos y recompensas... si se forja a tales hombres en el Estado, no es para permitir que cada uno se vuelva hacia donde le de la gana, sino para utilizarlos para la consolidación del Estado” (Platón, La República, L. VII)

Introducción

“El siglo II me interesa porque fue, durante mucho tiempo, el de los últimos hombres libres”¹

Diferentes autores a lo largo del mundo han imaginado Repúblicas ideales en el mundo del conocimiento, y de la mano de esos esfuerzos han tratado también de definir las virtudes propias de lo que sería un buen gobernante. Pese a las diferencias que aportan las circunstancias particulares de cada autor, lo que involucra al tiempo y espacio que ocupan y han ocupado dentro de este mundo, muchos de ellos han coincidido en valores que debería de poseer un gobernante y, en la mayoría de las veces, estos estudiosos y grandes pensadores convergen en una misma idea: el buen gobernante, es el que enfoca todos sus esfuerzos para procurar, antes que cualquier otra cosa, el bienestar de su pueblo.

Otro de los puntos coincidentes es, paradójicamente, el hecho innegable de que cada gobernante debe gobernar dentro de su realidad específica, lo que debe de llevarlo a establecer diferentes prioridades y a emplear diferentes métodos para finalmente alcanzar el objetivo deseado. Esta es, sin duda, la razón por la que el estudio de las virtudes de un gobernante no puede estar exento, bajo ningún motivo, de una investigación más o menos detallada de su tiempo e incluso de los tiempos que le anteceden, pues los métodos que emplee cada gobernante y los propósitos que establezca estarán siempre ligados a su circunstancia, y mientras no se comprenda esto, sus acciones no podrán ser nunca evaluadas con justicia.

Conforme a lo anterior, uno de los principales objetivos de presente trabajo es enmarcar la virtud de Marco Aurelio en el contexto de su tiempo, específicamente de su siglo, que fue según Yourcenar, *el de los últimos hombres libres*, y según Maquiavelo el de *los buenos emperadores*, pues no se puede comprender la virtud de un hombre como Marco Aurelio sin comprender las necesidades de su tiempo

¹ Margaritte Yourcenar, Cuaderno de notas a las *Memorias de Adriano*, ed. Sudamericana S.A., 2006, p. 286

y las expectativas que se tenían en ese momento de un soberano, que además no era un soberano cualquiera, sino un emperador.

Ahora bien, además de su circunstancia inmediata que contempla todo su siglo, se tomó en cuenta también la circunstancia que envuelve toda una época y que comprende, entre otras cosas, la historia de la Grecia antigua con sus filósofos, sus costumbres y sus valores. Y es que tampoco se puede comprender la historia de la Antigua Roma sin la influencia que tuvo Grecia en ella. Son múltiples los aspectos en los que sin duda influyó Grecia en Roma; sin embargo, para los fines que conciernen a esta investigación es suficiente analizar las principales doctrinas filosóficas que influyeron en los principales pensadores de Roma, tanto de la República como del Imperio, que a su vez influyeron en el pensamiento del emperador y que contribuyeron, sin duda alguna, a conformar su virtud.

Marco Aurelio, no sólo recibió el compendio de toda una historia de pensamiento en los filósofos de su tiempo, sino que él mismo por instrucción de sus propios maestros, leyó directamente a los grandes maestros de las antiguas academias griegas. De ellos obtuvo las mejores herramientas para poder llevar a cabo la tarea que le había sido asignada, aunque fue principalmente de los estoicos, de quienes obtuvo la mayor influencia, pues de ellos no sólo extrajo algunas ideas, sino que adoptó toda una forma de concebir su mundo y su realidad.

Cabe mencionar que la virtud de Marco Aurelio no se aborda en este trabajo como algo meramente teórico, pues su virtud trascendió este terreno y se insertó en su vida práctica, lo que por consiguiente provocó que terminara insertándose en todo el Imperio pues, como ya se mencionó, un emperador no era un soberano cualquiera, sin duda su influencia era regia. Ser emperador significaba ser político, legislador, administrador, economista, juez, y general del ejército. Él era un símbolo de unidad, representaba una serie de valores, y como un padre, él guiaba a su pueblo, ya fuera hacia su perdición o hacia su redención. Con su conducta un emperador podía alentar a la virtud o al vicio, pues como explica Fray Antonio de Guevara, “si es inclinado a cazar, todos cazan; si en juegos, todos juegan; si a armas, todos tornean; si es adúltero, todos adulteran; si es liviano,

todos son locos; si es virtuoso, todos son cuerdos; si es callado, todos se refrenan; si es atrevido, todos se desmandan; si es piadoso, todos son clementes; y si es sabio, todos dependen.”²

En el caso particular de Marco Aurelio, su inclinación a la filosofía, como explica también el fraile, hizo de Roma un verdadero plantel de filósofos, pues con tal de ganarse el favor del emperador, muchos aseguraban profesar un cierto amor por esta rama del saber.

Estas inclinaciones del emperador tuvieron impactos muy concretos en Roma, es decir, no sólo influenciaron la conducta de los súbditos, sino también las acciones que realizó Marco Aurelio como gobernante. En cada decisión que tomaba él imprimía el sello del estoicismo que, como se explicara de manera detallada en este trabajo, ya desde unas décadas anteriores a su advenimiento había logrado penetrar en el imperio como la doctrina oficial. Desde los tiempos de Trajano, el estoicismo ejercía su influencia, desde la forma en la que se ejercía justicia hasta en la manera como se trataban los asuntos de la guerra. Esta doctrina en definitiva lo invadió todo, y por lo tanto, tampoco se pueden comprender las acciones del emperador si no se comprenden los principios que la rigen.

Marco Aurelio veía el mundo con los ojos de un estoico, de un filósofo, aunque también es cierto que antes que un filósofo él era un gobernante, un político. Sin embargo, su grandeza radicó precisamente en el hecho de que él, como ningún otro gobernante, logró encontrar ese vínculo tan delgado, tan imperceptible y a la vez tan fuerte, que une a la filosofía con la política. Marco Aurelio comprendió en el deber de sus funciones que, un filósofo que ha probado de los deleites de la lucidez y el esclarecimiento, no debe apartarse del mundo social sino que por el contrario debe de imbuirse en él, involucrarse con su comunidad y su entorno en general, y luchar por ellos, para lo cual no existe mejor medio que la política.

² Antonio De Guevara, *Libro áureo de Marco Aurelio*, [en línea], versión de Emilio Blanco, Madrid, *Biblioteca Castro* de la Fundación José Antonio de Castro: *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, tomo I , 1994, c. IV

Finalmente en este trabajo se examinará la virtud de Marco Aurelio desde tres enfoques distintos: primero, como consecuencia de su circunstancia inmediata; en segundo lugar, como fruto de las principales doctrinas filosóficas que marcaron toda una época que fue, la que los historiadores modernos han denominado *época antigua*; y en tercer lugar se analizará la vida del emperador para explicar como es que su virtud fue el motor de importantes acciones políticas.

Estos tres enfoques se vinculan de manera cronológica dentro de la vida del emperador, pues una cosa sigue a la otra en una lógica causal. Las circunstancias determinaron su pensamiento, y su pensamiento se convirtió en el eje de sus acciones a lo largo de su vida. Al final todo se conecta, y en la medida en la que se van descubriendo más cosas sobre su vida, se va percibiendo en Marco Aurelio un mayor unidad, es decir, todo va adquiriendo un mismo tinte.

Es así como se comienza a conocer mejor al hombre y por otra parte, se van develando poco a poco los fragmentos del gran universo que constituye el estudio de la virtud de un gobernante.

Capítulo 1. La circunstancia: El Imperio Romano durante el siglo II

Durante el siglo I, el sueño que había levantado grandes ciudades e impulsado las leyes más justas, había comenzado a desvanecerse entre la corrupción y los vicios que protagonizaban los emperadores. Los vicios se habían incrementado como consecuencia de la abundancia y de la falta de ideales, pues ante un futuro incierto, las sociedades habían dejado de planificar y de prever, y se habían entregado a la inmediatez de los momentos, colmados de placer en medio de los excesos, mientras que la prosperidad económica, que se había alcanzado a través de las conquistas, había ensanchado el terreno para las prácticas hedonistas.

Es importante destacar que el Imperio Romano abarcaba, por estos tiempos, la parte más florida de la tierra -como expresa Gibbon. Sus territorios colindaban al poniente con el océano Atlántico, al norte con el Rin y el Danubio, al oriente con el río Éufrates, y al mediodía con los arenales desiertos de Arabia y de África³; lo que permitía a los romanos controlar toda la zona del Mediterráneo y posicionarse como un punto estratégico dentro de las relaciones comerciales que fluían entre oriente y occidente.

Por algunas décadas, los beneficios del comercio mantuvieron a Roma en la opulencia, disipada en sus vicios, sin embargo, no tardó mucho en llegar el hastío, y lo que resultaba aún más grave, la escasez. Los recursos comenzaron a acabarse y la maquinaria de guerra que antes había provisto a Roma toda clase de bienes a través de las conquistas, se había debilitado a causa de los malos hábitos. Aunado a esto, la barbarie había evolucionado, muchas tribus se habían unido y otras más llegaban del norte y del oriente creando tensión en las fronteras del Imperio. Las conquistas de los pueblos bárbaros “dificultábase más,

³ Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Tomo I, Madrid, ed. Turner, 1984, p. 20

aventurábase más el éxito, y resultaba la posesión en extremo contingente cuanto menos provechosa”⁴.

Para finales de este primer siglo la situación se había vuelto muy crítica, el Imperio parecía encaminarse hacia su propio fin; sin embargo, la adversidad trajo consecuencias inesperadas. Los emperadores, que antes habían sido odiosos para el pueblo, de pronto se volvieron virtuosos, más virtuosos incluso de lo que habían sido los soberanos más destacados de la República, pues el régimen que había fundado Cesar Augusto, brindaba el escenario ideal para que los gobernantes extendieran, ya fuera su virtud, ya fueran sus vicios.

Frente a la escasez, los emperadores del siglo II habían perdido el derecho de llevar la vida plácida que tanto había caracterizado a sus antecesores. Debían ahora, y porque la necesidad les obligaba a ello, abstenerse de los placeres y trabajar por el Imperio. Era necesario echar a andar de nuevo la maquinaria de guerra que antes había procurado tanta prosperidad, y era necesario también, rescatar los principios que alguna vez habían hecho grande a la República.

Engalanados sus propias virtudes, los emperadores avivaron la virtud pública que los antiguos habían llamado patriotismo⁵ e introdujeron en el Imperio los principios del estoicismo que se acomodaban a las exigencias prácticas de la vida.⁶

⁴ Gibbon, op. cit., p. 19

⁵ Gibbon, op. cit., p. 25

⁶ Mijail Rostovtzeff, *Historia social y económica del imperio romano*, tomo I, traducido del inglés por I. López-Ballesteros, Madrid, ed. Espasa Calpe, 1981, p. 261

1.1 El Imperio

“Para organizar el gobierno se deberá acudir mejor a instituciones monárquicas que populares, a fin de que los hombres cuya insolencia no pueden corregir las leyes, sean refrenados por un poder casi regio. Querer hacerlos buenos por otro camino sería empresa cruelísima o imposible...”⁷

Rostovtzeff menciona que el Imperio Romano era un Estado mundial y Roma el centro del mundo⁸, pero del mundo civilizado, pues lejos de los dominios romanos aún se hallaba el mundo recóndito y temible de los bárbaros. A la cabeza del mundo civilizado estaba el emperador que, más que un jefe o rector, constituía un símbolo que representaba la unidad del Imperio, pues desde su fundación, “el mundo había llegado a ser un solo Estado-ciudad.”⁹

Después de los tropiezos finales la República, en Roma se planteó la necesidad de instaurar un nuevo orden, y la figura de un emperador venía a aportar la solidez y unidad que requerían los romanos para sostener todo su poderío. El emperador representaba la fuerza de Roma, en él se sintetizaban muchos ámbitos de la vida social. Para empezar, el emperador podía asumir todas las funciones del Estado; Augusto, el fundador de esta forma de gobierno que duró más de cuatrocientos años, se encargó de que así fuera atribuyéndose las funciones que le correspondían a los empleados de la República. Se asignó la potestad consular y la tribunicia; se otorgó también el título de censor, con lo cual “lograba fiscalizar las costumbres y las riquezas del pueblo romano”¹⁰; ocupó también los cargos de ministro de Senado por tiempo ilimitado y, en términos generales, se asumió como el legítimo representante del pueblo.¹¹ Cabe destacar que al asumirse como representante del pueblo, Augusto ganó la legitimidad que habían perdido hacía

⁷ Maquiavelo, “El príncipe” en *Obras Políticas*, La Habana, Ed. De Ciencias Sociales, 1971, p. 95

⁸ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 292

⁹ *Ibidem*

¹⁰ Gibbon, *op. cit.*, p. 90

¹¹ *Ibid.*, p. 89

unos pocos años antes aquellos que ostentaba alguna autoridad durante la República.

Al respecto, Gibbon menciona, “las provincias, desangradas allá por los empleados de las repúblicas, ansiaban el gobierno monárquico cuyo señorío avasallase, en vez de mancomunarse con aquellos tiranos. La plebe de Roma, complacida interiormente con la humillación de la aristocracia, clamaba tan solo por pan y espectáculos y quedaba colmadamente satisfecha de uno y otro con las larguezas de Augusto”¹². A pesar de que Augusto había movido las elecciones al Senado arrebatándole al pueblo la soberanía, había logrado mantener tranquila a la plebe abasteciéndola de los recursos necesarios para su subsistencia. Era un hecho que Augusto había comprendido la verdaderas necesidades del pueblo, sabía que para ellos antes que la política estaba su subsistencia, y que sólo en tanto que la satisfacción de sus necesidades básicas se viera amenazada por el capricho de algunos cuantos grupos de poderosos, la política cobraría importancia para ellos. En este sentido, la preocupación por el pueblo, no respondía a otra cosa que a una estrategia política, “en aras de la causa del orden y la seguridad de su régimen, el emperador asumió también el papel de benefactor de la plebe”¹³.

Ahora bien, a pesar de ser benefactor del pueblo, Augusto no se ganó la enemistad de las clases más privilegiadas sino por lo contrario, se ganó su simpatía, además de que resolvió un conflicto añejo entre estos y los plebeyos. Augusto logró unificar a los romanos a pesar de que las diferencias entre estos no desaparecieron. A partir de él, ya no serían dos clases luchando por la soberanía de Roma, ya sólo sería el emperador y sus súbditos. El emperador era el grande, y fue tanto el afán de transmitir esta idea a todo el Imperio, que se creó un culto a esta figura¹⁴, “El emperador personificaba, por decirlo así, al Imperio, y de este

¹² *Ibid.*, p. 85

¹³ Garnsey; Saller, *El Imperio Romano: economía, sociedad y cultura*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991, p. 179

¹⁴ “Entre las cosas que Roma exportó al Imperio fue el culto a los emperadores”, Garnsey, *op. cit.*, p. 194

modo su poder y su persona eran sagrados, y él mismo era objeto de veneración religiosa. La majestad del imperio encarnaba en él”¹⁵.

Para fortalecer este culto, Augusto procuró su acercamiento a la religión tradicional al adjudicarse el título de pontífice supremo, con lo que “afianzaba el desempeño de la religión.”¹⁶ Con esto, quedaba claro que no sólo el Estado y el emperador eran inseparables, como solía mencionar Augusto¹⁷, sino que además el emperador lograba penetrar también en los ámbitos de la vida moral, fusionando en una sola persona al estadista, y al líder religioso. A propósito de la religión, el politeísmo aunado a las conquistas romanas, había permitido el sincretismo de otras religiones -principalmente de oriente- con la religión oficial. En medio de tantas religiones, la figura unificadora del emperador venía también a ser de gran utilidad en este aspecto, “una República de dioses, de intereses y temples tan encontrados, estaba requiriendo en todo sistema la diestra enfrenadora de un magistrado supremo, que con rendidas lisonjas vino a endiosarse con las excelsas perfecciones de un Padre Sempiterno y de un Monarca Todopoderoso.”¹⁸

Llego a tal punto esta necesidad de elevar al emperador al grado de deidad, que el Senado, mediante un decreto oficial, introdujo la costumbre de que cuando muriera cualquier emperador que no hubiese vivido ni muerto tiránicamente, se le colocase entre los dioses, *hermanado el ceremonial de sus exequias con el de su deificación*.¹⁹ Esto provocó que el pueblo romano se adhiriera con más fuerza a la idea de un emperador-semidiós.

Fue tanto el apego a esta figura que, incluso cuando se derrotó a emperadores como Calígula o Nerón, el pueblo romano, lejos pensar en restablecer la República –lo que constituía un claro límite al poder desenfrenado de un sólo hombre- buscó siempre en sustitución del emperador cruel, a otro emperador. Gibbon escribe “sólo a impulsos de su propio resguardo, y no por principios de liberalidad, se abalanzaron los conspiradores contra Calígula, Nerón y Domiciano,

¹⁵ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 262

¹⁶ Gibbon, *op. cit.*, p. 90

¹⁷ Garnsey, *ibid.*, p. 179

¹⁸ Gibbon, *op. cit.*, p. 49

¹⁹ *Ibid.*, p. 92

pues se arrojaban contra la persona del tirano, sin asestar sus tiros a la autoridad del emperador”²⁰. Romaines por su parte explica, “todo el mundo estaba de acuerdo en desear buenos emperadores. Pero a nadie se le pasaba por la mente la idea de exigir una auténtica restauración de la República de antaño”²¹.

Quizás existía la esperanza de que el nuevo emperador pudiera redimir al pasado con actos generosos, o quizás así dispensaba el pueblo su propia sumisión y se salvaba de la vergüenza. Para Gibbon la razón no era tanto la esperanza, ni la redención, sino la resignación. La servidumbre del pueblo romano en realidad no era sino la única alternativa que se tenía en aquellos tiempos, pues “el siervo del despotismo imperial, bien estuviese sentenciado a ir arrastrando su cadena en Roma y en el Senado, ó bien agonizarse desterrado en el árido peñasco de Serifo, ó en las heladas márgenes del Danubio, arrostraba muda y desesperadamente su situación”²², pues, “Donde quiera que te halles, decía Cicerón al desterrado Marcelo, recuerda que paras siempre en las manos del vencedor”²³. La fuerza que ejercía el emperador a lo largo de todo el Imperio constituía un efectivo aliciente para el buen comportamiento de los ciudadanos, e incluso para aquellos que no lo eran y se veían desfavorecidos dentro de este sistema.

En términos generales, cualquiera que fuesen las razones que tenían los romanos para preferir este sistema de gobierno autocrático, es un hecho que la figura del emperador se había arraigado profundamente en la sociedad, y la encarnara quien la encarnara, no dejaba de inspirar en los romanos una mezcla perversa de adoración y miedo.

Con la conquista del pueblo y el Senado doblegado, el poder del emperador había alcanzado niveles ahora insospechados y su campo de acción se amplió de manera desmedida. Ni ahora, ni en los últimos tiempos, se le ha delegado una grandeza tal a ningún gobernante al punto que este tenga la posibilidad de

²⁰Gibbon, *op. cit.*, p. 93

²¹ Romaines, *Marco Aurelio: o el emperador de buena voluntad*, Madrid, ed. Espasa Calpe, colección Austral, 1971, p. 40

²² Gibbon, *op. cit.*, p. 101

²³ *Ibídem*

perseguir, a esos niveles, el camino de depravación que siguió Calígula, o el camino de virtud que siguió Marco Aurelio.²⁴

Si el emperador tenía naturaleza viciosa, sus acciones también viciosas no encontraba ningún límite, “la autocracia política no sólo corrompe el gobierno de los hombres sino también el carácter de éstos, a comenzar por el de quienes detentan el poder”²⁵. Y de manera inversa, si el emperador era virtuoso, lo era absolutamente, al grado de igualar la perfección de un Dios, piadoso y comprensivo. Elegantemente Gibbon resume, “Rematados eran en vicios o en virtudes aquellos monarcas, encumbrados ya hasta la más cabal perfección, y ya encenagados en la más torpe bastardía del linaje humano”²⁶. Por su parte Renan menciona “de entre todos los regímenes es éste el que produce los mejores frutos y también los más podridos. Cuando no es excelente (el Cesar), es execrable”²⁷ Bajo el imperio, las virtudes y los vicios de quien estuviese a la cabeza se potenciaban y ante una circunstancia así, el pueblo con las manos atadas, sólo podía esperar a que un golpe de suerte les diera un buen gobernante, pues su felicidad “pendía de la índole de un solo individuo”²⁸.

Ahora bien, en el sentido formal, el poder del emperador no era ilimitado, pues desde la fundación del Imperio se habían conservado aún todas las funciones de gobierno características de la República, funciones que debían constituir un freno al poder del emperador. Menciona Gibbon que Augusto se preocupó por

²⁴ Alexis de Tocqueville explica que esto se debe a que en los tiempos igualitarios -estos son los tiempos que transcurren bajo un régimen democrático- las personas ponderan la igualdad como el valor máximo, y censuran todo aquello que amenace ese valor, “La gentes que viven en épocas aristocráticas suele dejarse guiar por la razón superior de un hombre o de una clase, al tiempo que se muestran poco dispuestas a reconocer la infabilidad de la masa. En épocas igualitarias sucede lo contrario. A medida que los ciudadanos se nivelan y se asemejan, disminuye la tendencia de cada uno a creer ciegamente en un hombre o en una clase determinada.” (Tocqueville, *La democracia en América*, t. II, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 15.) El mismo Aristóteles muchos años antes ya lo había afirmado “Las polis democráticas ha establecido el ostracismo, por la siguiente causa: porque les parece seguir la igualdad ante todo y así quienes ven predominar en prestigio, por el dinero o por la “polifilia” (abundancia de amigos) o cualquier forma de influencia política, suelen condenar al ostracismo y expulsar de la polis por tiempo determinado” (Aristóteles, 1284a)

²⁵ Puente Ojea, *Ideología e Historia: El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, ed. Siglo XXI, 1995, p. 213

²⁶ Gibbon, *op. cit.*, p. 99

²⁷ Renan, Ernesto. *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo ; precedido de la plegaria sobre la Acrópolis*, México, ed. Porrúa, 1990, p. 190

²⁸ Gibbon, *op. cit.*, p. 99

“conservar los nombres y formalidades de la administración antigua, revistiendo anualmente con sus respectivas insignias el número acostumbrado de cónsules, pretores y tribunos, y franqueándoles el desempeño fútil de ciertas funciones vulgares”²⁹. Augusto debía de mantener, aunque fuera en sentido meramente formal, el sistema que había sostenido durante tanto tiempo a la República, pues de destruirlo de golpe, destruiría toda posibilidad de alianza con los patricios y con el pueblo mismo. El pueblo seguía aferrado al sistema republicano por costumbre, aunque odiase a sus funcionarios. Bien dice Aristóteles y bien comprendió Augusto, “Las leyes consuetudinarias son de mayor autoridad y versan sobre asuntos más importantes que las escritas; y un hombre gobernando puede ser más seguro que la norma escrita pero no que la consuetudinaria”³⁰.

Por lo tanto, de jure, “el gobierno central era aún el gobierno del Senado y el pueblo de Roma: de facto, era una monarquía absoluta mitigada tan sólo por ciertos privilegios de las clases superiores de los ciudadanos romanos y por la autonomía de las ciudades.”³¹ Es decir, el emperador ejercía todas las potestades que conformaban la administración republicana, aunque, en términos formales cada potestad la seguían ejerciendo sus respectivos delegados, por ello es que muchos historiadores, entre ellos Gibbon, suelen decir de este gobierno imperial, que era una monarquía absoluta con vistos republicanos³², pues a pesar de que el emperador tenía un control casi absoluto sobre el gobierno, aún se guardaban algunas formalidades, y el Senado aún tenía alguna injerencia en las decisiones del emperador, aunque cierto es que la tenía en algunos más que en otros.

²⁹ *Ibíd.*, p. 90

³⁰ Aristóteles, 1287b

³¹ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 297

³² Gibbon, *op. cit.*, p. 91

1.2 Situación económica

*La caída del Imperio fue la forzosa consecuencia política de la desaparición gradual del comercio y del consiguiente crecimiento de la economía natural...*³³

Roma era el gran centro de un Imperio que abarcaba alrededor de cuarenta provincias. Al oeste y noroeste, abarcaba la región de Hispania, dividida en las provincias de Lusitania, Bética, y Tarragonense, actuales España y Portugal; la región de Galia, que abarcaba las provincias de Narbonense, la Aquitania, la Leonesa, la Bélgica y ambas Germanías, actualmente Francia, Bélgica, Luxemburgo y parte de Suiza y Alemania; y la provincia de Bretaña que actualmente comprende Inglaterra, y los territorios bajos de Escocia hasta Edimburgo. En los márgenes del Danubio, al norte y noreste de Italia, y un poco más abajo hacia el Mediterráneo, se encontraban las provincias de Recia, Nórico, Panonia, Dalmacia, Mecia, Dacia, Tracia, Macedonia, y Acaya, territorio que actualmente le pertenece a los países de Suiza, Austria, Hungría, Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Rumania, Moldavia, Bulgaria, Grecia, Macedonia, Albania, y Montenegro. Más hacia el oriente, estaban las provincias de Asia, Bitinia, Ponto, Capadocia, Cilicia, Licia, en parte de lo que hoy día es Turquía; y las provincias de Siria y Arabia, actualmente Siria, Líbano, Israel y Jordania. Hacia el sur, en el actual norte de África, abarcaba las provincias de Egipto, Cirene, África, Numidia, y Mauretania, que comprendían una parte de lo que actualmente es Egipto, Libia, Túnez, Argelia, y Marruecos.

Todas estas provincias eran administradas por sus propias ciudades de manera independiente. Debido a esta forma de administración, muchos autores suelen afirmar que el gobierno del imperio era un gobierno sin burocracia, pues no existía una estructura formal de gobierno que distribuyera las funciones o regularizara las

³³ Weber, *La decadencia de la cultura antigua*, en Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales, año 9, núm. 14, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2000, p. 120

relaciones entre Roma y las ciudades, por lo que estas últimas se gobernaban a sí mismas. El gobierno de Roma y el emperador no incidían más que en lo referente a la extracción de recursos y al pago de impuestos, como menciona Garnsey, “Los objetivos básicos del gobierno eran dos: mantener la ley y el orden y recaudar impuestos”³⁴

Los impuestos conformaban un ingreso importante que se utilizaba para solventar los principales gastos del gobierno, como el abastecimiento de alimentos para la población, el pago de salarios, la construcción de obras públicas, la realización de espectáculos para el pueblo, la organización de festividades religiosas, la manutención de la milicia y, desde luego, la manutención del emperador, que incluía desde sus necesidades más básicas hasta los lujos y riquezas más exóticas.³⁵ Cabe mencionar que a pesar de que este último poseía un gran número de propiedades, obtenidas por la confiscación de tierras ajenas, no se extraían de ellas los recursos que necesitaba para cubrir sus necesidades, pues estas tierras generalmente no eran trabajadas. Fungían sólo como una manifestación de la extensión del poderío del emperador.

En general Roma no tenía la capacidad para generar sus propios ingresos, pues su producción era muy pobre. Su industria era deficiente en comparación con otras ciudades, especialmente con Galia. No había fábricas estatales ni flotas mercantes del Estado³⁶. Lo que obtenía, lo obtenía únicamente por parte de los impuestos que extraía de las provincias y del comercio, pues por la extensión de sus territorios Roma había logrado controlar las relaciones comerciales que se establecían a lo largo del Mediterráneo, como expresa Gibbon, “vino a quedar el Mediterráneo entero cercado por sus provincias. Ciñóse pues la política imperial a ejercer el señorío de este solo mar, apadrinando el comercio de sus industriosos súbditos”³⁷.

³⁴ Garnsey, *op. cit.*, p. 32

³⁵ *ibídem.*

³⁶ *Ibid.*, p. 33

³⁷ Gibbon, *op. cit.*, p. 30

El comercio “era la fuente principal de prosperidad del Imperio...y muy especialmente el comercio marítimo exterior e interprovincial³⁸. El control que ejercía Roma sobre los territorios conquistados la había convertido en la principal benefactora del comercio que fluía en ellos. Roma, por ejemplo, importaba más de lo que producía, y no sólo eso, sino que además, importaba de las provincias los mejores productos. Rostovtzeff explica que lo mejor iba para la capital del imperio, especialmente en lo que se refiere a artículos de primera necesidad³⁹.

El gobierno, si bien no interfería completamente en las relaciones comerciales, y no hacía nada para hacer crecer la economía del Imperio, si realizaba los ajustes necesarios para que Roma estuviese siempre muy bien provista, “el Estado, para poder mantener la paz interior y la seguridad, precisaba cada vez más dinero”⁴⁰. Por su parte en las ciudades las autoridades municipales se encargaban de regular la economía; sin embargo, el esfuerzo de este poder fue insuficiente para prevenir las crisis que se dieron en muchas de ellas, “el peso de la vida estatal gravitó enteramente sobre las clases trabajadoras, provocando un rápido descenso de su bienestar material.”⁴¹ En términos generales “el gobierno central no se ocupaba de la regulación del mercado. Por el contrario, se ponían graves obstáculos al desenvolvimiento del comercio de artículos de primera necesidad. El Estado y sus necesidades eran lo primero y principal para los emperadores y sus agentes... En consecuencia, acaparaban grandes cantidades de trigo con las que proveer a las ciudad de Roma y al ejército...”⁴².

El monopolio en el trigo y de otros alimentos de primera necesidad, que ejercía el gobierno de Roma, traía consecuencias negativas para las provincias del Imperio, pues “algunas ciudades sufrieron épocas de escasez y hambre”⁴³, mientras que en el campo, las plagas llegaron a brotar a causa del consumo de alimentos poco saludables que constituían una alternativa a la falta del trigo y legumbres que retenían los romanos. Galeno, quien fuera médico en la corte del emperador

³⁸ Rostovtzeff, *op. cit.*, P. 330

³⁹ *Ibid.*, p. 317

⁴⁰ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 183

⁴¹ *Ibid.*, p. 183

⁴² Rostovtzeff, *Ibid.*, p. 303

⁴³ *Ibid.*, p. 304

Marco Aurelio, es quien explica esto, “los moradores de las ciudades como era su costumbre recoger y almacenar grano suficiente para todo el año, dejaban el sobrante a la gente del campo, esto es legumbres de varias clases... La gente del campo terminaba las legumbres durante el invierno, así que tenía que recurrir a alimentos no saludables durante la primavera...”⁴⁴

Mientras que en el campo se esparcían algunas plagas y se sufría de hambruna, en Roma cundía la abundancia. Con lo que se extraía de las provincias, las necesidades básicas de los romanos se encontraban más que satisfechas, explica Garnsey, “Roma importaba mucho más grano del que necesitaba.”⁴⁵ Algunos emperadores llegaban a consumir toda clase de bienes y productos en cantidades exorbitantes y realizaban gastos que terminaban por erosionar fuertemente la economía del Imperio.

Garnsey menciona que la llegada de un emperador con su séquito, a alguna provincia podía representar un desastre para sus pobladores⁴⁶ pues generalmente los emperadores perjudicaban a las provincias mucho más de lo que las beneficiaban. Las provincias manejaban sus propios problemas económicos⁴⁷ y no recibían ningún beneficio de Roma, a excepción de la seguridad que les brindaba con sus legiones instaladas en diversos puntos del Imperio, y de la construcción de algunos templos y monumentos en ciertas ciudades, para recordar algún acto heroico del ejército o del emperador mismo. Aunque en su mayoría, el esplendor del que gozaban estas ciudades se debía a la generosidad de las clases más ricas de su población. Rostovtzeff señala, “Asombra comprobar las enormes sumas donadas por los ciudadanos ricos singularmente en el oriente griego”⁴⁸.

⁴⁴ Garnsey, *op. cit.*, p. 119

⁴⁵ *Ibid.*, p. 107

⁴⁶ *Ibid.*, p. 116

⁴⁷ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 296

⁴⁸ *Ibid.*, p. 308

La llegada del emperador a una provincia, y la conquista de nuevos territorios, por lo tanto, no tenía otro fin que la satisfacción de las necesidades del emperador, de su séquito y, de Roma.

Con las nuevas conquistas “la zona de abastecimiento se ensanchaba”⁴⁹ pues se ampliaban los horizontes para una actividad comercial que sólo beneficiaba a los romanos. Además, el botín de guerra que se obtenía de los vencidos ofrecía al emperador y a los romanos una serie de riquezas que iban desde recursos naturales hasta esclavos, quienes constituían una valiosísima mano de obra que no podía exigir salario alguno. Este trabajo no asalariado, era uno de los pilares de la economía de la época Imperial. Puente Ojea, siguiendo la línea weberiana menciona, “en los últimos siglos del periodo republicano y los dos primeros del Imperio, el rasgo predominante en el sistema de las clases que protagonizaban la vida social y política era el auge del trabajo esclavista”⁵⁰.

Otra de las ventajas que obtenían los romanos con sus conquistas, provenían de las requisiciones, mediante las cuales obtenían bienes extranjeros a través de su compra, en vez de apoderarse de ellos. A diferencia de una compra o trueque normal, en estas requisiciones se les obligaba a veces a los vencidos a vender sus productos, y a un precio muy inferior al que se pagaba comúnmente en el mercado.⁵¹ Rostovtzeff explica, que los emperadores “se veían obligados a requisar forzosamente grandes cantidades de trigo para la *annona urbis* y para el ejército y probablemente también a ejercer dura presión sobre las corporaciones de navieros y comerciantes”⁵². En el caso del ejército, el solvento de sus necesidades, constituían una de las predilecciones del gobierno, pues el ejército era la fuerza que aportaba coerción al Imperio, en otras palabras, era la piedra

⁴⁹ Garnsey, *op. cit.*, p. 115

⁵⁰ El modo de producción estaba basado en este trabajo, lo que de facto hace incomparable esta economía antigua con la economía moderna. Sin embargo para Marx, como menciona Puente Ojea, la explotación no deja de ser una constante en la historia.⁵⁰ Bajo el argumento marxista, el obrero desde antes del Imperio Romano hasta la modernidad ha sido explotado por las clases privilegiadas, “lo único que distingue unos de otros a los tipos económicos, v. gr., la sociedad de la esclavitud de la del trabajo asalariado, es la forma en que este trabajo excedente le es arrancado al productor inmediato, al obrero”. Puente Ojea, *op. cit.*, p. 177

⁵¹ Garnsey, *op. cit.*, p. 114

⁵² Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 319,

angular del orden imperial⁵³. Rostovtzeff explica que el ejército romano “desempeño el papel decisivo no sólo en la vida política del imperio, sino también en su vida económica y social”⁵⁴. El mantener a los militares en buenas condiciones de salud mediante los alimentos que se les suministraban aumentaba su eficiencia, y el alto salario que recibían aseguraba su fidelidad.

Entre todas las ventajas que traía consigo una nueva conquista, resulta evidente que la economía tan próspera que reinó durante el primer siglo del Imperio se mantenía a flote sólo a partir de la política expansiva de los romanos. De otra forma no podría explicarse la gran abundancia que se concentró en esta gran ciudad que fue Roma. Como menciona Garnsey, “Roma se dedicaba a explotar los recursos de todos los rincones del mundo romano.”⁵⁵

Ahora bien, es importante recordar que estas conquistas no fueron exclusivas del periodo imperial. Ya durante la República se habían realizado algunas conquistas que superaban en número y en importancia a las que se dieron durante el Imperio. En realidad, “las grandiosas conquistas de los romanos fueron obra de la república, y los emperadores se solían dar por satisfechos con afianzar los dominios granjeados por la política del Senado, la emulación de los cónsules, o el marcial entusiasmo del pueblo”⁵⁶.

La estratificación económica y social había sido creada por las guerras civiles y sólo consolidada por Augusto⁵⁷. La intención de este emperador no era la de acrecentar los dominios del Imperio, sino únicamente afianzar su poderío. Para él, los límites ya habían sido marcados por la misma naturaleza, a través de ríos y arenales, como lo expresó antes de morir según relata Gibbon “leyóse públicamente en el Senado su testamento, que dejaba por herencia de entidad a sus sucesores el encargo de ceñir el Imperio en aquellos confines que la naturaleza había colocado al parecer como linderos o baluartes permanentes”⁵⁸.

⁵³ Garnsey, *op. cit.*, p. 110

⁵⁴ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 268

⁵⁵ Garnsey, *op. cit.*, p. 119

⁵⁶ Gibbon, *op. cit.*, p. 19

⁵⁷ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 345

⁵⁸ Gibbon, *op. cit.*, p. 20

Sin embargo, lo que se había obtenido con las conquistas durante la República fue suficiente para mantener la estabilidad económica del Imperio sólo por cerca de ochenta años, así como para financiar los vicios de los primeros emperadores que se atuvieron durante todo este periodo a las ordenanzas de Augusto, más por indiferencia, que por cordura, como lo señala Gibbon “Felizmente para el sosiego humano, acosados de vicios y zozobras, aviniéronse sus inmediatos sucesores al plácido sistema reencargado por la cordura de Augusto”⁵⁹.

Después de este plácido sistema que duro casi un siglo, comenzó a llegar la escasez a Roma, es decir, los recursos comenzaron a agotarse y los emperadores se vieron imposibilitados para llevar el mismo ritmo de vida que habían llevado sus antecesores. Ante este panorama, se hizo necesario romper con la política de Augusto y fue precisamente Trajano quien echo a andar de nuevo la maquinaria de guerra romana; expandió los dominios del imperio hacia el oriente, tan lejos como ningún otro emperador romano alcanzó a llegar. Atacó a los dacios, librando una guerra memorable que le dio un prestigio y una fama que muchos han llegado a comparar sólo con la del gran Alejandro. Siguió sus conquistas hacia el este, llegando hasta Armenia, Mesopotamia, y Asiria, las cuales convirtió en provincias del Imperio tras una aplastante victoria. Gibbon menciona, que en el caso de Trajano, su política expansionista respondía ante todo a ese afán de gloria personal que “será siempre el achaque de los ánimos más encumbrados”⁶⁰, aunque sin duda, también existía en él la intención de “ensanchar la zona de abastecimiento”, ante la proximidad de una posible crisis económica.

No obstante su sucesor Adriano, sin tantos afanes de gloria y con mayor prudencia, comprendió mejor que Trajano las necesidades del Imperio y trazó una camino distinto a la que había seguido su antecesor. Para empezar, retiró las guarniciones romanas de las provincias que había conquistado este último -

⁵⁹ Gibbon, *op. cit.*, p. 20

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 22

considerando la instauración de estas nuevas fronteras como algo insostenible a largo plazo- y “restableció en el Éufrates el lindero del Imperio”⁶¹.

Sin embargo Adriano tampoco abandonó del todo la política expansionista que había seguido Trajano. Estableció una nueva ruta hacia el oeste, para no desatender las necesidades del Imperio que suplicaba por la conquista de nuevos territorios para desahogar sus deudas, pues como menciona Puente Ojea, “Las guerras de este siglo (siglo II) demostraron la desesperada debilidad económica del Imperio y despertaron el interés de los emperadores hacia los problemas económicos... para salvar al Estado recurrieron a las viejas prácticas del mundo antiguo: a la política de la violencia y coerción.”⁶²

En esta nueva ruta que tenía como objetivo Bretaña, sería mucho más fácil proteger el *limes*, además de que la guerra en sí resultaba mucho más económica. Menciona Gibbon “bastaba una legión para Bretaña”⁶³. La intención de Adriano, no era solamente la de proveer al Imperio de los recursos que necesitaba para su subsistencia durante su reinado, sino asegurar la subsistencia y la paz en el Imperio por más tiempo. Y efectivamente lo logró, pues a partir de él en el Imperio reinó la paz por más de cuarenta años, periodo que abarcó también el reinado de Antonino Pío, y que como “ofreció la perspectiva halagüeña de una paz incesante”⁶⁴.

⁶¹ Gibbon, *op. cit.*, p. 23

⁶² Puente Ojea, *op. cit.*, p. 185

⁶³ *Ibid.*, p. 29

⁶⁴ Gibbon, *op. cit.*, p. 24

1.3 Corrupción y vicios

“Aquella paz dilatada y el plácido régimen de los Romanos fue introduciendo la ponzoña lenta y oculta en las entrañas del Imperio”⁶⁵

La prosperidad económica y la abundancia que caracterizaron al primer siglo de la era cristiana cedieron paso al florecimiento de las artes y la cultura en Roma.

El ocio y la opulencia del príncipe y del pueblo “se vinculaban en las mejoras y realces del Imperio”⁶⁶, mejoras que se veían reflejadas en muchos aspectos de la vida social, especialmente en lo que se refiere a las cuestiones materiales, como las artes, el desarrollo de las ciencias y de la tecnología. En el caso de las tecnología, los progresos fueron particularmente importantes, y contribuyeron a perfeccionar los sistemas de abastecimiento que existían a lo largo y ancho del Imperio, elevando el nivel de vida, no sólo a los romanos, sino también el de algunos pobladores de las provincias.

Por su parte las artes contribuyeron a embellecer las ciudades a través de diferentes edificaciones destinadas a la magnificencia pública, entre las que sobresalían “teatros, anfiteatros, templos, pórticos, arcos triunfales, baños y acueductos, conducentes todos, ya para la sanidad, ya para la devoción o bien el recreo del más íntimo ciudadano”⁶⁷. Este embellecimiento de las ciudades, además del fin que guardaba en sí mismo, venía también a representar todo el despliegue del poderío romano. Los mismos senadores acaudalados veían en las artes una forma de “el realzar la brillantez de su época y de su patria”⁶⁸, lo que justifica las generosas contribuciones destinadas principalmente a obras públicas que realizaron muchos de ellos.

⁶⁵ Gibbon, *op. cit.*, p. 67

⁶⁶ *Ibid.*, p. 58

⁶⁷ *Ibid.*, p. 61

⁶⁸ *Ibid.*, p. 59

Los ciudadanos acaudalados con sus aportaciones se convirtieron en los benefactores de su pueblo, y de alguna manera también en los principales impulsores de las artes. Sin embargo, en el caso específico de Roma, el responsable de la construcción de estas obras era, en la mayoría de las veces, el emperador, sobretodo cuando este tenía fuertes inclinaciones hacia las artes.

Desde la fundación del Imperio, se dice que “Augusto solía vanagloriarse de que halló la capital de ladrillo, y la dejó de mármol”⁶⁹. Los emperadores que le siguieron, entre ellos Adriano, favorecieron notablemente el desarrollo de las obras artísticas que tanto embellecieron a Roma, “cuantos monumentos públicos fueron realizando las provincias en tiempo de Adriano se alzaban, no sólo por su orden, sino también bajo su propio inspección, pues siendo de suyo artista, profesaba cariño a las artes como engrandecedoras del monarca”⁷⁰. Curiosamente, Adriano fue el último emperador que alcanzó todavía a gozar de los frutos de esta prosperidad económica –prosperidad que él mismo logró extender- pues fue principalmente durante el siglo primero y no el segundo, cuando se llevaron a cabo la mayoría de las ostentosas obras de las que hace tanta mención Gibbon en su obra.

Los primeros emperadores que van de la dinastía de los claudios hasta la dinastía de los flavios, invirtieron grandes sumas de dinero tanto en obras públicas como privadas para enaltecer su nombre y mostrar su magnanimidad ante el pueblo romano. Sin embargo, no todo sus gastos tuvieron por destino la construcción de obras públicas o privadas. La mayoría de ellos se dedicó también a despilfarrar los recursos en grandes banquetes y festines para consentir una vida licenciosa, entre desenfrenos y liviandades. Tal fue el caso de Calígula, Nerón o Domiciano. En las Noches Áticas, Aulo Gelio ofrece un panorama inmejorable de las costumbres del pueblo romano durante la fundación Imperio, hasta el reinado de Marco Aurelio. Algo digno de notar, es la variedad de alimentos que existían en aquel tiempo, “cobra su tributo en todos los países la glotonería, y agota su industria en buscar por todas partes manjares desconocidos y en crear el gusto por nuevas

⁶⁹ Gibbon, *op. cit.*, p. 59

⁷⁰ *Ibidem.*

delicias..... entre ellas el pavo real de Samos, los tramolines de Frigia, las grullas de Melos, el cabritillo de Ambracia, la murena de Tartaria, la merluza de Pessimonta, las ostras de Tarento, el petonclo de Quio, el estornino de Rodas, el escaro de Cilicia, las almendras de Tasos, los dátiles de Egipto, y las bellotas de España”⁷¹. Alimentos que desde luego no pertenecían a la canasta básica que injería un ciudadano común.

En general, muchos fueron los vicios que distinguieron a los primeros emperadores romanos. La mayoría de ellos se dedicaron a azotar la economía del imperio y algunos más perturbados, se saciaban a costa de terribles atrocidades, que no distinguían entre linaje o méritos. Todos fueron víctimas de estos perturbados emperadores. Por espacio de ochenta años, “estuvo Roma agonizando bajo una tiranía incesante, que exterminó las familias antiguas de la República, y atropelló al par cuantas virtudes y talentos asomaron en aquella época desventurada”⁷²

Los hombres virtuosos no tenían cabida en el reinado de los primeros emperadores. Sólo aquellos que lograban la simpatía del emperador permanecían cerca de él, y disfrutaban de todos los beneficios que eso incluía, “la proximidad al emperador ofrecía a un círculo privilegiado, en el que había amigos de alto rango, parientes y miembros serviles de su unidad doméstica, una amplia serie de beneficios que iban desde cargos y honores hasta ayuda económica, pasando por la ciudadanía, y el derecho de usar el sistema de abastecimiento de agua. Las normas que guiaban la distribución de estos bienes y servicios eran francamente particularistas.”⁷³

El mantener contentas a ciertas “élites” aseguraba al emperador su persistencia en el poder, aún cuando la muchedumbre amenazaba con derrocar al tirano. Los

⁷¹ Aulo Gelio, *Noches áticas*, traducido del Latín por Francisco Navarro y Calvo, Buenos Aires, ed. El ateneo, Colección clásicos inolvidables, 1955, p. 245

⁷² Gibbon, *op. cit.*, p. 99

⁷³ Garnsey, *op. cit.*, p. 179

emperadores más afortunados “fueron los que supieron tener contentos a los aristócratas imperiales permitiéndole mantener su elevada condición social”⁷⁴.

Las elites de las provincias, pertenecían también a este círculo privilegiado del emperador. En la creciente integración en las redes patronales con centro en Roma, los más beneficiados fueron las élites locales⁷⁵, pues a través de ellas el emperador controlaba las provincias. No hay que olvidar que el emperador no aportaba dinero más que a las necesidades propias y a las de Roma, por lo que el medio de control en las provincias se obtenía por un lado mediante la fuerza, y por otro lado a través de estos grupos privilegiados, que a su vez controlaban a la población de las ciudades. El campo, se mantenía totalmente fuera del control de las elites locales, y también pasaba inadvertido frente a los ojos del emperador. Este descuido provocó que el campo se volviera inseguro y que fuera víctima constante del bandolerismo⁷⁶

Por su parte, la gente que no pertenecía a las elites, buscaba la forma de ascender de posición mediante las relaciones que establecía con los grupos privilegiados, “los clientes podían incrementar la categoría social de su patrono formando multitudes ante su puerta para la *salutatio* matutina o acompañándole cuando atendía a sus negocios públicos durante el día y aplaudiendo sus discursos ante los tribunales. A cambio, recibían alimentos o pequeñas sumas de dinero, y a veces una invitación a cenar.”⁷⁷ Estas costumbres tenían sus raíces en la necesidad y, se fueron insertando cada vez más en la sociedad romana, provocando que la corrupción creciera a todos los niveles.

Sin embargo, para algunos autores, en realidad la corrupción romana se derivaba de una problemática más compleja que la simple necesidad. Para empezar la sociedad romana, en general, se había vuelto víctima de los lujos y los placeres, más que en ninguna otra época. Cuando Gibbon menciona que “los países más

⁷⁴ Garnsey, *op. cit.*, p. 180

⁷⁵ *Ibid.*, p. 182

⁷⁶ *Ibid.*, p. 189

⁷⁷ *Ibid.*, p. 181

lejanos se desangraban para abastecer el boato y la feminización de Roma”⁷⁸, deja claro que los romanos, en los tiempos del Imperio, ya eran unos receptores extraordinarios de todas estas larguezas. Incluso era tanto el apego de los romanos a los lujos que algunos legisladores llegaban a *dictar medidas que refrenaran rápidamente los apetitos humanos y quitaran toda esperanza de impunidad a lo que cometían faltas arrastrados por sus pasiones*.⁷⁹ En las *Noches Áticas* cuentan también que Augusto tomó algunas medidas en lo referente al gasto de diversas festividades “para poner freno a la pasión por el lujo cada vez más creciente”⁸⁰.

Con tal de procurarse una vida holgada propensa al desenfreno, los romanos recurrían a toda clase de mañas y pericias vulgares. Este amor por la suntuosidad y los placeres materiales había provocado que las personas traicionaran los principios que alguna vez habían hecho grande a Roma, como menciona Puente Ojea “...este capitalismo urbano pronto degeneraría por efecto de la prematura esclerosis de la clase burguesa, manifiesta en su avidez por lo hábitos del rentista y del usurero.”⁸¹.

Por otro parte, otros autores, *gentes esclarecidas tales como Celso*⁸² y *Apuleyo* - menciona Renan- atribuyeron la corrupción y, en términos generales, la debilidad política de Roma, a la incredulidad de la religión oficial⁸³ más que a una cuestión económica.

Las múltiples conquistas hechas por los romanos habían provocado que un creciente número de culturas nuevas para el Imperio interactuaran con la cultura romana, modificando así algunas costumbres y tradiciones tanto de una como de la otra parte. En un principio Roma, había adoptado casi todas las formas helénicas, convirtiéndose en su principal heredera, no obstante, con el paso del

⁷⁸ Gibbon, *op. cit.*, p. 66

⁷⁹ Maquiavelo, *op. cit.*, p. 125

⁸⁰ Aulo Gelio, *op. cit.*, p. 186

⁸¹ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 180

⁸² “Celso retiene como verdaderamente inaceptable la ruptura con el antiguo principio de la vinculación política y nacional de lo religioso que lleva consigo implícita la fe cristiana” Jesús Daza Martínez, *op. cit.*, p. 296

⁸³ Renan, *op. cit.*, p. 28

tiempo y a medida que sus dominios se iban extendiendo, se fueron adoptando nuevas costumbres extraídas de los pueblos conquistados, principalmente de medio oriente.

En el caso de la religión, se había convertido en “un racimo de creencias que se expresaban por medio de un complejo sistema de instituciones y rituales”⁸⁴, aunque no todas las religiones eran totalmente aceptadas. A veces ocurría una simplificación de las religiones locales, sin embargo el fenómeno más común seguía siendo el sincretismo.

Los criterios para aceptar más una religión que otra dependían única y exclusivamente de la postura que tenía una religión en torno al poder del emperador. Antes que la autoridad de sus dioses locales, el pueblo debía de reconocer la autoridad de su emperador, pues como explica Renan, “la verdadera religión del Estado fue el culto de Roma, del emperador y de la administración”⁸⁵.

Las religiones politeístas eran desde luego las más aceptadas pues encajaban perfecto con el régimen imperial. Los dioses al ser muchos adoptaban formas humanas, y al adoptar estas formas se volvían imperfectos y pecaban como cualquier hombre, lo que por una lado podía justificar las atrocidades de algunos emperadores, y por otro hacía resaltar a los emperadores virtuosos, que podían llegar a ser muy superiores en virtud a cualquiera de los dioses romanos.

Mientras las religiones locales no comprometieran la figura del emperador ante el pueblo, eran bien recibidas por los romanos, incluso a veces las llegaban a encontrar necesarias para lograr una buena conducta civil, en otras palabras, “...comprendían y apreciaban las ventajas de la religión por su entronque con el gobierno civil. Fomentaban las funciones públicas como medios adecuados para devastar las costumbres plebeyas, ejecutaban el arte de la adivinación y acataban como vínculo eficaz de la sociedad, el concepto provechoso de que en esta vida o

⁸⁴ Garnsey, *op. cit*, p. 193

⁸⁵ Renan, *op. cit* , p. 224

en la venidera, quedaba a cargo de los dioses vengadores el castigar el delito horrendo del perjurio”.⁸⁶

En este sentido algunas religiones eran útiles en tanto que legitimaban el poder del imperador. Sin embargo lo que quizás no contemplaron los romanos, es que todo este intercambio de religiones terminaría por erosionar fuertemente la religión oficial, pese a los esfuerzos por adaptar las religiones afines y desechar aquellas que diferían notablemente de ella. En general todos estos intercambios culturales terminaron deteriorando las tradiciones romanas, provocando la pérdida gradual del sentido de lo que hoy día sería definido como una *identidad nacional*.

Desde los tiempos de la República la idea de lo que era un ciudadano romano se fue tornando confusa, aunque esto se hizo más evidente durante los primeros años del Imperio. La vida licenciosa tanto de los emperadores como de sus súbditos puso de manifiesto en el Imperio la incapacidad de los romanos para comunicarse entre sí, de trabajar por un objetivo común, y comprometerse con su patria. El hecho de rendirse a los placeres individuales constituía ya, unos de los síntomas más claros de una sociedad desintegrada y apática a los intereses comunes.

Por ello es que el rechazo de nuevas religiones en el Imperio, así como el rescate de las tradiciones romanas que tenían sus raíces en la cultura helénica resultaba tan importante para algunos gobernantes romanos. Según Cicerón, “manteniéndose los ciudadanos fieles a los cultos establecidos y sometiendo al consejo y autoridad de los hombres de más prestigio, en especial los sacerdotes y augures, no dejarán de formarse opiniones útiles y verdaderas sobre el auténtico bien de la República.”⁸⁷ Igualmente las costumbres hermanadas aportan una unión y una fuerza casi indestructible entre los individuos de una misma sociedad, pues, “...la unión de la vida y el trato frecuente, los consejos, conversaciones, avisos, consuelos, y algunas veces también las represiones, donde más cabida y ejercicio

⁸⁶ Gibbon, *op. cit*, p. 51

⁸⁷ Jesus Daza Martínez, *op. cit.*, p. 294

tiene es en la amistad, siendo la más dulce y suave la que concilia la semejanza y conformidad de las costumbres”⁸⁸.

En cuanto a las cuestiones morales, la gran variedad de religiones terminó por dejar vacíos muy grandes en la sociedad, precisamente por la falta de solidez y de fuerza de una sola religión. Gibbon expresa que permeaba en aquellos tiempos una “liviandad irreligiosa”⁸⁹ que según Renan, llegó a su fin con la llegada del cristianismo, aunque para algunos fue precisamente el cristianismo el culpable de esta crisis moral que sacudió a Roma⁹⁰, pero esto se analizará más adelante.

Finalmente, fuera por el exceso de materialismo, por el debilitamiento de la tradición oficial o por la liviandad irreligiosa, era un hecho que en el siglo segundo de la era cristiana el sistema imperial comenzaba a desgastarse desde sus raíces, y que “el brillo de las dos primeras centurias del sistema imperial no podían ocultar los males de estructura que no tardarían en manifestarse sin equívocos, dejando al descubierto las debilidades del orden material que subyacían a la crisis del orden moral.”⁹¹

⁸⁸ Cicerón; Séneca, *Tratados morales*, México, ed. W.M Jackson, 1976, p. 182

⁸⁹ Gibbon, *op. cit.*, p. 50

⁹⁰ Renan explica “La sociedad romana sentía instintivamente que se debilitaba; sólo vagamente entreveía las causas de este debilitamiento; lo atribuía, no sin alguna razón, al cristianismo” Renan, *op. cit.*, p. 29

⁹¹ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 185

1.4 Los estoicos y la virtud

“¡Ay de las viejas aristocracias, que después de los excesos de una loca juventud, se hacen de golpe virtuosas, humanas y ordenadas! Esto es un síntoma de que quieren morir”⁹²

En medio de tantos vicios y de tanto desenfreno, la sociedad comenzó a sentir la necesidad de una reforma moral⁹³. Muchas religiones, con sus dogmas, ofrecían la salvación tan ansiada a la ya sofocada sociedad romana. Sin embargo, el estoicismo que había resurgido de las ruinas griegas, constituyó una valiosa alternativa para la mayoría de los miembros de las clases altas de Roma. Fue tanto el auge que tuvo esta doctrina filosófica, que logró dominar el mundo de las ideas, principalmente, durante el siglo II⁹⁴. Renan menciona que “el estoicismo, desde el reinado de Adriano, había penetrado en el derecho romano con sus máximas profundas, y había hecho que el derecho natural, el derecho filosófico pudiese ser concebido por la razón de todos los hombres.”⁹⁵

El ascetismo en el estoicismo constituyó una de las razones por la que esta doctrina tuvo un fuerte auge en Roma, con los Antoninos a la cabeza del Imperio. La idea de elevar al espíritu por encima de los placeres materiales, resultó ser algo perfectamente idóneo para una sociedad que se encontraba ya hastiada, pues, “si esta orientación exclusiva hacia una vida placentera produce, en un primer momento, una búsqueda incesante de nuevas fuentes de placer, acaba produciendo un hastío vital que compromete el equilibrio psicológico del hombre que cae en una espantosa depresión, una aversión a todo goce, hasta el punto de sentirse harto de la vida y de sentir que todos los proyectos y esfuerzos terrenales son inútiles”⁹⁶.

⁹² Renan, *op. cit.*, p. 186

⁹³ *Ibid.*, p. 223

⁹⁴ Garnsey, *op. cit.*, p. 210

⁹⁵ Renan, *op. cit.*, p. 15

⁹⁶ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 186

Sucedió que después de tantos años de lujos y placeres terrenales le sobrevino a la sociedad romana un cansancio que se vio reflejado, entre otras cosas, en la necesidad de adoptar nuevas religiones, pues como explica Renan, “todo el mundo admitía los milagros más absurdos; habiendo perdido la mitología corriente su sentido primitivo, llegaba a los últimos límites de la necedad”⁹⁷, y agrega más adelante “Jamás existió un siglo más crédulo que el siglo II de nuestra era”⁹⁸.

Este hastío fue más notable en los intelectuales del Imperio. Ellos eran los que más cuestionaban las costumbres romanas. En las Noches Áticas, Aulo Gelio hace constantemente mención de la holgada vida de los romanos, pero lo hace a manera de reprobación, recordando a escritores antiguos, como en un párrafo en el que cita a Eurípides, justo después de haber descrito toda la variedad de alimentos que consumían las clases más altas de la sociedad, “uno de estos manjares con que se irrita el apetito, lejos de responder a una necesidad de la naturaleza, solamente debe su origen al hábito de lujo, inspirado en el desdén de la vida sencilla y fácil, y al hastío que engendra mil caprichos”⁹⁹.

En los intelectuales, la antipatía a los placeres y en general a todo lo que constituía el materialismo romano fue aumentando a medida que se iba vislumbrando cada vez más la caída de gran Imperio. Ellos atribuían esta decadencia a las malas costumbres de la sociedad romana, que aún después de percatarse de sus deslices y ya con el *anhelo de una vida nueva y superior*¹⁰⁰, no lograba corregir sus costumbres. La aversión al trabajo “estaba tan profundamente enraizada en la gente, que incluso esta vida nueva, ideal, no fue concebida como una vida de trabajo dichoso, sino como una beatitud enteramente pasiva”¹⁰¹.

Con esta nueva aversión a todo lo material, la gente fue perdiendo el interés por las artes, y estas se fueron desdibujando cada vez más de la cultura romana.

⁹⁷ Renan, *op. cit.*, p. 229

⁹⁸ *Ibid.*, p. 229

⁹⁹ Aulo Gelio, *op. cit.*, p. 245

¹⁰⁰ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 186

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 186

Renan menciona respecto al respecto: “se siente que la ruina total de las artes del dibujo, que va a consumarse en cincuenta años, tiene causas profundas. El cristianismo y la filosofía trabajan en ello igualmente. El mundo se alejaba demasiado de la forma y de la belleza. No quería otra cosa sino lo que mejora la suerte de los débiles, y dulcificar a los fuertes.”¹⁰² En este sentido, tanto el estoicismo como el cristianismo coincidían absolutamente, como Renan menciona “el cristianismo formaba una suerte de unión con el estoicismo”¹⁰³. Sin embargo, el cristianismo no dejaba de marcar las diferencias que mantenía frente a la filosofía estoica. Para empezar, “el estoicismo, que tan poderosamente contribuyó a la mejora de las almas, fue impotente contra la superstición”¹⁰⁴, pues según su postura, la racionalidad de la filosofía no llenaba los vacíos espirituales que en cambio si llenaba una religión con sus dogmas y su fe. Además ante la circunstancia que vivía el pueblo romano, éste se encontraba ávido de milagros, por lo que la necesidad los orillaba a creer en supersticiones que eran completamente incompatibles con el pensamiento filosófico.

La razón no constituía un aliciente suficiente para motivar a la acción, “la razón tendrá siempre pocos mártires. No se sacrifica sino por lo que se cree; ahora bien, lo que se cree, es lo incierto, lo irracional; lo razonable se sufre no se cree. He aquí porque la razón no se extiende a la acción; sino más bien a la abstención. Ninguna gran revolución se produce en la humanidad sin ideas muy arraigadas, sin prejuicios, sin dogmatismo”¹⁰⁵. Con este párrafo, Renan deja de lado que unos siglos antes, los filósofos griegos habían recalcado la importancia de *llevar al acto lo que se instaure a través de la razón*. Para ellos el sabio, el verdadero filósofo, era el que sabía establecer una relación perfectamente congruente entre teoría y praxis.

El verdadero problema con el estoicismo radicaba, más bien, en el hecho de que no todas las personas podían o tenían la capacidad para abrazar esta sabiduría. Si el estoicismo no prosperó de la misma manera que el cristianismo es porque el

¹⁰² Renan, *op. cit*, p. 23

¹⁰³ *Ibid.*, p. 229

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 23

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 225

estoicismo no ofrecía una alternativa para toda la gente, sino exclusivamente a quienes podían recibir la instrucción de un maestro y tenían el tiempo para meditar sobre estas cuestiones, “El pobre, la persona sin instrucción, que no pueden acercarse a ella (la filosofía), estaban en realidad sin religión, sin esperanza.”¹⁰⁶ La filosofía, a diferencia de cualquier religión, exige además esfuerzos intelectuales y en el caso particular del estoicismo, mucho trabajo para enderezar las conductas, lo que suele provocar mucha antipatía.¹⁰⁷

De modo que, el estoicismo fue una doctrina que prosperó en Roma pero sólo entre grupos selectos de la población. Irónicamente, estos grupos pertenecían a las clases mejor posicionadas económicamente. Igualmente algunos emperadores comenzaron a adoptar los principios de esta escuela, así como los miembros de su círculo cercano. Rostovtzeff explica que “el principado del siglo II de nuestra era, la monarquía ilustrada de los Antoninos fue la victoria de las clases cultas”¹⁰⁸. A mediados del siglo II, las clases cultas generalmente pertenecían a estos círculos acaudalados y solían tener una clara inclinación hacia la cultura helénica; leían a sus filósofos e incluso adoptaban algunas de sus costumbres. Sin duda, el estoicismo fue una de las escuelas más importantes que los romanos importaron de los griegos.

En el caso particular de los emperadores, su apego al estoicismo influía en todo el Imperio. Desde el reinado de Trajano, el estoicismo se comenzó a perfilar como la doctrina oficial del Imperio y esto fue según Rostovtzeff, uno de los empeños de Dión Crisóstomo y su círculo cercano, “Dión y la oposición, no hicieron más que someterse a la necesidad de aceptar la monarquía y poner a mal tiempo buena cara, identificando la monarquía de Trajano con la βασιλεια (reino) de los estoicos”¹⁰⁹. Los puntos capitales de esta βασιλεια estoica eran los siguientes: “el

¹⁰⁶Renan, *op. cit.*, p. 225

¹⁰⁷ En el caso particular del cristianismo, a pesar de que comparte algunos principios ascetas similares al estoicismo, este, más que exigir la rectitud en las conductas, exige el arrepentimiento y ofrece el perdón, lo que según Renan, le da ventaja sobre el estoicismo, “el cristianismo tiene perdón para todos los crímenes. Cuanto más se ha pecado, más se le pertenece. Constantino se hará cristiano porque él cree que sólo los cristianos tienen expiaciones para el crimen de un hijo por su padre”. *Ibid.*, p. 225

¹⁰⁸ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 261

¹⁰⁹ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 259

rey es elegido con la divinidad suprema, considera su poder no como un privilegio personal sino como un deber, su vida es trabajo, no placer; es el padre y el bienhechor de sus súbditos, no su señor; sus súbditos son hombres libres, no esclavos...”¹¹⁰. Esto explica la conducta de emperadores como los Antoninos. Para él, ésta ya estaba determinada por las circunstancias, *ellos eran así porque así debían de ser*. Bajo esta postura fue la circunstancia la que determinó la conducta de los emperadores que le siguieron a Adriano. En otras palabras, el estoicismo comenzaba a ser una necesidad en el Imperio y los Antoninos fueron producto de esa necesidad. Sólo así podía Rostovtzeff explicar racionalmente una virtud que parecía para los antiguos un regalo de los mismos dioses, él mismo lo expresa así “jamás actuó con tanta imparcialidad, humanidad, y eficiencia como bajo el severo gobierno de los Antoninos. La única explicación que hallamos a todos estos hechos es la de una transformación de la opinión pública, en la cual se manifestó una reacción contra la frivolidad y el materialismo del siglo I”¹¹¹

Por otra parte, al ser adoptado por los romanos y al convertirse el estoicismo en la doctrina oficial, fue cambiando algunos de sus preceptos para poder adaptarse a las exigencias del Imperio. En términos políticos “el estoicismo apoyaba el *statu quo* y, de hecho, había tomado la iniciativa en la transposición de la teoría helenística sobre los reyes a un marco romano”¹¹². Los romanos tomaron del estoicismo las prácticas que más servían a su conveniencia y desecharon otras. La idea que tenían los estoicos sobre la abstención de los placeres, por ejemplo, resultó ser muy conveniente para una economía tan corroída, mientras que el individualismo del estoicismo antiguo, se hizo a un lado para dar paso a un pensamiento comunitario, como menciona Puente Ojea “el estoicismo del Imperio comportaba un peculiar compromiso doctrinal entre el estoicismo de los fundadores –con su resuelto acento evasivo y su culto al individuo autónomo- y el estoicismo de los sucesores helenísticos-romanos –con su énfasis comunitario y su fe en el progreso moral de la masa de ciudadanos al servicio de la *res publica*”¹¹³

¹¹⁰ Ibid., p. 269

¹¹¹ Ibid., p. 264

¹¹² Garnsey, *op. cit.*, p. 210

¹¹³ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 194

Para muchos autores, la verdadera razón por la que el estoicismo triunfó en Roma fue porque ofrecía -más que un escape al desenfreno con su ascetismo moderado- un credo, que comprometía la obediencia de los ciudadanos con el régimen. El estoicismo “intentó fundamentar y organizar, en un universo tan complejo, el civismo imperial. Esta filosofía, vacía de contenido político, pero rica en imperativos generales, fue el crisol donde se elaboró, al menos para las clases privilegiadas, una nueva idea de Imperio”¹¹⁴

Los ciudadanos debían tener presente, antes que cualquier otra cosa, que tenían obligaciones con su comunidad, con su nación, en otras palabras, con Roma. Para el estoico de esta época imperial, el individuo era inconcebible sin su comunidad, por lo que el deber que tenía con ellos en tanto miembro –ciudadano o no- del Imperio, debía de ser su predilección. Rostovtzeff explica “Disciplina rigurosa, sentimiento del deber y servicio del Estado fueron en esta época las consignas de las clases dirigentes del pueblo romano”¹¹⁵.

El estoicismo, además de constituir una salida para una sociedad hastiada, constituyó una herramienta valiosísima para disciplinar y para mantener obediente a la sociedad de Roma. El uso de la fuerza, que había sido útil para estos mismos fines en otros tiempos, dejó de ser la herramienta predilecta de los emperadores, pues la fuerza en esta nueva circunstancia estaba reservada para combatir la amenaza externa. Es importante recordar que entre todos los problemas que tenía Roma durante esta época, la amenaza de los bárbaros constituía uno de los más graves. Roma se desgastaba por dentro a causa de sus vicios, pero además comenzaba a ser víctima de migraciones que empujaban hacia sus territorios a una serie de tribus que siendo expulsadas de sus propios territorios por otras tribus, buscaban nuevas tierras para subsistir.

¹¹⁴ Jesús Daza Martínez, *op. cit.*, p. 290

¹¹⁵ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 263

Capítulo 2. La virtud en Marco Aurelio

Como se examinó en el capítulo pasado, a finales del siglo I, y ya a principios del siglo II, se fue introduciendo en Roma una nueva forma de gobernar con claros vistos republicanos que a su vez fue generando entre los pobladores una nueva idea del Imperio¹¹⁶. Después de tantos años de tiranía, al fin el Imperio parecía ser algo positivo. El problema con esto era que la virtud encarnada en el gobernante podía desaparecer tarde o temprano con la vuelta de otro emperador vicioso. A pesar de que la virtud se había vuelto una necesidad en el Imperio, nadie podía asegurar que el próximo emperador se comportaría a la altura de las circunstancias. Para fortuna del pueblo romano, el sucesor de Trajano lo estuvo.

Aunque en un principio la fama de Adriano no igualo a la de Trajano, con el tiempo el pueblo romano se fue convenciendo de lo positivo que había sido su gobierno, sobretodo a su muerte, pues este hombre se encargó de que Roma gozara no sólo de uno, sino de dos de los gobiernos más venturosos que tuvo desde su fundación. Adriano parecía haber tenido un verdadero proyecto para el Imperio. Él debió de haber soñado con resucitar la grandeza de Roma, y lo cierto es que después de haber garantizado el gobierno de Antonino Pío y Marco Aurelio, el mundo debió también de haber creído que ese sueño era posible. Sin embargo el mismo Marco Aurelio tenía otra visión del futuro.

Marco Aurelio fue, quizás de todos los gobernantes el que tuvo mayor tiempo para prepararse para su labor. Desde muy temprana edad él conoció su destino, y como lo señalan sus biógrafos y como es lógico pensar, su educación estuvo orientada para que en algún momento este joven filósofo pudiera desempeñar su labor de forma ejemplar. Se le impusieron varios maestros de diversas disciplinas, pero sin duda los que más influyeron en su formación fueron los maestros estoicos, pues el estoicismo se había convertido ya en una de las herramientas

¹¹⁶ Jesus Daza Martínez, *Ideología y política en el emperador Marco Aurelio*, Lucentum. III, [en línea], España, editado por Universidad de Alicante, 1984, p. 290, Dirección URL: <http://hdl.handle.net/10045/4493>, [consulta: 10 de noviembre de 2013].

que utilizaban los emperadores para mantener con vida a un Imperio ya casi moribundo.

Fueron varios años los que Marco Aurelio dedicó a sus estudios filosóficos y en especial a la enseñanza estoica, y esta es quizás la razón por la que se tomó tan en serio esta doctrina, pues a diferencia de sus antecesores, este emperador no sólo utilizó el estoicismo como un medio de corregir las costumbres enviciadas que estaban llevando a la ruina a los romanos, sino que fue más allá apropiándose de los principios de esta doctrina, y desarrollando un pensamiento propio a partir de ella. Él no sólo siguió los preceptos del estoicismo sino que además los modificó y los adaptó a su propia circunstancia, como un auténtico filósofo, convirtiéndose así en el primer emperador filósofo, y cumpliendo también con el sueño que se había gestado en las viejas academias de la antigua Grecia, el sueño del gran filósofo rey.

2.1 La virtud como una facultad de la razón

...Y convive con los dioses aquel que constantemente les demuestra que su alma está satisfecha con la parte que le ha sido asignada, y hace todo cuanto quiere el genio divino.... Y esta divinidad es la inteligencia y razón de cada uno...¹¹⁷

Desde muy joven, Marco Aurelio mostró un especial interés por la filosofía, especialmente por la filosofía estoica, que era la escuela predilecta de este periodo imperial. De ella tuvo por maestros a Apolonio de Calcedonia, a Sexto de Queronea -nieto de Plutarco-, a Claudio Máximo, a Cina Cántulo y a Junio Rústico, este último, a quien más admiración le guardo siempre y quien lo introdujo en la obra de Epicteto¹¹⁸. Sin embargo también tenía inclinación, aunque en menor medida, por otras escuelas que tenían su origen en la antigua Grecia, entre las que destaca la escuela peripatética, que se guiaba en las enseñanzas de Aristóteles, y de cual tuvo por maestro a Claudio Severo; y por la platónica, de la cual hace numerosas referencias en sus *Meditaciones*. En su obra se observa también una clara influencia algunos filósofos presocráticos como Heráclito, “el cual condicionará en gran medida su visión del mundo y su entendimiento de la política y de la justicia”¹¹⁹.

A pesar de lo antiguo que eran los clásicos griegos para el siglo II, “campeaba todavía en las escuelas la autoridad de Platón y Aristóteles, de Zenón y Epicuro”¹²⁰. La influencia del pensamiento griego permeaba entre los miembros de las clases altas. Tal era el caso de Marco Aurelio, quien había nacido en una

¹¹⁷ Marco Aurelio, L. V, 27

¹¹⁸ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *Historia Augusta*, Madrid, Ediciones AKAL, 1989, p. 109

¹¹⁹ Jesús Daza Martínez, *op. cit.*, p. 282

¹²⁰ Gibbon, *op. cit.*, p. 68

familia acomodada. Su padre Anio Vero había sido pretor, y su madre, Domicia Calvila, hija de Calvisio Tulio, quien había ostentado dos veces el consulado; su abuelo paterno había alcanzado el consulado dos veces y la prefectura de la ciudad; su abuelo Anio Libón también había sido cónsul; finalmente su tía abuela había sido la esposa del emperador Adriano¹²¹.

Los filósofos griegos influyeron de innumerables maneras en Marco Aurelio, pero sin duda la influencia más clara que ejercieron sobre él tiene que ver con las cuestiones éticas. Tanto para Marco Aurelio como para sus antecesores, las virtudes y los principios morales son un atributo de la razón. La virtud estudiada desde la perspectiva clásica, no tiene que ver con los sentimientos de las personas, ni con las emociones, sino que es algo que se establece tras una larga reflexión.

Cuando Renan hace mención sobre la virtud de Marco Aurelio explica por ejemplo que esta descansa sobre la razón¹²², y el mismo Marco Aurelio revela en sus *Meditaciones* “si ejecutas la tarea presente siguiendo la recta razón, diligentemente, con firmeza, con benevolencia y sin ninguna preocupación accesoria, antes bien, velas por la pureza de tu dios, como si fuera ya preciso restituirlo, si agregas esta condición de no esperar ni tampoco evitar nada, sino que te conformas con la actividad presente conforme a la naturaleza y con la verdad heroica en todo lo que digas y comentes, vivirás feliz. Y nadie será capaz de impedirte¹²³.

La recta razón, según Marco Aurelio, se diferencia de la razón común, en tanto que esta es guía rectora y base de todas las acciones buenas, es decir, que la recta razón es la que predispone a los hombres, no sólo a actuar sino a actuar bien. La recta razón, ha sido traducida por muchos autores clásicos de distintas

¹²¹ Vicente Picón; Antonio Cascón, *op. cit.*, p. 107

¹²² Renan, *op. cit.*, p. 12

¹²³ Marco Aurelio, L. III, 12

maneras. Para Aristóteles la recta razón es la prudencia¹²⁴. Alasdair MacIntyre en su estudio sobre la virtud en Aristóteles, no menciona el término recta razón, pero asocia prudencia al término griego *phronesis* que define de la siguiente manera, “es originariamente un término aristocrático de alabanza. Caractema a quien sabe lo que le es debido, y que tiene a orgullo el reclamar lo que se le debe. De modo más general, viene a significar alguien que sabe cómo ejercer el juicio en casos particulares.”¹²⁵ La recta razón por lo tanto, es la capacidad de actuar en aquellas situaciones de la vida práctica en las cuales una regla general puede ser insuficiente para realizar un juicio. En otras palabras, es la capacidad de adaptar normas generales extraídas de alguna teoría específica o religión, a realidades muy particulares.

Para los antiguos la *phronesis* era el elemento esencial de la virtud, pues bajo esta perspectiva la carencia del buen juicio puede provocar que una persona que no tenga malas intenciones cometa injusticias al evaluar casos muy particulares, como fue el caso del emperador Claudio, que “en sus informes y sentencias mostraba un carácter variable en manera: circunspecto y sagaz unas veces, inconsiderado en otras, hasta extravagante”¹²⁶. El justo no puede carecer del buen juicio, pues como menciona McIntyre “...el juicio tiene un papel indispensable en la vida del hombre virtuoso, que ni tiene ni podría tener, por ejemplo, en la vida del hombre meramente obediente a la ley o a las normas”¹²⁷,

Aristóteles explica que “en cualquier arte es absurdo regirse por la letra” pues “un hombre solo deliberará mejor en casos particulares”¹²⁸. La letra en sí misma es rígida y ante la transformación natural de las cosas se vuelve obsoleta, se entorpece. Sólo la razón del hombre puede seguir el ritmo del mundo y adaptar las normas para que estas puedan ser eficientes frente a nuevas circunstancias. La razón, puede traspasarlo todo, puede llegar más lejos y acercarse más a la

¹²⁴ “la virtud no sólo es un modo de ser de acuerdo a la recta razón, sino que también va acompañada de la recta razón, y la recta razón tratándose de estas cosas, es la prudencia” Aristóteles, 1144b25

¹²⁵ MacIntyre, *Tras la virtud, Barcelona, ed. De bolsillo, 2004*, p. 205

¹²⁶ Suetonio, *La vida de los doce césares, México, ed. Porrúa, 2010* p. 158

¹²⁷ McIntyre, *op. cit.*, p. 205

¹²⁸ Aristóteles, 1286a

justicia, más que la norma misma, como menciona el mismo Marco Aurelio “no se permite al cilindro desarrollar por todas partes su movimiento particular, tampoco se le permite al agua, ni al fuego, ni a los demás objetos que son rígidos por una naturaleza o alma carente de razón. Porque son muchas las trabas que los retienen y contienen. Sin embargo, la inteligencia y la razón pueden traspasar todo obstáculo de conformidad con sus dotes naturales y sus deseos”¹²⁹.

Ahora bien, esto se puede confundir con el hecho de *relajar la moral*, en el sentido de que la normas se puedan corromper para adaptarse a las necesidades de la vida práctica. No obstante, para los filósofos clásicos existía una diferencia muy clara entre adaptar las normas a través de una razón instruida y corromperlas sin otros propósito más que el de perseguir un beneficio personal. Además la moral en el sentido filosófico no es algo rígido que se establece a partir un dogma o una tradición inquebrantable, sino que se determina a partir de una razón flexible, como expone Gómez Robledo en su *Ensayo sobre las virtudes intelectuales* haciendo referencia a Aristóteles, “después de decirnos que la virtud moral es un hábito electivo que consiste en un término medio relativo a nosotros, agrega Aristóteles, que este medio es determinado por la razón y del modo que lo haría el prudente. Estas palabras dan claramente a entender que la conducta moral en cualquiera de sus aspectos no es jamás irracional ni irreflexiva”¹³⁰.

Aunque por otro lado la moral debe también apoyarse sobre alguna base sólida. El punto crucial es la correcta distinción de las cosas “cuyo fundamento es la *phrohaíresis*: una elección previa a la elección efectiva”¹³¹ y agrega “esta pre-decisión se apoya en la correcta aplicación de los conceptos del bien y del mal para el uso adecuado de las representaciones, y viene a ser la premisa de las opciones morales concretas. Cuando es justa nos hace libres; cuando es injusta nos esclaviza”¹³² Es decir, que para que una persona al deliberar sobre asuntos particulares se oriente por el camino de la justicia y adopte una conducta moral, debe de tener bases ya establecidas para realizar sus juicios. Parte de estas

¹²⁹ Marco Aurelio, X, 33

¹³⁰ Gómez Robledo, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales*, México, FCE, 1996, p. 41

¹³¹ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 200

¹³² Puente Ojea, *op. cit.*, p. 200

bases inevitablemente están conformadas por los usos y costumbres -como en todos los hombres- pero la parte más importante en ellos, se debe de conformar a través de una intensa meditación que ayude a distinguir los fines buenos de aquellos que esclavizan al hombre. Marco Aurelio lo explica en sus *Meditaciones* de esta manera “La razón y el método lógico son facultades autosuficientes para sí y para las operaciones que les conciernen. Parten, en efecto, del principio que les es propio y caminan hacia un fin preestablecido; por eso tales actividades se denominan «acciones rectas», porque indican la rectitud del camino”¹³³. La meditación, como expone Marco Aurelio, tiene que seguir un método lógico que vaya formulando premisas y conclusiones respecto a los fines que les conviene seguir a los hombres. Los diálogos de Platón son un ejemplo claro de esto. Mediante una serie de preguntas y respuestas lógicas Sócrates va guiando a sus alumnos hacía los fines que son auténticamente buenos al hombre.

Este establecimiento de los fines a través de la reflexión es algo fundamental para el desarrollo de la virtud, pues esto constituye, para Marco Aurelio, el eje sobre el cual se orientan las acciones rectas. Aristóteles explica en su *Ética Nicomáquea* que el establecimiento de los fines es precisamente lo que marca la diferencia entre alguna habilidad intelectual cualquiera y una inteligencia más completa provista de prudencia, “hay una facultad que llamaos destreza, y ésta es de tal índole que es capaz de realizar los actos que conducen al blanco propuesto y alcanzarlo; si el blanco es bueno la facultad es laudable; si es malo, es astucia”¹³⁴. Marco Aurelio insiste tanto en esta cuestión que incluso recomienda que “con quien te encuentres, inmediatamente hazte estas reflexiones: Éste ¿qué principios tiene respecto al bien y al mal?”¹³⁵, pues en base a estos principios una persona establece sus fines, y una vez localizados estos, se podrá entender mejor su proceder.

Esto último tampoco significa que los principios que tenga una persona respecto al bien y al mal sean relativos. A pesar de que cada uno tiene su propia noción del bien, y que, como menciona Aristóteles, que cada uno tienda hacia lo que

¹³³ Marco Aurelio, V, 14

¹³⁴ Aristóteles, 1144a25

¹³⁵ Marco Aurelio, L. VIII, 14

considera su propio bien¹³⁶, existe un bien que superior a todos y, según Platón, sólo a partir de la consecución de este fin, el hombre virtuoso podrá hallar su plenitud¹³⁷.

Por lo tanto, sintetizando lo anterior, a diferencia del dogma religioso que ordena el cumplimiento de ciertos valores preestablecidos, la filosofía que siguió Marco Aurelio buscaba sólo predisponer al espíritu a actuar según los preceptos de una razón que tenía como fin la búsqueda de un bien supremo, que se explicara más adelante. Es decir, que bajo esta perspectiva, los hombres puede gozar de la libertad de formarse juicios respecto a circunstancias específicas, y de actuar conforme a su naturaleza, siempre y cuando sus fines sean fines rectos y estén ordenados a este bien superior.

Para Marco Aurelio era importante marcar una separación de su doctrina filosófica con las religiones, pues los principios que se establecen por medio de la filosofía, es decir, por medio de la razón, son mucho más convincentes en los individuos, más flexibles a los cambios, y tienden a motivar más a la acción, que aquellos principios que son inducidos por un dogma. Aunque por otra parte no se deja de reconocer que es más fácil inducir un principio que motivar a los individuo a que estos los establezcan por sí mismo a través de su propia reflexión, pues esto exige mucho tiempo y esfuerzo. Señala Tocqueville, la gente ama las ideas generales porque les dispensan del estudio de los casos particulares¹³⁸.

Sin embargo, en los tiempos de Marco Aurelio aún podían esperarse que, por lo menos, el soberano se inclinara hacia estas cuestiones filosóficas-éticas. En el Imperio, más que en cualquier otra forma de gobierno, el buen juicio del soberano resultaba aún más indispensable, pues en él recaía un poder y una responsabilidad mayor, además de que también se creaban en torno a él expectativas muy altas. Como se mencionó en el capítulo anterior, el emperador tenía la oportunidad de convertirse es un semidiós.

¹³⁶ Aristóteles, 1097a5

¹³⁷ En los primeros libros de su *República*, explica a Trasímaco y posteriormente a su discípulo Glaucón y a su hermano Adimanto, bajo un razonamiento lógico porque los hombres justos son más felices que los que no lo son (Platón, Libros I y II, de *La República*)

¹³⁸ Tocqueville, *op. cit.*, p. 21

Finalmente, cabe destacar que el gozo de una inteligencia práctica, que pueda ser muy eficiente en situaciones de la vida cotidiana no descarta un comportamiento moral, sino que por lo contrario, este comportamiento moral complementa a una inteligencia, como expresa MacIntyre, mucho más completa. En otras palabras, acerca a los individuos hacia su propia perfección.

2.2 Los deberes como salvación

*¿Qué pequeña parte de tiempo ilimitado y abismal se ha asignado a cada uno? Pues rapidísimamente se desvanece en la eternidad... Considera todas esas cosas e imagina que nada es importante, sino actuar como tu naturaleza indica y experimentarlo como la naturaleza común conlleva...*¹³⁹

Para Marco Aurelio el bien de cada persona se halla en función de su propia naturaleza, es decir, que en tanto que no todos los hombres sean iguales, no pueden perseguir los mismos fines. Para él cada persona nació con una misión específica, como expresa en sus *Meditaciones* “así el caballo, la vid ¿Por qué te asombras? También el Sol dirá: he nacido para una función, al igual que los demás dioses”¹⁴⁰

Se suele confundir esta idea fundamentalmente platónica, con la idea de una sociedad que asigna funciones a los individuos, sin embargo desde esta perspectiva, no es precisamente la sociedad, sino la naturaleza misma la que predispone a los individuos a seguir aquello que va de acuerdo con su propia constitución. Para Marco Aurelio “asimismo que cada ser tiende hacia el fin por el cual ha sido constituido y en virtud del cual ha sido constituido”¹⁴¹. Y es que, el afán de una vida más próspera es lo que conduce inevitablemente a los individuos a perseguir todo lo que va de acuerdo con su naturaleza, pues bajo esta perspectiva todo aquel que *se conoce mejor a sí mismo* y conoce lo que corresponde de manera particular, es el que se acerca más a su felicidad.

Siguiendo esta misma línea platónica, así como cada individuo tiene una función propia a partir de su naturaleza, también tiene una excelencia propia, es decir, que

¹³⁹ Marco Aurelio, L. XII, 32

¹⁴⁰ *Ibíd.*, L. VIII, 19

¹⁴¹ *Ibíd.*, L.V, 16

cada quien puede realizar de manera óptima la función que le corresponde¹⁴², como explica Epicteto siguiendo a Platón: “no olvides que eres actor en una obra, corta o larga, cuyo autor te ha confiado un papel determinado. Y bien sea este papel el de mendigo, de príncipe, de cojo o de simple particular, procura realizarlo lo mejor que puedas”¹⁴³. Sin embargo, la auténtica excelencia, tanto como para Marco Aurelio, Epicteto, y para los filósofos de la Grecia clásica, no sólo corresponde a la optimización de las funciones, sino que corresponde a la optimización de las funciones para el bien de la comunidad, lo que inevitablemente involucra el afán de justicia y compromiso con los demás.

En sus *Meditaciones* Marco Aurelio explica que no es suficiente con que un hombre realice su función de manera muy eficaz, sino que también debe de contribuir al bien de sus semejantes. Reconoce que existen hombres que son muy buenos realizando sus oficios particulares pero no deja de cuestionar la indiferencia que mantienen estos respecto al bienestar de sus semejantes, “Es mejor luchador; pero no más generoso con los ciudadanos, ni más reservado, ni más disciplinado en los acontecimientos, ni más benévolo con los menosprecios de los vecinos.”¹⁴⁴, en otras palabras *un Coriolano, valiente camarada, pero un orgulloso del diablo, que no ama al pueblo*¹⁴⁵.

MacIntyre explica como en las sociedades antiguas que datan de los tiempos de Homero, a las que denomina *sociedades heroicas*, el gran hombre, poseedor de grandes cualidades, alcanzaba su grandeza no por el simple hecho de poseer las cualidades, sino por lo que hacia con ellas para el bien de su comunidad, en sus palabras, “un concepto de excelencias o virtudes como las cualidades que hacen capaz a un individuo de actuar según lo que exige su papel social... El yo llega a ser lo que es en las sociedades heroicas sólo a través de su papel; es una creación social, no individual”¹⁴⁶. En este sentido, el valor de los actos individuales esta dado por los efectos que tienen estos actos en la comunidad. Como

¹⁴² Platón, 421b

¹⁴³ Epicteto, Máximas, Del propio perfeccionamiento, 7

¹⁴⁴ Marco Aurelio, L. VII, 52

¹⁴⁵ William Shakespeare, Obras Completas, Tomo VIII, Madrid, Club Internacional del Libro, 2006, p. 96

¹⁴⁶ McIntyre, *op. cit.*, p. 173-174

menciona Cicerón, “conviene contribuir siempre con algo de nuestra parte a la utilidad común”¹⁴⁷, pues “el que enseña el camino al que va errado, luz en su luz enciende, y a él le alumbra lo propio habiéndola comunicado”¹⁴⁸.

A diferencia de las antiguas, en las sociedades modernas por ejemplo, el individuo es excelente por la concepción que él mismo se hace de él o que incluso otros puedan hacer de él a partir de algún discurso específico y no propiamente de acciones heroicas que éste realice en favor de la comunidad. El problema con esta concepción, es que tiende a fraccionar a la sociedad, además de generar conflictos internos en los individuos, pues los antiguos comprendía que un individuo que no comprendía su función ni la responsabilidad que tiene con su sociedad se hallaba perdido en el mundo.

Marco Aurelio encuentra que sólo a partir de reconocer su función dentro del conjunto y de cumplir con sus deberes un hombre puede salvarse de la angustia que deviene al descubrir un mundo vacío, ilusoriamente lleno de lo que para él, eran banalidades “¿Acaso te arrastrará la vanagloria? Dirige tu mirada a la prontitud con que se olvida todo y al abismo del tiempo infinito por ambos lados a la vaciedad del eco, a la versatilidad e irreflexión de los que dan la impresión de elogiarte, a la angostura del lugar en que se circunscribe la gloria”¹⁴⁹.

El emperador poseía uno de esos espíritus melancólicos, que tan pronto obtienen alguna victoria, alguna riqueza, tan pronto se aburren de ellas. Para él los momentos gloriosos se vivían en la inmediatez, y al instante siguiente los arrojaba al vacío, como se arrojan todas las cosas superfluas de esta vida. Tenía presente que incluso los recuerdos y la memoria de los grandes héroes se borraban tarde o temprano, y *todo lo que termina borrándose es inútil perseguir o amar*, “como si alguien empezara a enamorarse de uno de los gorrioncillos que vuelan a nuestro alrededor, y él ya ha desaparecido de nuestros ojos”¹⁵⁰.

¹⁴⁷ Cicerón, *op. cit.*, p. 180

¹⁴⁸ *Ibíd*em

¹⁴⁹ Marco Aurelio, L. IV, 3

¹⁵⁰ Marco Aurelio, L. VI,

La conciencia de esta corta duración y de la banalidad las cosas convierten a los hombres, como convertían a Marco Aurelio, en escépticos, en desencantados. Renan escribe que precisamente ese desencanto era el fundamento de la virtud de este emperador, “La bondad más sólida es la que se funda sobre el tedio perfecto, sobre la visión clara de que cuanto hay en el mundo es frívolo y sin fundamento real. En esta ruina absoluta de todas las cosas, ¿qué queda?... el desengañado sabe que todo objeto del deseo es frívolo, ¿por qué se tomará la pena de un sentimiento desagradable? La bondad del escéptico es la más segura, y el piadoso emperador era el más escéptico”¹⁵¹.

Para un hombre como Marco Aurelio, sólo en la posesión de las virtudes podía existir un refugio ante este vacío, como el mismo lo expresa, “Has comprobado en cuántas cosas anduviste sin rumbo, y en ninguna parte hallaste la vida feliz, ni en las argumentaciones lógicas, ni en la riqueza, ni en la gloria, ni en el goce, en ninguna parte. ¿Dónde radica, entonces? En hacer lo que quiere la naturaleza humana. ¿Cómo conseguirlo? Con la posesión de los principios de los cuales dependen los instintos y las acciones”¹⁵².

Estas virtudes o principios rectores, como lo escribiría el emperador, residían en la comprensión de los principios que rigen el mundo, la razón del universo.

Marco Aurelio no se adelantaba a juzgar los hechos generalizando las situaciones, porque para él cada circunstancia era resultado de otras circunstancias, es decir que cada circunstancia no estaba aislada sino que formaba parte de un conjunto más grande. En general, las cosas por sí solas no tenían ningún valor sino sólo como parte del conjunto universal. Para él, todo lo que existía respondía a una causa mayor. Incluso su propia existencia, solitaria y efímera, tenía un sentido dentro del curso natural de las cosas, “La dicha del hombre consiste en hacer lo que es propio del hombre. Y es propio del hombre el trato benevolente con sus semejantes, el menosprecio de los movimientos de los sentidos, el discernir de las ideas que inspiran crédito, la contemplación de la naturaleza del conjunto universal

¹⁵¹ Renan, *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo ; precedido de la plegaria sobre la Acrópolis*, México, ed. Porrúa, 1990, p. 193

¹⁵² Marco Aurelio, L. VIII, 1

y de las cosas que se producen de acuerdo con ella”¹⁵³. Siguiendo con esta reflexión, los fines de Marco Aurelio estaban orientados a contribuir con la obra del conjunto universal, y de manera concreta, a procurar el bien común, como él mismo escribe “¿qué es lo que debe de impulsar nuestro afán? Tan sólo eso: un pensamiento justo, unas actividades consagradas al bien común...”¹⁵⁴. Es importante mencionar que el bien común, desde su perspectiva incluía el bien de los más cercanos hasta el bien de los más lejanos. Bajo estos principios, todos sus esfuerzos debían de estar destinados en procurar el bienestar de su familia, de su Imperio y de la humanidad misma, en la medida de sus posibilidades.

Se puede decir que toda su vida estaba consagrada a un trabajo que tenía como fin el cumplimiento sus obligaciones. Los placeres, lo vicios, estaban ya lejos de aportarle alguna alegría. Por otra parte tampoco vivía soportando una vida vacía, pues para él lo vacío se hallaba en todo lo que no fuera vivir de acuerdo a esta naturaleza, como el mismo lo expresa “Yo, personalmente, hago lo que debo; lo demás no me atrae, porque es algo que carece de vida, o de razón, o anda extraviado y desconoce el camino”¹⁵⁵.

Bajo este argumento la vida de un hombre como Marco Aurelio, podía haber estado destinada a la fatalidad. Un hombre que no nace para disfrutar de los placeres de la misma forma como lo hace la mayoría de la gente parece estar maldito, sin embargo Marco Aurelio encontró en ello su grandeza. Él nació así, para poder asumir una función muy específica en el mundo, y sus intereses y todo lo que él en verdad podía admirar sólo podían corresponder a esa naturaleza. “La mayor parte de las cosas que el vulgo admira se refieren a las más generales, a las constituidas por una especie de ser o naturaleza: piedras, madera, higueras, vides, olivos. Las personas un poco más comedidas tienden a admirar los seres animados, como los rebaños de vacas, ovejas o, sencillamente, la propiedad de esclavos. Y las personas todavía más agraciadas, las cosas realizadas por el espíritu racional, mas no el universal, sino aquél en tanto que es hábil en las artes o ingenioso de otra maneras [o simplemente capaz de adquirir multitud de

¹⁵³ Marco Aurelio, L. VIII, 26

¹⁵⁴ *Ibíd.*, L. IV, 33

¹⁵⁵ *Ibíd.*, L. VI, 22

esclavos]. Pero el que honra el alma racional universal y social no vuelve su mirada a ninguna de las restantes cosas, y ante todo, procura conservar su alma en disposición y movimiento acorde con la razón y el bien común, y colabora con su semejante para alcanzar ese objetivo”¹⁵⁶. Ya antes que Marco Aurelio, Epicteto había escrito “es, pues, forzoso que prescindas de mi cuerpo, de los bienes, de las dignidades de la reputación, y de cuanto me sea ajeno, porque los dioses quieren que de todo esto haga caso omiso. Que si su designio hubiese sido otro, fácilmente hubieran hecho que todas esas cosas hubieran sido para mi bienes reales; pero, puesto que lo han dispuesto como es, obedezco gustoso sus órdenes, seguro de que no me están destinados tales pretendidos bienes”¹⁵⁷.

Marco Aurelio comprendió que por el hecho de estar destinado a asumir la dirección del Imperio, tanto su compromiso con los demás, así como su virtud debían de ser mayores que los del resto de la gente, de la misma manera en la que Adriano comprendió que por el hecho de poseer ya ciertas virtudes Marco Aurelio estaba obligado a gobernar el mundo, pues las virtudes, ya sean como consecuencia o como causa, deben ir siempre acompañadas de grandes responsabilidades, como menciona Aristóteles “las virtudes éticas; puede suponerse que todos participan de ellas no de manera idéntica es verdad, sino en el grado requerido por sus obligaciones. Por eso el mandatario debe de tener una bondad moral perfecta mientras que los demás no necesitan sino lo que les corresponde”¹⁵⁸. Platón en la misma línea que su discípulo explica en su *República*, “Dios puso oro en la mezcla con que se generaron cuantos de vosotros son capaces de gobernar, por lo cual son los que más valen; plata, en cambio. en la de los guardias, y hierro y bronce en las de los labradores y demás artesanos”¹⁵⁹.

En términos ideales, tanto para los antiguos como para algunos modernos, el soberano debía tener cualidades muy particulares, que no necesariamente deben tener los demás. En general para ellos, las cualidades, por principio son buenas

¹⁵⁶ Marco Aurelio, VI, 14

¹⁵⁷ Epicteto, Máximas, *Del conocimiento de si mismo*, 2

¹⁵⁸ Aristóteles, 1260 a

¹⁵⁹ Platón, 415a

en todos los hombres, pero hay cualidades que son verdaderamente necesarias sólo en algunos hombres. Algunos autores, entre ellos Aristóteles o Maquiavelo, consideran que el soberano no puede prescindir, a diferencia de los demás hombres, de la virtud de la prudencia, en sus palabras “el gobernante recto debe ser bueno y prudente y el ciudadano no tiene que ser necesariamente prudente”¹⁶⁰. Renán por su parte hace mención de lo que sería la prudencia en un gobernante “el soberano verdaderamente digno de ese nombre, observa a la humanidad desde arriba y de manera muy completa. Su punto de vista casi se identifica a poco con el del historiador filósofo.... un Goethe coronado no podría profesar el desdén real de las ideas burguesas, esa alta indiferencia sobre los asuntos prácticos que son el rasgo esencial del artista; pero se puede representar el alma del buen soberano como la de un Goethe ablandado, de un Goethe convertido al bien, que ha llegado a comprender que existe algo más grande que el arte, llevado a la estimación de los hombres por la nobleza habitual de sus pensamientos y por el sentimiento de su propia bondad”¹⁶¹. Por su parte Rostovtzeff escribe del soberano estoico “No era dueño del Estado sino su primer servidor, el servicio del Estado era su deber. Cuando estaba en el ejército tenía que soportar todas las penalidades de la vida militar, como un simple soldado. Cuando residía en la capital tenía que atender a sus obligaciones de gobernante del Estado y laborar afanosamente día un noche, por la seguridad y prosperidad del Imperio. Su vida tenía que ser así, la de quien ha sido llamado a altos destinos, no la de un simple mortal; más sin embargo debía de ser modesto y moderado en sumo grado”¹⁶²

El soberano debe ser el más prudente porque de él depende futuro de todo un Estado. Sus decisiones le conciernen a toda la población y todos los ojos están puestos en él. Por esta misma razón, para los filósofos clásicos el soberano debía de encarnar una figura ideal, pues al ser el centro de las miradas, sus acciones debían ser tanto juzgadas como imitadas por el resto de la gente, además de que estas venían a representar las acciones de todo un pueblo.

¹⁶⁰ Aristóteles, 1277a

¹⁶¹ Renan, op. cit., p. 8

¹⁶² Rostovtzeff, op. cit., p. 262

Ahora bien, a pesar de que Marco Aurelio había encontrado el sentido de su vida en asumir tan elevada función, él estaba consciente de que los demás podían igualmente encontrar sentido a su existencia realizando las funciones que les correspondían por naturaleza, siempre y cuando tuvieran presente el bien común. Para él todas las funciones eran igual de importantes en tanto que cada una contribuía a una misma causa “¿Acaso el sol estima justo hacer lo que es propio de la lluvia? ¿Acaso Asclepio, lo que es propio de la diosa, portadora de los frutos? ¿Y qué decir respecto a cada uno de los astros? ¿No son diferentes y, sin embargo, cooperan en la misma tarea?”¹⁶³. Es decir, cada persona podía contribuir de diferente manera, y de hecho debía de hacerlo de diferente manera pues cada persona contaba con habilidades distintas que podían ser empleadas en favor del Imperio.

Mientras gobernó Marco Aurelio, él mismo se encargó de distribuir funciones de acuerdo a la naturaleza de los hombres. Analizaba bien a la gente y en base a sus capacidades les asignaba tareas muy específicas. De esta manera sus colaboradores era útiles al Imperio y al mismo tiempo ellos encontraban su propia realización individual. Birley cuenta como en las guerras marcómanas Marco Aurelio solía emplear a sus generales de acuerdo a su valor: “es imposible hacer a los hombres exactamente como uno quiere que sean, pero es nuestra obligación darles una utilidad en base a lo que son, de modo que puedan servir al Estado.”¹⁶⁴ El mismo Marco Aurelio señala en sus *Meditaciones*, “contemplando todas las cosas tal como son, me sirvo de cada una de ellas de acuerdo con su mérito.”¹⁶⁵ Cada hombre, por malo que pudiera parecer, podía ser necesario si se lograba hallar la función adecuada para él, y el emperador era un maestro para encontrar la utilidad de los hombres. Sin duda es también cualidad del sabio saber asignar las funciones apropiadas a la gente que depende de él. Marco Aurelio calculaba y asignaba lo justo a cada quien, y nunca trató igual a nadie, pues estaba consciente que ello equivaldría a tratar injustamente a la gente, además de que, como menciona el mismo Aristóteles, “se suscitan disputas y acusaciones cuando aquellos que son iguales no tienen o reciben parte iguales y cuando los que no

¹⁶³ Marco Aurelio, L. VI, 43

¹⁶⁴ Birley, A. *Marcus Aurelius: a biography*, Londres, Routledge, 2000, p. 207

¹⁶⁵ Marco Aurelio, L. VIII, 29

son iguales tienen y reciben partes iguales”¹⁶⁶.

Resultaba de suma importancia que esto quedará claro a toda la población, pues el hecho de que cada uno asumiera gustosamente su propia función por el bien de su patria, sin que pretendieran ocupar otros cargos que no correspondían a su propia naturaleza, ayudaba a formar una sociedad más unida, más justa y más productiva, además de que ponía a los ciudadanos al servicio del Estado, pues como menciona Cicerón “la (amistad) más estrecha, la que con más amor nos une, es la que tenemos los hombres con la República. Muy amados son los padres, los hijos, los parientes y los amigos; pero todos estos amores los encierra y abraza en sí el amor a la patria. Por la cual ¿qué hombre de bien durará exponer su vida si con esto puede ser de provecho?”¹⁶⁷

Por otra parte, esta idea prevenía también al Imperio de conspiraciones y posibles revueltas internas, que sólo llevarían al Imperio más desunión y más desequilibrio. En este sentido, la teoría de los deberes “era un artificio indispensable que cumplía dos finalidades diversas, pero en definitiva convergentes, una, librar al sabio de la tentación de comprometerse en una tarea reformadora de la vida social -rebelándose y perdiéndose a sí mismo en los azares de la contienda política-, la otra, asegurarle el respeto del poder político y la inmunidad de toda represalia de ese poder”¹⁶⁸.

Finalmente, la consecución de los deberes respondía, en este sentido a dos objetivos: por un lado daba un rumbo a las almas errantes de los individuos que se hallaban perdidas tras tantos años de corrupción y vicios; y por otro aseguraba la existencia del Imperio por unos años más, pues el Imperio sólo podía sostenerse con disciplina y obediencia, “el día que Roma se canse de obedecer, ese mismo día habrá llegado el final de su dominio en el mundo.”¹⁶⁹.

¹⁶⁶ Aristóteles, 1131a20

¹⁶⁷ Cicerón, op. cit., p. 182

¹⁶⁸ Puente Ojea, op. cit., p. 233

¹⁶⁹ Puente Ojea, op. cit., p. 226

2.3 La virtud frente a la circunstancia

“¿Qué es conllevar la calentura como es debido? Pues sufrirla sin quejarse de los dioses ni de los hombres; no alarmarse por lo que pueda sobrevenir; pensar que todo irá bien y que si la muerte misma llega, aguararla valerosamente como lo mejor...”¹⁷⁰

La raíces etimológicas de la palabra virtud pueden provenir, por un lado, del latín *vir* que significa varón y que está relacionado con *vis* que significa fuerza, y por otro lado, del griego *areté* que significa excelencia. Esta dicotomía en las raíces etimológicas de la palabra ha ofuscado su significado a lo largo del tiempo y ha generado una serie de debates en torno al tema. Sin embargo basta con hacer un repaso histórico para esclarecer esta cuestión.

La palabra *virtus* empleada por lo romanos, “parece haber tenido un paralelo griego exacto en la palabra *andreia*, ambas provenían de hombre (*vir* y *aner*) y estaban relacionadas con la cualidad viril de la valentía” pero, “*virtus* también se usó en Roma para traducir *areté*”¹⁷¹, pues según la profesora Catalina Balmaceda, en una sociedad altamente militarizada como la romana, la excelencia de los hombres se manifestaba en su valentía en la guerra¹⁷². El hombre excelente era en la mayoría de la veces el hombre valiente. Aunque, por otra parte, esto no lo era para todos los romanos. Como ya se mencionó, los filósofos de Roma erigieron sus ideas y sus conceptos sobre la base de la filosofía de la antigua Grecia, por lo que es muy probable que ellos hubieran asociado la palabra *virtus* a

¹⁷⁰ Epicteto, Máximas, De la resignación, 11

¹⁷¹ “A fines del siglo III a.C. apareció el Elogio de los Escipiones con su claro mensaje de *virtus* con doble significado de valentía y excelencia moral, Catón pronuncia sus discursos, donde *virtus* era coraje y virtud en un sentido más comprehensivo⁴³. Las comedias de Plauto y Terencio también hacen referencia a la *virtus* con una apreciación más general del término y no sólo de valentía, y ya hemos visto el significado que Lucilio le asigna a la palabra”. Balmaceda, Catalina. *Virtus Romana en el siglo I a.C.*, Chile, Gerión, 25, núm. 1, 2007 p. 292

¹⁷² *Ibíd.*, p. 287

areté, pero *areté* en el sentido ético que durante el siglo V a.C se popularizó entre los sofistas y los socráticos¹⁷³, es decir, *areté* como excelencia moral.

Tanto para los filósofos de Grecia como de Roma, el excelente, el valiente, el fuerte no lo era sólo en la guerra, sino que lo era en todos los aspectos de la vida, porque esto era para ellos una cualidad del alma. Se es fuerte no sólo de cuerpo sino de espíritu también, y de hecho, esta fuerza del espíritu es la más valiosa.

Particularmente para los estoicos, un espíritu fuerte, era un espíritu capaz de conducir sus acciones de manera recta bajo cualquier circunstancia y que no abandona sus principios morales por causa de sus pasiones, del miedo, o cualquier otra emoción. Es decir, que la fuerza espiritual se traduce en el dominio que tiene un hombre sobre sí mismo, no en el dominio que tiene sobre otros hombres o sobre la circunstancia en la que está inmerso, lo que correspondería a una concepción mucho más moderna.

Resulta fundamental hacer énfasis en esta divergencia, pues la concepción moderna de virtud se aleja de manera considerable de la concepción que predominó en el mundo antiguo, lo que ocasiona que haya muchas confusiones a la hora de estudiar la virtud de los antiguos.

En los tiempos modernos, el hombre virtuoso es el hombre que lucha contra las circunstancias e impone su voluntad frente a los dioses. Esto tiene sus raíces, en el humanismo del siglo XVI, que defendía una visión antropocéntrica del mundo que poco a poco se fue extendiendo hasta insertarse en las ideas de grandes pensadores.

Maquiavelo por ejemplo, como digno representante de su tiempo, a pesar de haber afirmado en sus escritos que la fortuna es esencial, declaró también que el hombre virtuoso es el que la domina: “Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada, es preciso tratarla sin miramiento, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga,

¹⁷³ Balmaceda, Catalina, op. cit., p. 292

no quien la respeta”¹⁷⁴. Bajo este discurso, el hombre se coloca en medio del universo y mantiene una actitud desafiante antes los Dioses, *él se crea a sí mismo y él es el único dueño de su destino*.

Esto constituye una de las razones por las que muchos otros autores modernos y contemporáneos consideran a manera de reprobación que la virtud de Marco Aurelio tiende hacia el conformismo y hasta cierto punto hacia la mediocridad. Por ejemplo Renan no deja de señalar -a pesar de la fuerte admiración que manifiesta en sus escritos por el emperador romano- que “ese convencionalismo (en Marco Aurelio) causa a veces cierta exasperación”¹⁷⁵. Por su parte, Gonzalo Puente Ojea, expresa respecto a la ética de los estoicos “El orden cósmico (kósmos) prosigue imperturbable su curso sin detenerse ante las calamidades que aquejan a los hombres. Se trata de una ética del consentimiento”¹⁷⁶. Y es que, con un ideal impuesto como el de Maquiavelo, el virtuoso de los antiguos se visualiza en la modernidad como un hombre conformista que no tiene intención de cambiar las cosas y que por lo tanto se queda en la inacción, pues justamente el motor de la acción en este panorama es el cambio. Bajo esta noción moderna, el ídolo, el hombre digno de admiración, es el hombre rebelde y atractivo, que rompe con las estructuras establecidas, independientemente de que con esta acción haga un bien a su comunidad –incluso se puede decir que eso resulta casi irrelevante.

Sin embargo desde la perspectiva antigua, un hombre que intentaba justamente cambiar el orden establecido era un conjurador, un imprudente. En general, en la antigüedad la estructura ideológica era muy sólida y esta no permitía que se viera en los rebeldes a unos héroes, por lo menos no en las clases medias o altas, que eran las que tenían injerencia en las decisiones del Imperio. Esto, por otra parte, no descarta el hecho de que conjuradores fueran héroes para los estratos sociales más bajos, como en los esclavos, aunque esto no podrá leerse en ningún texto de aquella época pues ningún escritor de aquella época podía convenir con esta idea. Para la mayoría de los intelectuales, la rebeliones sólo podían ser perjudiciales

¹⁷⁴ Maquiavelo, op. cit., p 357

¹⁷⁵ Renan, op. cit., p. 12

¹⁷⁶ Puente Ojea, op. cit., p. 211

para la civilización. Algunos autores consideran incluso que las rebeliones tanto de Espartaco como de Catilina son las causantes de la caída de la República¹⁷⁷.

En general, los intelectuales se dedicaban a legitimar las estructuras sociales vigentes, y rara vez se pronunciaban en contra del sistema imperante. Podían estar en contra de la persona que gobernaba pero no en contra del sistema, aunque esto no significa que ellos no estudiarán las formas de gobierno para indagar sobre cual podría convenir más a su sociedad. El ejemplo de pensadores como Aristóteles y Polibio es claro, aunque es importante destacar también que ellos no atribuían los posibles males de su sociedad a una forma de gobierno sino a acciones muy específicas emprendidas por actores muy concretos.

Para los filósofos griegos, una forma de gobierno o un modo de producción no podía ser malo por sí solo, porque desde su visión del mundo esto era algo natural, y todo aquello que era natural no podía ser ni malo ni bueno. Estos criterios -lo bueno, lo malo- involucran cuestiones éticas que sólo son aplicables a los individuos, los cuales no pueden ser tampoco malos por sí mismos sino por sus acciones, dentro de su sociedad ejerciendo alguna función específica, y es que la ética es indiscutiblemente un asunto social.

Como se mencionó en el capítulo primero, en el caso de Calígula o Nerón, la gente estaba en contra de la persona en la que recaía el cargo e incluso intelectuales como Séneca, a pesar de la fuerte presión a la que estaban sometidos, se negaron a participar en las infamias de estos hombres. En particular para los romanos de la época imperial, el problema no era el emperador como figura soberana sino el hombre en particular. El régimen en sí no constituía un problema para los ciudadanos tampoco, ni siquiera para los esclavos, pues para ellos, ya fuera República, Monarquía o Imperio su condición no cambiaba. Lo único que podía hacer que esta cambiara, era el favor de algunos gobernantes, y desde luego su propio empeño. Es importante destacar aquí, que durante el

¹⁷⁷ En el discurso que da Cicerón a Catilina en el senado explica a sus colegas de que forma un conspirador puede dañar a una República, el grado de peligro que representa su injuria, y los sentimientos de indignación que despierta en la sociedad. (Cicerón, *Las Catilinas*)

periodo Imperial muchos esclavos obtuvieron su manumisión, sobre todo durante el periodo de los llamados cinco buenos emperadores.

Epicteto fue uno de los esclavos que se convirtieron en libertos durante este periodo, e incluso este filósofo se llegó a convertir en una de las figuras más respetadas de la época imperial, y también en uno de los mejores ejemplos que expuso Marco Aurelio a su pueblo a través de sus escritos. Este hombre, habiendo sido esclavo, nunca renegó de su condición y jamás hizo nada en contra de su patria. Para Epicteto el bienestar de cualquier hombre de bien, debía de residir en contribuir al bienestar de los demás y no en medio de bienes materiales o en la búsqueda de algún placer carnal, como él mismo escribe en sus *Máximas*, “las riquezas no son siempre, sobre que suelen ser poco duraderas. En cambio la felicidad que proviene de la sabiduría dura siempre”¹⁷⁸. La sabiduría de Epicteto lo eximió siempre de la necesidad de luchar o de sublevarse contra el régimen y así como él, muchos filósofos de esta época e incluso de épocas anteriores, se abstendían de sublevarse, pues no encontraban otro sentido en ello que la pura vanidad.

Ahora bien, bajo la perspectiva de los antiguos, el hecho de que los hombres no lucharan para cambiar su circunstancia no significaba que estos se negaran al cambio. Ellos estaban conscientes de que el cambio era natural, y en tanto natural inevitable, como escribe Jesús Daza Martínez “este principio de dinamismo y de mutación no se aplica sólo a la naturaleza, sino al hombre mismo y a todas sus creaciones culturales, políticas, y sociales... El sentido de tránsito, de la finitud, del continuo devenir, del hacerse y deshacerse de los seres y de las cosas, es una de las claves de los Soliloquios de Marco Aurelio”¹⁷⁹. Es decir, aceptaban el cambio como algo inevitable pero no se asumían como los principales autores de este, sino como una consecuencia de él. Marco Aurelio escribe en sus *Meditaciones* “en medio de tal oscuridad y suciedad, y de tan gran flujo de la sustancia y del tiempo, del movimiento y de los objetos movidos, no concibo qué cosa puede ser especialmente estimada o, en suma, objeto de nuestros afanes.

¹⁷⁸ Epicteto, De las riquezas, 2

¹⁷⁹ Jesús Daza Martínez, op. cit., p. 283

Por el contrario, es preciso exhortarse a sí mismo y esperar la desintegración natural, y no inquietarse por su demora, sino calmarse con estos únicos principios: uno, que nada me ocurrirá no acorde con la naturaleza del conjunto; y otro, que tengo la posibilidad de no hacer nada contrario a mi Dios y Genio interior¹⁸⁰. La naturaleza es infinitamente más grande que la humanidad misma. La humildad tan sólo es producto de ella, por lo que pretender luchar contra sus designios resultaba completamente inútil para alguien como el emperador. Los hombres desde su perspectiva, debían de moverse con el movimiento del mundo, lo que significa adaptarse a las circunstancias y aceptar la realidad, fuera como fuera esta. Siguiendo lo anterior, el hombre más sabio era el que conocía mejor su realidad y actuaba conforme a lo que observa en ella.

Por ello era tan importante el uso de la razón para los filósofos de la época clásica, pues la razón es la herramienta esencial que le permite al hombre la adaptabilidad dentro de su medio. Gracias a la razón el hombre puede evaluar continuamente lo que más le conviene ante nuevas circunstancias, y puede también acumular en su memoria una serie de principios que le son necesarios para soportar los cambios.

A pesar de que los hombres deben de transformarse para adaptarse al mundo, existen virtudes que permanecen constantes en ellos gracias a la memoria y capacidad que tienen estos para formarse hábitos¹⁸¹, y la consecución de estas virtudes es lo que para Marco Aurelio, da precisamente sentido a la vida de los hombres y lo que incentiva su lucha y sus esfuerzos, como el mismo lo escribe “¿Qué es, pues, lo que todavía te retiene aquí, si las cosas sensibles son cambiantes e inestables, si los sentidos son ciegos y susceptibles de recibir fácilmente falsas impresiones, y el mismo hálito vital es una exhalación de la sangre, y la buena reputación entre gente así algo vacío? ¿Qué, entonces? ¿Aguardarás benévolo tu extinción o tu traslado. Mas, en tanto se presenta aquella oportunidad, ¿qué basta? ¿Y qué otra cosa sino venerar y bendecir a los

¹⁸⁰ Marco Aurelio, V. 10.

¹⁸¹ Es importante mencionar que los principios no se pierden en la necesidad de adaptación, sino que, favorecen este proceso. Como se mencionó al inicio de este segundo capítulo, una reflexión, que tiene como base principios y virtudes sólidas, puede llegar mucho más lejos y puede ser mucho más eficiente a largo plazo.

dioses, hacer bien a los hombres, soportarles y abstenerse?¹⁸². Los hombres por lo tanto, deben de luchar para alcanzar la virtud, no para cambiar su circunstancia, pues además lo primero depende de uno mientras que lo segundo no, y aquello en que no depende de uno, nada puede hacer como explica Epicteto¹⁸³ con un singular ejemplo “¿qué debo hacer? Pues lo que está en mi mano y es acorde a mi razón: escoger el barco, el piloto, los marineros, la estación, el día, y el viento favorable: he aquí cuanto depende de mí. Luego, si en la alta mar sobreviene una tormenta, ya no tengo yo nada que hacer, todo es asunto del piloto. ¿Qué la embarcación zozobra? Pues en vez de gemir, llorar o apesadumbrarme, me dispongo a hacer lo que está en mi poder y facultades para salvarme...”¹⁸⁴.

Cuando los hombres se empeñan en conseguir aquello que no depende de ellos, encuentran pronto sus cadenas, pues ante las contingencias de la vida diaria los hombres nada pueden hacer, y el fracaso que conlleva no alcanzar lo propuesto despierta en ellos una serie de emociones y sentimientos de desencanto, que terminan por dejarlos en la inmovilidad. Epicteto advierte, “si deseas cosas que no dependen de ti, es imposible que no te veas frustrado”¹⁸⁵. Por ello era importante para Epicteto que los hombres comprendieran que sólo puede haber éxito o fracaso en aquello que depende de ellos mismos, y que lo demás deben de ser sólo circunstancias, obras de la naturaleza que por sí mismas no pueden ser ni buenas ni malas.

Bajo este panorama, para un hombre que ha aprendido a luchar únicamente por aquello que depende de él, no puede existir ni la buena ni la mala suerte, ni puede surgir tampoco la tragedia, pues el hombre que lucha sólo por lo que depende de él, termina por imponer su voluntad, siempre y cuando esta voluntad este construida sobre la base de la prudencia.

¹⁸² Marco Aurelio, V. 33,

¹⁸³ Epicteto que fue esclavo y luego liberto, encontró que asumir su función dentro de la sociedad, era la mejor forma de contribuir al bienestar de los demás. Su bienestar no lo encontraba en los bienes económicos por lo que nunca lucho para cambiar eso. Su bienestar estaba en el hecho de contribuir a la causa común

¹⁸⁴ Epicteto, Máximas, De la resignación, 5

¹⁸⁵ Epicteto, Manual, II, 2

Por lo tanto, lo que ha sido visto como “conformismo” para los modernos, para los antiguos era en realidad un síntoma de prudencia y de respeto hacia los dioses, valores que eran fundamentales dentro de la estructura ideológica social, pues además de que ayudaban a calmar al espíritu inquieto, ayudaba a mantener cierta coerción en la sociedad.

Es importante mencionar que la consciencia de la imposibilidad de cambiar lo que los dioses habían impuesto, hacía a las sociedades profundamente conservadoras y hasta cierto punto patrióticas, pues *una vez que se ha llegado la resignación la gente empieza por amar lo que tiene*. De ahí que Marco Aurelio, haya sido un conservador y un patriota, como explica Renan, aunque casi en tono de desaprobación “La tradición romana es un dogma para él; él se excita a la virtud *como hombre, como romano*. Los prejuicios de estoico se juntaban de ese modo a los de patriota, y se ha escrito que el mejor de los hombres cometía la más torpe de las faltas, por exceso de seriedad, de aplicación, y de espíritu conservador”¹⁸⁶.

En este sentido, al reprobar esta conducta Renan hace a un lado el contexto del emperador. El objetivo de Marco Aurelio, como el de cualquier hombre sabio de sus tiempos, debía de ser velar por el bien de su pueblo. A él, no le interesaba exaltar su figura a través de realizar acciones trascendentales ni realizar cambios significativos para que su nombre fuera recordado por siglos. Él sólo se limitó a servir a su Imperio en la función que le había tocado desempeñar sin abandonar nunca los principios que él mismo había ido construyendo y fortaleciendo a lo largo de tantos años.

Finalmente adaptarse y soportar todo lo que del mundo devenga con la frente en alto y los principios intactos, constituye un verdadero reto, un reto que sólo los grandes pueden asumir. Ya desde los tiempos de Homero, se exalta esta idea, pues el héroe homérico es el que asume su destino lanzándose firme hacia él, sin importar si este es adverso o lo conduce hacia su propia muerte, “Combatid juntos frente a las naos, y al que hieran de muerte, ya de cerca o de lejos, que muera, si así ha de cumplirse su destino, que honroso es morir por la patria luchando, y su

¹⁸⁶ Renan, op. cit., p. 26

esposa y sus hijos a salvo han de verse, y su casa y su hacienda no han de padecer menoscabo ninguno, si en las naos a su patria regresan los hombres aqueos.”¹⁸⁷

¹⁸⁷ Exhortó Héctor a los troyanos con esas palabras. Homero, La Ilíada, Canto XV

2.3 De la teoría a la práctica

...Y en tus acciones no sólo no cumples lo suficiente, sino que te quedas por debajo de tus posibilidades. Por consiguiente, no te amas a ti mismo, porque ciertamente en aquel caso amarías a tu naturaleza y su propósito. Otros, que aman su profesión, se consumen en el ejercicio del trabajo idóneo, sin lavarse y sin comer...¹⁸⁸

Siguiendo con el capítulo anterior, para los estoicos del Imperio el hombre modelo era el que trabajaba realizando la función que le había sido asignada por naturaleza para contribuir al bien de su comunidad, no para cambiar su circunstancia.

Bajo esta perspectiva clásica, los esfuerzos que destina un individuo para cambiar su circunstancia suelen tonarse inútiles ante la imposibilidad que conlleva esto, mientras que los esfuerzos destinados a contribuir con el bien de la comunidad lejos de ser inútiles, dan sentido a las acciones de los hombres, pues desde esta perspectiva clásica, aquello que mejor alienta al hombre a la acción es la consciencia de que afuera en el mundo hay otros seres humanos que le necesitan, es decir, que no está solo, y que en cambio si está lleno de responsabilidades, como menciona Marco Aurelio “Al amanecer, cuando de mala gana y perezosamente despiertes, acuda puntual a ti este pensamiento: «Despierto para cumplir una tarea propia de hombre.» ¿Voy, pues, a seguir disgustado, si me encamino a hacer aquella tarea que justifica mi existencia y para la cual he sido traído al mundo? ¿O es que he sido formado para calentarme, reclinado entre pequeños cobertores? «Pero eso es más agradable». ¿Has nacido, pues, para deleitarte? Y, en suma, ¿has nacido para la pasividad o para la actividad? ¿No ves que los arbustos, los pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas, cumplen su función propia, contribuyendo por su cuenta al orden del mundo? Y tú entonces,

¹⁸⁸ Marco Aurelio, L. V, 1

¿rehúsan hacer lo que es propio del hombre? ¿No persigues con ahínco lo que está de acuerdo con tu naturaleza?”¹⁸⁹

Para este emperador, como se mencionó en capítulos anteriores, el trabajo de un hombre no tenía sentido si no era para el bien de su sociedad, “si extraño al mundo es quien no conoce lo que en él hay, no menos extraño es también quien no conoce lo que en él acontece. Desterrado es el que huye de la razón social...”¹⁹⁰. Bajo esta concepción, ningún hombre, ni siquiera los filósofos dedicados a la contemplación podían segregarse del mundo social, y es que como explica Aristóteles, el ser humano no puede vivir fuera de la *polis*, a menos que sea una bestia o un dios¹⁹¹.

En el caso particular de los filósofos pese a lo abstractas que podían parecer sus ideas, y lo poco práctico que pudieran resultar en algunos casos, tenían una función muy específica dentro de la *polis*. Ellos, como se mencionó en el capítulo pasado, con sus ideas legitimaban a un estado de cosas que hacía que funcionara todo de una determinada manera y daban sentido a las acciones de los hombres imponiendo una serie de valores bajo los cuales debían de guiarse las conductas.

Principalmente en los tiempos de Marco Aurelio, los filósofos jugaron una función importantísima. Ellos se encargaron de difundir las ideas estoicas del emperador a lo largo del Imperio, y contribuyeron a disciplinar a muchos grupos de la sociedad que habían convergido en un mismo sentimiento de desencanto. Se volvieron casi unos guías espirituales para algunos, como menciona Puente Ojea, “Los filósofos se hacen sacerdotes de la nueva religión. Se hacen consejeros, directores de conciencias, conductores de almas”¹⁹². Cabe mencionar que en este preciso momento de la historia, el estoicismo, en tanto doctrina filosófica, tuvo que abandonar hasta cierto punto su rigidez racionalista y comenzar a adquirir “cada vez con mayor nitidez, el carácter de una religión moral”¹⁹³, como menciona Gibbon “de las cuatro escuelas más esclarecidas, los estoicos y los

¹⁸⁹ Marco Aurelio, L. V, 1

¹⁹⁰ *Ibíd.*, L. IV, 29

¹⁹¹ Aristóteles, 1253a

¹⁹² Puente Ojea, *op. cit.*, p.196

¹⁹³ Puente Ojea, *op. cit.*, p. 196

platónicos se afanaron en hermanar los encontrados dictámenes de la razón y de su religiosidad”¹⁹⁴.

La mejor forma en la que los filósofos difundían sus ideas, era a través de su propio ejemplo. Pues por otra parte, sólo en la medida en que actuaban conforme a lo que promulgaban con sus palabras, sus ideas cobraban valor. Incluso, para los filósofos de la antigüedad era tan importante establecer esta congruencia entre la teoría y la práctica que un filósofo no podía ser llamado así, si sus acciones no correspondían a sus ideas. Aristóteles hace mención de esto “la mayoría refugiándose en la teoría, creen filosofar y poder, así, ser hombres virtuosos; se comportan como los enfermos que escuchan con atención a los médicos, pero no hacen nada de los que les prescriben. Y así como estos no sanarán del cuerpo con tal tratamiento, tampoco aquellos sanarán el alma con tal filosofía”¹⁹⁵.

Epicteto por su parte escribe “¿Hasta cuando dilatas el aplicarte a estas cosas y a poner en práctica estas excelentes instrucciones? ¿Cuándo cesarás de violar las leyes de la verdadera razón? Ya has sabido los preceptos que debes abrazar, supongo que ya los abrazaste, pero dame alguna señal... Si desprecias estos preceptos y no haces de ellos reglas para tus costumbres, te olvidarás de día en día y añadirás término a término, y resolución a resolución, y así se te pasará la vida sin que hayas hecho algún progreso en el estudio de la virtud.”¹⁹⁶ Marco Aurelio también escribe en sus *Meditaciones* algo al respecto “Preciso es que todo lo mires y hagas de tal modo, que simultáneamente cumplas lo que es dificultoso y a la vez pongas en práctica lo teórico; y conserves el orgullo, procedente del conocimiento de cada cosa, disimulado pero no secreto”¹⁹⁷.

Para Marco Aurelio en particular, el convencimiento de ciertos principios que terminaba por llevar a la acción a los individuos se lograba sólo mediante la reflexión. Para él sólo a través la reflexión se ordenaba la mente, y se establecía mayor congruencia entre los pensamientos, y también entre los pensamientos y

¹⁹⁴ Gibbon, op. cit., p. 50

¹⁹⁵ Aristóteles, 1105b

¹⁹⁶ Epicteto, Manual, LI, 1

¹⁹⁷ Marco Aurelio, L. X, 9

las acciones: “En el pensamiento del hombre que se ha disciplinado y purificado a fondo, nada purulento ni manchado, ni mal cicatrizado podrías encontrar”¹⁹⁸, pues todo en él debe de ser unidad y virtud, y la virtud no es otra cosa que el derivado de una larga reflexión que tiene como único fin la búsqueda de la verdad.

No obstante el emperador también sustenta el argumento aristotélico que sostiene que no es suficiente con que un persona reflexione sobre los principios y de manera precisa las virtudes, y comprenda porque son estas necesarias, sino que además tiene que hacer un esfuerzo constante para ponerlas en práctica, pues de lo contrario, como explica también Epicteto, todas estas reflexiones se van olvidando con el paso del tiempo. La reflexiones seguidas de buenas acciones que se repiten terminan por volverse hábitos, y una vez adquiridos los hábitos, los principios obtenidos tras el proceso de reflexión se tornan mucho más sólidos, y se insertan en el alma de los hombres de manera indefinida, se vuelven parte de ellos como cualquier otra parte de su cuerpo, como escribe Marco Aurelio “en la práctica de los principios es necesario ser semejante al luchador de pancracio, no al gladiador, porque éste deja la espada de la cual se sirve, y muere mientras que aquel siempre tiene la mano y no precisa otra cosa sino cerrarla”¹⁹⁹.

Ahora bien, el proceso de formación de los buenos hábitos siempre conlleva grandes esfuerzos que muy pocos están dispuestos a realizar. Para Platón la disposición a realizar estos esfuerzos para alcanzar la virtud se da en los hombres como un don divino²⁰⁰, por lo tanto para él no es algo que pueda enseñarse. En otras palabras, los esfuerzos que se requieren para alcanzar la virtud se imponen por convicción propia, no por instrucción.

Para Epicteto los hombres que se imponen así mismos exigencias más duras de las que le podría imponer cualquier persona son los que resplandecen por sí mismos, y que se distinguen precisamente de los demás por el afán, en sus *Máximas* escribe “tu gusto es parecerte a la mayor parte de los hombres como un

¹⁹⁸ Marco Aurelio, L. III, 8.

¹⁹⁹ Marco Aurelio, L. XII, 9.

²⁰⁰ Platón, Obras completas, Menón o de la virtud, edición de Patricio de Azcárate, tomo 4 1871, p. 344

hilo de tu túnica se parece a los demás hilos de que está tejida. Mi gusto es muy otro: yo prefiero parecerme a esa franja de púrpura que no tan sólo resplandece por sí misma, sino que hermosea la túnica sobre la que esta colocada”²⁰¹.

El camino de la virtud, es un camino áspero y concede dureza a quien lo sigue, como menciona Platón “unos confieren a la maldad fácil acceso, de modo que *también en abundancia se puede alcanzar a la perversidad fácilmente; el camino es liso y ella mora muy cerca*. Frente a la excelencia, en cambio, los dioses han impuesto el sudor”²⁰²; el camino de la excelencia es un camino difícil, pero es el que llega más lejos, como expresa Séneca, “*per aspera ad astra*”. De ahí la importancia del esfuerzo y el trabajo.

Bajo esta concepción, generalmente el hombre que está dispuesto a trabajar más y a esforzarse más que el resto es el que tiende más hacia la virtud, aunque esto no es absoluto, pues también se puede trabajar mucho y carecer de reflexión, y *sin la reflexión no es posible la virtud*.

Marco Aurelio hace muchas referencias acerca de la importancia del trabajo en sus *Meditaciones* y en las cartas que intercambia con su maestro y amigo Frontón. En una de las cartas le explica a su amigo que por una distribución adecuada que hizo con sus tiempos podía trabajar desde la novena hora de la noche, hasta la segunda hora día, después de la segunda hora del día hasta la tercera salía a caminar con un maravilloso estado de ánimo, después de un arduo trabajo²⁰³. En respuesta a esta carta su maestro Frontón le sugiere que duerma más, a lo que el responde que el sueño no permitió a Ulises por largo tiempo volver a su patria, de la cual ansiaba divisar el humo que se levanta²⁰⁴, y cita más adelante un pasaje de la *Ilíada* “No debe dormir toda la noche el varón que sobre lleva la decisión”²⁰⁵. Finalmente termina su carta diciendo “iré a dormir... pero

²⁰¹ Epicteto, *Máximas*, Del propio perfeccionamiento, 28

²⁰² Platón, 364c

²⁰³ Birley, op. cit., p. 75

²⁰⁴ Marco Aurelio, *Pensamiento, cartas, testimonios*. p. 187

²⁰⁵ Op. cit., Marco Aurelio, cartas, p. 187

espero que este reposo no me cobre la factura después”²⁰⁶. En otra de las cartas Marco Aurelio expone claramente como las horas de sueño, eran casi una pérdida de tiempo para él, en tanto que una persona podía ser mucho más productiva a la sociedad, e incluso que podía prevenir una serie de acontecimientos si era capaz de mantenerse alerta el mayor tiempo posible sin reposar. Más tarde, en sus *Meditaciones* reafirma esta posición argumentando “siempre que de mal talante despiertes de tu sueño, recuerda que está de acuerdo a tu constitución y con tu naturaleza humana corresponder con acciones útiles a la comunidad, y que dormir es también común a los seres irracionales”²⁰⁷. Es importante mencionar que Marco Aurelio nunca gozó de una buena salud, sin embargo menciona Renan “pudo, gracias a la sobriedad de su régimen y al régimen de sus costumbres, llevar una vida de trabajo y de fatiga”²⁰⁸. La fatiga nunca fue un impedimento para este emperador que escribía en sus *Meditaciones* “no abarques en tu pensamiento que tipo de fatigas y cuántas es verosímil que te sobrevengan; por el contrario, en cada una de las fatigas presentes, pregúntate: ¿Qué es lo intolerable y lo insoportable de esta acción? Sentirás vergüenza de confesarlo”²⁰⁹.

En tanto emperador de Roma, Marco Aurelio comprendió que debía trabajar más que ningún otro hombre, pero también comprendió que para que su pueblo se disciplinara y saliera adelante pese a su aparente decadencia, era necesario también que todos trabajaran, en la medida de sus posibilidades. La sociedad estaba paralizada en la época en la que ascendió al trono. Los vicios que había generado la opulencia habían mermado la disposición de los hombres al trabajo, y en la ociosidad afloraban los más terribles vicios, y es que, cuando los hombres no trabajan para asumir la función que les toca asumir dentro de una sociedad, comienza a experimentar sentimientos de vacío que son suplantados con una vida colmada de vicios y desenfrenos. Era un hecho que ante la ociosidad, los placeres mundanos fungían como un a alternativa para la aburrida sociedad romana.

²⁰⁶ Birley, op. cit., pp. 80-81

²⁰⁷ Marco Aurelio, L. VIII, 12

²⁰⁸ Renan, op. cit., p. 10

²⁰⁹ Marco Aurelio, L. VIII, 36

Ahora bien, esta vida de placeres, traía múltiples consecuencias. Una de ellas era que las sociedades terminaban por volverse inútiles pues como bien explica Aulo Gelio “El hombre es como el hierro. Servíos del hierro, y se desgastará: si no os servís de él, se oxidará y destruirá. Así vemos que el hombre se desgasta por el trabajo. Si permanece ocioso, la inercia y el embotellamiento le perjudicarán más todavía”²¹⁰. Una sociedad de inútiles, deriva en una sociedad poco productiva, y a su vez una sociedad poco productiva se convierte en el cáncer interno que acaba por destruir Repúblicas e Imperios enteros, como menciona Antonio de Guevara, “Muchas cosas he visto y de personas verdaderas he sabido las cuales me han parescido mal y ninguna bien. Señaladamente una, la qual a los dioses offende, al mundo escandaliza, la república pervierte y a la propia persona daña: ésta es la maldita ociosidad, que destruye a los buenos y acaba de perder a los malos.”²¹¹

Era preciso por lo tanto, poner a trabajar al pueblo romano, pues sólo a través del trabajo podría disciplinarse una sociedad y podría conseguirse que adoptara las virtudes que se requerían en una circunstancia tan desfavorable. Desde luego que pretender que todos abrazaran el estoicismo de la misma forma que lo hacía el emperador era una quimera, sin embargo, ante la prospectiva de una Roma en decadencia, la gente podía realizar un mínimo esfuerzo.

²¹⁰ Aulo Gelio, op. cit., p. 319

²¹¹ Antonio de Guevara, *Libro áureo de Marco Aurelio*, [en línea], versión de Emilio Blanco, Madrid, *Biblioteca Castro* de la Fundación José Antonio de Castro: *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, tomo I, 1994, c. XXIV, Dirección URL: <http://www.filosofia.org/cla/que/quema.htm>, [consulta: 20 de abril de 2013]

2.4 Ascetismo y el control sobre las pasiones

Epicteto, quien en sus Máximas escribe “ten siempre presente que debes conducirte en la vida como un festín. ¿Qué llega un plato hasta ti? Pues alarga la mano con decencia y sírvete con moderación. ¿Lo quitan? No trates de impedirlo”²¹².

El ascetismo de los estoicos siempre se ha caracterizado por la rigidez de su disciplina, sin embargo los estoicos de la antigüedad advertían que estas disciplinas debían de seguirse de acuerdo a la constitución de cada uno, pues la auto-imposición de disciplinas sumamente rígidas que no van conforme a la naturaleza de quien se las impone inevitablemente conduce a los hombres a la auto-flagelación. Epicteto decía “si te propones desempeñar un papel superior a tus fuerzas, no solamente lo desempeñarás mal, sino que dejaras de representar aquel que hubieras desempeñado bien”²¹³. Particularmente para los estoicos, los hombres deben reflexionar mucho en torno a si mismos para poder saber hasta que punto son también capaces de soportar estas disciplinas ascéticas, como menciona Marco Aurelio “observa atentamente qué reclama tu naturaleza, en la convicción de que sólo ella te gobierna”²¹⁴.

Desde esta perspectiva estoica, el ascetismo debía adoptarse tras un ejercicio reflexivo, con mucha moderación, y con el único fin de brindar un bien a los hombres. No se trataba de forzar al cuerpo ni de realizar tampoco prácticas tortuosas para dar demostraciones públicas, como creía Marco Aurelio que hacían los cristianos²¹⁵, pues para él esto caía en los excesos.

En general el ascetismo que adoptaron los estoicos del Imperio, era un ascetismo bastante moderado. Para ellos por ejemplo no era necesario alejarse físicamente

²¹² Epicteto, Máximas, Del propio perfeccionamiento, 16

²¹³ Epicteto, Máximas, Del propio perfeccionamiento, 9

²¹⁴ Marco Aurelio, L. 10, 2

²¹⁵ Romains, óp. cit., p. 119

de las riquezas para desapegarse de ellas. Era suficiente con deshacerse de ellas cuando fuese necesario, y no padecer cuando estas faltaran. Marco Aurelio escribe en sus Meditaciones “y encajaría bien en él lo que se recuerda de Sócrates: que era capaz de abstenerse y disfrutar de aquellos bienes, cuya privación debilita a la mayor parte, mientras que su disfrute les hace abandonarse a ellos”. Los bienes y los placeres por sí mismos no eran ni buenos ni malos. Las riquezas incluso podían ser necesarias para las situaciones de la vida práctica y, estas llegaban a ser preferibles a la pobreza y a la escasez “para los estoicos de la Roma Imperial, los bienes de la civilización son moralmente preferibles (*proegména*). La riqueza, dice Séneca, es también un *proegménon*: el sabio prefería la riqueza a la pobreza...La única condición para poseer es la de conservar la libertad interior”²¹⁶. Marco Aurelio por su parte escribe “muerte y vida, gloria e infamia, dolor y placer, riqueza y penuria, todo eso acontece indistintamente al hombre bueno y al malo, pues no es ni bello ni feo. Porque, efectivamente, no son bienes ni males”²¹⁷.

En el caso de los placeres y las pasiones carnales, estos sólo constituían un problema cuando llevaban al hombre a la angustia porque engendraban una contradicción entre sus pensamientos y acciones, y lo desviaban del camino que él mismo se había trazado con la razón, como menciona Platón “...en muchas otras ocasiones hemos advertido que, cuando los deseos violentan a un hombre contra su raciocinio, se insulta así mismo y se enardece contra lo que, dentro de sí mismo, hace violencia”²¹⁸. Por lo tanto, los placeres son malos sólo en la medida en que causan efectos negativos en los hombres. Como ya se mencionó, pueden perturbar a quien los sigue, pero también pueden arrastrar a los hombres a cometer injusticias con otras personas, pues cuando los hombres caen víctimas de alguna pasión, son capaces de recurrir a toda clase de bajezas y olvidar sus principios, como escribe Marco Aurelio, “el que persigue los placeres no se abstendrá de cometer injusticias”²¹⁹.

²¹⁶ Puente Ojea, op. cit., p. 219

²¹⁷ Marco Aurelio, L. II, 11

²¹⁸ Platón, 440a

²¹⁹ Marco Aurelio, L. IX, 1

Marco Aurelio, por ejemplo, estaba consciente que en tanto gobernante, debía antes que cualquier otro hombre, mantenerse al margen de sus pasiones ó por lo menos aprender a controlarlas para no afectar nunca sus funciones, pues además tenía que dar el mejor ejemplo de moralidad a la sociedad. Debía también, por una cuestión meramente práctica, aprender a mantenerse firme en sus convicciones y con la cabeza fría para poder deliberar con prudencia y, para no ser vulnerable para sus enemigos. Finalmente la experiencia ya debía de haberle demostrado que el funcionario de pervertidas costumbres tarde o temprano encuentra su ruina.²²⁰

La abstención de las pasiones por lo tanto era una cuestión meramente racional para Marco Aurelio. En general, para los estoicos, los hombres que se abstiene calculando las consecuencias futuras que puedan tener sus acciones, logran alcanzar una vida mucho más armoniosa y menos conflictiva, como menciona Epicteto “si concibes la idea de algún placer conviene conservar en este caso la misma moderación que en todas las otras cosas. Mira desde luego que no dejes arrebatarte de esta idea y examínala en ti mismo y toma tiempo de hacer reflexión sobre ella. Considera después la diferencia que hay del tiempo en que gozarás de ese placer y de aquel que, después de haber gozado, te arrepentirás y te aborrecerás a ti mismo. Representante también la satisfacción y el gusto que tendrás si te abstienes”²²¹. Marco Aurelio por su parte escribe, “las consecuencias están siempre vinculadas con los antecedentes; pues no se trata de una simple enumeración aislada que contiene tan sólo lo determinado por la necesidad, sino de una combinación racional”²²².

²²⁰ La experiencia dio varios ejemplos con los antecesores de Marco Aurelio quienes por sus pasiones y sus desenfrenos en el poder murieron asesinados, la mayoría de ellos por sus mismos guardias, “de los veintiséis emperadores que hubo desde Cesar hasta Maximino, dieciséis, fueron asesinados y sólo diez sucumbieron de muerte natural. Si entre los primeros hubo algunos buenos príncipes, como Galba o Pertinax, fueron víctimas de la corrupción que sus antecesores propagaron en la soldadesca; y si entre los que fallecieron de muerte natural se encuentra algún malvado, como Severo, debió este fin a su grandísimo valor y extraordinaria fortuna, cosas ambas que muy pocos hombres disfrutaron”. Maquiavelo, op. cit., p. 81. Por su parte Suetonio expone como, hasta el emperador Domiciano, los emperadores que fueron más crueles murieron asesinados, casi todos por la misma guardia pretoriana. Entre estos emperadores se encuentran: Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Vitelio y Domiciano. (Suetonio, *La vida de los doce césares*)

²²¹ Epicteto, Manual, XXXIV

²²² Marco Aurelio, L. IV, 45

Esta capacidad de anteponer la razón a las pasiones evaluando las consecuencias de los actos, es lo que los antiguos llamaban templanza, “en la constitución de un ser racional no veo virtud rebelde a la justicia, pero sí veo la templanza contra el placer”²²³. La templanza ayuda a mantener la armonía en los individuos y conserva el ánimo imperturbable ante las situaciones venideras. Una persona que medita respecto a sus pasiones, logra adquirir poco a poco la templanza, y en la medida en que la va adquiriendo, la abstención a sus pasiones le resulta cada vez más natural. Es decir, que una persona que ha reflexionado y se halla lo suficientemente convencida de que su abstención constituye un bien, no convierte estas prácticas ascéticas en algo tortuoso, pues simplemente para esta persona los placeres le son indiferentes, como escribe Marco Aurelio “«¿En qué piensas ahora?», con franqueza pudieras contestar al instante: «En esto y en aquello», de manera que al instante se pusiera de manifiesto que todo en ti es sencillo, benévolo y propio de un ser sociable al que no importan placeres o, en una palabra, imágenes que procuran goces; un ser exento de toda codicia, envidia, recelo o cualquier otra pasión, de la que pudieras ruborizarte reconociendo que la posees en tu pensamiento.”²²⁴

Sin embargo, a pesar de que la templanza facilita la abstención, la adquisición de la templanza no es algo fácil y menos en tiempos en los cuales cunde la abundancia, pues en ella la gente difícilmente encuentra una razón lo suficientemente fuerte para seguir estas disciplinas, y los que son capaces de encontrar estas razones, y optan por vivir al margen de todos los placeres y riquezas materiales, terminan por volverse chocantes para el resto. Y es que los hombres que no caen en las pasiones del mismo modo que los demás suelen provocar la hostilidad de muchos, pues estos hombres no sólo amenazan el principio de igualdad sino que también rompen con la complicidad que existe entre los hombres cuando estos comparten los mismos vicios.

²²³ Marco Aurelio, L. VIII, 39

²²⁴ *Ibíd.*, L. III, 4

Esto quizás podría explicar también la intención del renacentista, Fray Antonio de Guevara de mostrar en su *Libro Áureo del Emperador Marco Aurelio*²²⁵, a un Marco Aurelio mucho menos perfecto del que plasman comúnmente los historiadores. Difícilmente se puede saber hasta que punto estas cartas son reales, lo que si queda claro es la pretensión del obispo de desmitificar la figura de Marco Aurelio al convertir al emperador en un hombre más humano en tanto que víctima de sus pasiones. En una de las cartas que según Antonio de Guevara, Marco Aurelio escribe a Macrina, doncella que ya había sido desposada, se lee: “El principio de tu conocimiento fue fin de mi razón y sentido”²²⁶, lo que muestra a un Marco Aurelio –extrañamente- turbado de la razón, con el alma extraviada. En otra carta, dirigida a Livia -doncella de la cual, se enamoro viéndola en el templo de las vírgenes vestales- escribe lo siguiente: “Yo no niego que nuestra flaca naturaleza no se recuta con nuestra virtud; yo no niego que los juveniles deseos no se repriman con virtuosos propósitos; yo no niego que el brío de la moçedad no se enfrene con el freno de la razón; yo no niego que lo que la carne procura muchas vezes cordura se lo estorva; pero también confieso que hombre que no es enamorado no puede ser sino neçio.”²²⁷.

Contrario a lo que sucede en las épocas más prosperas, en las épocas menos favorecidas, los vicios comienzan a preocupar y la disposición a la templanza aumenta. En estas épocas la virtud en un hombre resalta, y sus ascetismo es más aplaudido que envidiado, pues como explica Maquiavelo, el verdadero mérito debe

²²⁵ Es factible que las cartas del Libro Áureo, en las que se muestra a un Marco Aurelio apasionado por las mujeres, contengan algún contenido de ficción. El mismo Antonio de Guevara expreso «Mil veces me he arrepentido de haberlas romanizado». Hay autores que incluso sostienen que esas cartas son en totalidad un invento de él. Augustin Redondo explica en el *Bulletin Hispanique* que Fray Antonio de Guevara en muchas de esas cartas había incluido varios trozos de las cartas de amores de su *Tratado de Arnalte y Lucenda*. Por su parte Pedro de Rúa realiza críticas severas al obispo por prender exponer “fabulas” como “historias verdaderas”. La justificación por parte de Antonio de Guevara a esa falta de veracidad en su escritura podría encontrarse en el *Argumento* de su Libro Áureo, en el que explica lo siguiente: “He usado en esta escriptura, que es humana, lo que muchas vezes se usa en la divina, que es traduzir no palabra de palabra, sino sentençia de sentençia. No estamos obligados los intérpretes dar por medida las palabras: abasta dar por peso las sentençias. Como los historiógrafos de quien sacava eran muchos, y la historia que sacava no mas de una, no quiero negar que quité algunas cosas insípidas y menos útiles, y entrexerí otras muy suaves y provechosas”

²²⁶ Antonio de Guevara, “carta embiada por Marco Emperador a la sobredicha Macrina, en la qual le manifiesta cada día por ella tener mayor pena.”

²²⁷ Antonio de Guevara, “carta embiada por Marco Emperador a Libia hermosa dama romana, de la qual se enamoró viéndola en el templo de las vírgenes vestales”

de buscarse en los tiempos difíciles, “siempre ha ocurrido y sucederá que las repúblicas hagan poco caso de los grandes hombres en tiempo de paz, porque envidiándoles muchos ciudadanos la fama que han logrado adquirir desean ser sus iguales, y aún sus superiores”²²⁸. En el caso de Marco Aurelio, mientras que su templanza pueda resultar irreal o incomoda en otros tiempos, en los tiempos en los que le tocó vivir era una necesidad, y por lo tanto, algo digno de la admiración de todos.

Como se mencionó anteriormente, para el siglo II ya existía un hastío generalizado ante el materialismo que había dominado el siglo pasado. En la *Noches Áticas* por ejemplo, existen varios capítulos que se refieren a esta cuestión. Uno de los argumentos que da Aulo Gelio en contra de la riqueza es que ésta, al ser un vicio, no satisface nunca las necesidades de los hombres, pues en sus palabras “es imposible, dijo (recordando a Favorino), que el hombre que quiere poseer quince mil clámides, no quiera tener más. ¿Me atormenta el deseo de poseer más de lo que poseo? Pues, bien, cerceno algo de lo que tengo; con lo que me queda estoy contento”²²⁹.

El hastío y más aún la escasez que dominaron este siglo obligaban a la reflexión, a la templanza, y al mismo tiempo hacían necesario que se comenzara a venerar las cuestiones del espíritu. En este periodo lo que interesaba a los individuos de la sociedad romana era cultivar el alma, incluso dejó de hablarse de la elegancia física, y se comenzó a venerar una elegancia distinta, que residía en la delicadeza del espíritu. Cuando Gelio habla de otros tiempos, seguramente se refiere al siglo que había antecedido, y expresa con desdén “No se alababa a un hombre llamándole elegante... Elegancia, pues, no significaba entonces delicadeza de espíritu, sino refinamiento en los manjares y vestidos”²³⁰.

Un espíritu cultivado, tenía la ventaja de que podía perpetuarse en el alma de los individuos, es decir, no era algo que se pudiera acabar o que se pudiera arrebatarse. Los bienes materiales, durante los tiempos de prosperidad estaba casi asegurados

²²⁸ Maquiavelo, op. cit., p. 256

²²⁹ Aulo Gelio, op. cit., p. 268

²³⁰ Ibid., p. 318

para algunos miembros de la sociedad, pero en tiempos de escasez y de decadencia, ni las clases más altas podía asegurarlos. Aferrarse a ellos durante estos tiempos difíciles significaba casi la mutilación de alma. Incluso las artes, que transitan siempre entre la materia y el espíritu, fueron quedando relegadas de este escenario. Si el Imperio mantenía su afán por desarrollar las artes, simplemente apresuraba su ruina económica. Adriano fue el último emperador, que pudo darse ese lujo, pues después de él, aquello sería ya casi una ofensa para una sociedad en crisis. Aunque sin duda esto aún no podía serlo para todos. Todavía habían muchos romanos que tenían muy arraigadas las viejas costumbres envenenadas, y estos eran precisamente los que juzgaban a Marco Aurelio de tacaño²³¹ por la reducción que hizo del gasto público. Sus biógrafos explican que “sus gastos en construcción nunca llegaron a los de Adriano y, en general, tendió fundamentalmente a las reconstrucciones necesarias, más que a las construcciones en sí, o a la mejora de la red viaria y de los campamentos fronterizos”²³². Gibbon por su parte menciona respecto a los Antoninos en general “En todo tiempo los moralistas han tildado tales afeites con el baldón de lujosos, y sería tal vez más conducente para la virtud y la bien andanza del linaje humano el que cada cual disfrutase lo necesario, y nadie lo superfluo para la vida”²³³.

El ascetismo de los estoicos por lo tanto residía en prescindir de los lujos, y de todo aquello que se considerara superfluo, porque las circunstancias obligaban a ello. No se trataba de lastimar al cuerpo o de perturbar el alma para dar muestras de resistencia, sino únicamente aprender a desapegarse de aquello que tarde o temprano terminaría acabándose.

Finalmente el ascetismo durante esta etapa, se propago con el único propósito de serenar a la sociedad frente a un panorama decadente y de combatir los vicios que la estaban acabando.

²³¹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 142

²³² José Manuel Roldán; José María Blázquez; Arcadio del Castillo, *El Imperio Romano*, Historia de Roma, tomo II, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989, p. 223

²³³ Cuando Gibbon habla de los moralistas hace referencia específicamente a los Antoninos a los cuales dedica los primeros capítulos de su extensa obra. Gibbon, op. cit., p. 65

Capítulo 3. Las acciones: Marco Aurelio como emperador romano

En general Marco Aurelio continuó con las políticas de sus antecesores, sin embargo él tomó un camino distinto al de ellos en muchos aspectos, pues tenía su propia perspectiva respecto al presente y al porvenir de Roma. Él comprendía que la naturaleza se guiaba por sus propias leyes, que existía una razón en el universo, y que esta razón y estas leyes eran más poderosas que cualquier emperador, incluso que el más virtuoso.

Para Marco Aurelio el mundo no podía dejar de seguir su curso natural, y frente a ese curso, a los hombres sólo les quedaba luchar y trabajar únicamente por aquello que dependiera de ellos. En su caso particular, y como emperador de Roma, él estuvo consciente de que no podía controlar el futuro del Imperio, pero sabía y tenía presente, que su seguridad dependía de él hasta el día de su muerte. Es por ello que luchó incansablemente para combatir la amenaza externa y no sólo, eso, sino que además, llevo a cabo su función de gobernante cumpliendo con todas las tareas que exigía su cargo de manera ejemplar, sin dejar nunca de imprimir el sello de su filosofía.

3.1 La ascensión

“No olvides que eres actor en una obra, corta, larga, cuyo autor te ha confiado un papel determinado. Y bien sea este papel determinado. Y bien sea este papel el de mendigo, de príncipe, de cojo o de simple particular, procura realizarlo lo mejor que puedas”²³⁴

Desde que Marco Aurelio era muy joven su advenimiento era ya una probabilidad. Renan explica que “a los ocho años, cuando ya era jefe de los sacerdotes sabios, se fijó Adriano en este joven dulce y triste y lo amó por su buen natural, su docilidad e incapacidad de mentir.”²³⁵. En la Historia Augusta retomada también por el biógrafo Pastor Gómez, Marco Aurelio tenía efectivamente ocho años cuando ingresa al colegio de los Salios²³⁶, - pero según estos datos, Marco Aurelio tenía apenas seis años cuando pasa al cuidado del emperador que lo distinguió ese mismo año con el honor de “caballero público”²³⁷, por lo que aparentemente Marco Aurelio atrapó la atención de Adriano incluso desde antes del tiempo que marca Renan. Este interés que mostró Adriano en él fue lo que sembró la posibilidad de su advenimiento, pues según la línea sucesoria, Marco Aurelio no era principal prospecto a ocupar el trono imperial, a pesar de que era sobrino de Adriano por parte de la esposa de este.

Marco Aurelio, a los diecisiete años, ya tenía seguro el Imperio. Adriano adoptó a Antonino Pío con la condición de que este último adoptará a Marco Aurelio y Lucio Vero²³⁸, para que estos dos llegaran a convertirse algún día en emperadores de

²³⁴ Epíteto, Máximas, Del propio perfeccionamiento, 7

²³⁵ Renan, op. cit., p. 9

²³⁶ Formar parte del colegio de los Salios en Roma aportaba un título de prestigio a ciertos personajes públicos y políticos. Ingresar a este colegio no significaba necesariamente consagrar toda una vida a funciones religiosas, había quienes lo hacían pero había quien lo tomaban como una “actividad añadida”, Plutarco, Rómulo, 1.1

²³⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), op. cit., p. 111

²³⁸ Lucio Vero fue hijo de Lucio Aelio César, quien había designado el heredero oficial del Imperio por Adriano, hasta su muerte en el año 138. Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), op. cit., p. 145

Roma. Este sistema de adopciones, para muchos historiadores, fue la causa de que se diera en Roma el reinado de los llamados *cinco buenos emperadores*²³⁹. Generalmente el emperador en turno escogía a su sucesor, no por ser el más próximo en la línea sucesoria, sino por considerarlo el más capaz para llevar toda la carga que representaba la dirección del imperio, sin embargo hay diferentes versiones respecto a este tema. Lo que resulta casi un hecho es que el sistema de adopciones constituyó un gran éxito durante esta etapa. Renan menciona que “el saludable principio de adopción había hecho de la corte imperial un verdadero plantel de virtud”²⁴⁰.

Una de las ventajas que traía este sistema de adopciones es que resolvía la cuestión de las disputas que generalmente se daban al interior de una familia por el trono imperial. Marco Aurelio no tuvo que luchar contra nadie para obtener su nombramiento, incluso es muy probable que él no lo hubiera hecho en otras circunstancias, pues según los testimonios, a Marco Aurelio no le entusiasmaba del todo la idea de llegar a convertirse algún día en emperador de Roma. “Cuando se enteró de que Adriano le había adoptado, en lugar de sentir alegría, se sintió contrariado y, cuando recibió la orden de trasladarse al domicilio particular de Adriano, salió de mala gana de la villa de su madre. Y, cuando sus criados le preguntaron por qué accedía con tristeza a la adopción a la casa real, les enumeró los males que el poder imperial lleva consigo.”²⁴¹ Jules Romains escribe en su biografía que después de enumerarle todos los males que podría acarrear el poder- pues para él, el poder seducía cruelmente a los humanos hasta hacerlos cambiar de convicciones- un familiar presente le susurro al odio “¡Acuérdate de Tito!”²⁴², y es que Tito, siendo hijo del emperador Vespasiano no gozaba de muy buena fama durante el reinado de su padre, por lo que se temía por todo Roma su

²³⁹ Según Maquiavelo los 5 buenos emperadores fueron Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, en sus discursos sobre la primera década de Tito Livio escribe “ Examine un príncipe la época que medio entre Nerva y Marco Aurelio...En los tiempos de los buenos emperadores verá al príncipe ya los ciudadanos tranquilos y seguros, la paz y la justicia reinando en el mundo, el senado gozando de su autoridad, los magistrados sus honores, los ricos de su fortuna, la nobleza y la virtud exaltadas y por todos lados la calma y la felicidad...” Maquiavelo, op. cit., p. 81

²⁴⁰ Renan, op. cit., p. 8

²⁴¹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 112-113

²⁴² Romains, op. cit., p. 32

ascensión. Se le acusaba de violento, cruel e intemperante²⁴³, lo que con él tiempo se llegó a rectificar, pues en cuando se volvió emperador demostró ser lo contrario a lo que se decía de él, al punto que se le conoció después como uno de los soberanos más generosos que dio el Imperio Romano. En lugar de pervertir el poder a Tito y volverlo hacia el mal, lo volvió hacia el bien, esto era lo que, según Romain, pretendían explicarle al joven heredero al trono.

Romain agrega para fortalecer el testimonio acerca de la postura que Marco Aurelio tomó tras su adopción, que “La idea de convertirse en jefe de un inmenso imperio no le embriagaba en absoluto... La gloria que le parecían envidiable es la que se obtiene por los trabajos del espíritu”²⁴⁴. Además el hecho de convertirse en emperador más que gloria, significaba una gran carga para él.

Marco Aurelio comprendió la labor de un emperador como un hombre de bien, que según Platón sabe dimensionar el peso de su función, y comprende que el ser emperador, conlleva una serie de ventajas que se ven aminoradas por el gran compromiso que conlleva esta función, como lo expresa en su *República*, “...si llegara a haber un Estado de hombres de bien, probablemente se desataría una lucha por no gobernar, tal como la hay ahora por gobernar, y allí se tornaría evidente que el verdadero gobernante, por su propia naturaleza, no atiende realmente a lo que le conviene a él, sino al gobernado”²⁴⁵.

Sin embargo con todo y la consciencia de la dificultad y la carga que representaba la función de emperador, Marco Aurelio no se negó a los designios de su abuelo adoptivo, y asumió el nombramiento que lo convertía ya en un heredero con gran responsabilidad. Él comprendía que este era su deber, y nada más que eso. Esto explica también la actitud que tomó después de su adopción, “cuando se trasladó al palacio imperial después de su adopción, mostró a todos sus familiares el mismo respeto que les había mostrado siendo un simple particular. Y era tan frugal y cuidadoso de sus bienes como había sido en su casa privada, deseando acomodar sus actos, sus palabras, y sus pensamientos a las enseñanzas de su

²⁴³ Suetonio, op. cit., p. 249

²⁴⁴ Romain, op. cit., p. 22-23

²⁴⁵ Platón, 347d

padre.”²⁴⁶ Sabía, como explica Rostovtzeff, que “no era dueño del Estado sino su primer servidor, el servicio del Estado era su deber. Cuando estaba en el ejército tenía que soportar todas las penalidades de la vida militar, como un simple soldado. Cuando residía en la capital tenía que atender a sus obligaciones de gobernante del Estado y laborar afanosamente día y noche, por la seguridad y prosperidad del Imperio. Su vida tenía que ser así, la de quien ha sido llamado a altos destinos, no la de un simple mortal; más sin embargo debía de ser modesto y moderado en sumo grado”²⁴⁷. Birley explica que jamás tomó ventajas de su posición, pues cuando le ofrecían algún puesto él generalmente lo rechazaba ofreciéndoselo otra persona.²⁴⁸

Para Marco Aurelio, el ser un heredero era una función más como la del agricultor que nace para ser agricultor, y la del artesano que nace para esta función. Incluso, la función que le había tocado a él, era de tal dificultad que ni él mismo sabía si podía ejercer tan bien como el artesano que crea las artesanías más bellas. Marco Aurelio tenía muchas dudas acerca de su capacidad para asumir una carga como la que debía asumir, temía perder la cordura y olvidar sus convicciones, se decía a sí mismo “Estáte pendiente de que no te vayas a convertir en un Cesar”²⁴⁹. Sin embargo, Dion Casio cuenta que esa sencillez y esa sensatez fue lo que hizo que la gente lo amara desde el primer momento. Cuenta Casio que aún cuando Marco ya era Cesar entro al Foro Romano con los demás²⁵⁰ con una sencillez que le hizo ganar el respeto y la admiración de muchos.

Su grandeza era indiscutible, y la gente lo fue concibiendo cada vez más como el único heredero a pesar de que Adriano había puesto a Lucio Vero en el mismo camino. Poco a poco Marco Aurelio, a pesar de sus dudas se fue convirtiendo en el hombre digno de ocupar la función que le había sido asignada. Se dice que el día que fue adoptado soñó que tenía hombres de marfil, y que cuando le

²⁴⁶ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *op. cit.*, p. 113

²⁴⁷ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 262

²⁴⁸ Birley, *op. cit.*, p. 49

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 57

²⁵⁰ *Ibidem*

preguntaron si esos serían capaces de aguantar el peso, se dio cuenta de que eran más fuerte de lo que solían ser²⁵¹, y así fue.

Después de esperar por cerca de veintitrés años, un día Antonino Pío, ya moribundo, mando llevar la estatuilla de oro de la fortuna, que era el símbolo de la soberanía, a la recámara de Marco Aurelio²⁵², desde ese momento Marco Aurelio comenzó un trayecto que con el tiempo se fue tornando largo y oscuro. Se enfrentó a dificultades no previstas, sin embargo él estaba ya lo suficientemente preparado, pues como explica Renan, “Se llegó al trono sin haberlo solicitado, pero también sin deberlo a su nacimiento, ni a una especie de derecho abstracto; se llegó a él desilusionado, fastidiado de los hombres, preparado desde mucho tiempo”²⁵³.

Inmediatamente de recibir la estatua, lo primero que hizo Marco Aurelio fue obedecer a los deseos de Adriano nombrando a su hermano adoptivo Lucio Vero como su co-emperador, y después para celebrar esta unión “ordenaron que los niños y niñas de corporaciones de nueva creación se inscribieran para recibir una ración de alimentos. Así pues, después de que llevaron acabo los actos que tenían que realizar en el Senado, se dirigieron juntos al cuartel de los pretorianos y, para celebrar el reparto del poder, prometieron veinte mil sestercios a cada uno de los soldados y una suma equivalente al resto de los militares. Finalmente enterraron el cuerpo de su padre en el sepulcro de Adriano, homenajeándole con fastuosas honras fúnebres”²⁵⁴.

Esta fue la primera vez que durante los tiempos del Imperio gobernaron dos hombres, aunque existía ya el precedente en los tiempos de la República, en la cual el máximo poder recaía en los dos cónsules²⁵⁵, que se mantuvieron durante el Imperio pero que pasaron a un segundo plano con el poder concentrado en el emperador. Birley cuenta, que a pesar de que esta era la primera vez que ascendían al trono dos emperadores, el pueblo romano recibió con mucho agrado

²⁵¹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 112

²⁵² *ibíd.*, p. 115

²⁵³ Renan, op. cit., p. 9

²⁵⁴ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 116

²⁵⁵ Birley, op. cit., pp. 117- 118

a ambos soberanos. La falta de suntuosidad con la que se dirigían, así como la sencillez de sus discursos²⁵⁶ hicieron que ambos emperadores se ganaron poco a poco el amor de su pueblo. Aunque con el tiempo Lucio Vero comenzó a mostrar que esos modales, era en realidad forzados, pues mientras estuvo con su hermano mayor, mostró la misma rectitud de los principios de este, sin embargo cuando se alejó de Marco al marchar a la guerra contra los partos, comenzó a mostrar su verdadera naturaleza, “vivió entregado a una vida licenciosa en las ciudades de Antioquía y Dafne y se entregó a las luchas de gladiadores y en cacerías...”²⁵⁷. Por todo Roma se hablaba de la forma de vida que llevaba Vero durante su estancia en Antioquía, incluso el mismo Avidio Casio solía referirse a él como un “pobre payaso”²⁵⁸, quizás por el carácter alegre y fiestero de Vero. Era además muy enamorado, se cuenta que cuando estuvo en Siria cayó perdidamente enamorado de una joven llamada Pantea, cuya belleza se sospechaba “perfecta”, y que tenía tal poder sobre Vero, que hizo que este se deshiciera de su famosa y elegante barba para complacerla, lo que fue comentado por todo Siria y alarmo también en Roma²⁵⁹.

Sin embargo, a pesar de tanta murmuraciones que se hacían sobre Vero, Marco Aurelio hacía como que no sabía nada, según la *Historia Augusta* por vergüenza a reprender a su hermano menor.²⁶⁰ En muchas ocasiones incluso, Marco Aurelio tuvo que encubrir sus faltas, pues después de todo Vero era un emperador, y su figura no podía ser manchada en un momento tan delicado. Para solucionar el problema de la “amante” se dice que Marco Aurelio casó a su hija Lucila con Vero, y la envió lo más pronto posible a Antioquía para acallar un poco los rumores sobre la vida licenciosa de éste.

Ahora bien, es muy probable que Marco Aurelio, incluso antes de nombrar a Vero como co-emperador, tuviera ya una idea de las costumbres de su hermano adoptivo y la gran pregunta que se hacen muchos investigadores gira en torno a

²⁵⁶ *Ibíd.*, p. 119

²⁵⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 118

²⁵⁸ *Romains*, *op. cit.*, p. 103

²⁵⁹ *Birley*, *op. cit.*, p. 129

²⁶⁰ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 148

por qué Marco Aurelio -quien había recibido en su recámara la estatuilla de la soberanía- decidió compartir el poder imperial con Vero.

Para Romain, Marco Aurelio tenía muchas razones para hacer esto. Primero porque Marco Aurelio era ante todo una persona recta, y como tal debía de cumplir los designios de la persona que también lo había puesto a él en ese camino. En segundo lugar, porque fuera como fuera Vero, para Marco Aurelio, su presencia no podía significar ninguna molestia, en sus *Meditaciones*, Marco Aurelio expone “...no puedo recibir daño de ninguno de ellos –se refiere a los hombres pecadores- pues ninguno me cubrirá de vergüenza; ni puedo enfadarme con mi pariente ni odiarle”²⁶¹. Su virtud debía ser más fuerte; Marco Aurelio sabía que debía de ser capaz de sobrellevar las situaciones que fueren.

En tercer lugar, porque Vero debía ser útil en algún momento, Marco Aurelio sabía que cada cosa y cada persona podía ser útil mientras se le asignará una tarea que correspondiera a su naturaleza, “contemplando todas las cosas tal como son, me sirvo de cada una de ellas de acuerdo con su mérito”²⁶². Romain explica que “Vero valía como otro cualquiera. Y sus defectos eran de los que se soportan mal en un emperador sedentario, pero a los que se acomoda el personaje de un emperador viajero”²⁶³. Lo que tiene cierta coherencia, pues a pesar de que cuando ambos emperadores ascendieron al trono reinaba la paz en Roma, con el tiempo Lucio Vero, a pesar de sus malos hábitos, sirvió a la guerra de manera muy útil, “la presencia a su lado de Lucio Vero no sólo le parecía tolerable sino ventajosa... ¿No estaría contento (Marco Aurelio) más tarde de haber tenido bajo su mando a un Lucio Vero orgullosísimo de ir a interpretar en el frente el papel de jefe del ejército?”²⁶⁴. Algunos asuntos en Roma requerían de la presencia del emperador, pero por otro lado esta figura era necesaria al frente de las tropas; el hecho de que hubiera dos emperadores resolvía claramente esta conflictiva, Marco Aurelio se quedó en Roma y Lucio fue al frente de las tropas, pues como menciona Dio Casio, él era físicamente más robusto y más joven que Marco Aurelio, además de

²⁶¹ Marco Aurelio, L. II, 1

²⁶² *Meditaciones*, L. VIII, 29

²⁶³ Romain, op. cit., p. 79

²⁶⁴ Romain, op. cit., p. 75

que estaba mejor entrenado para la actividad militar²⁶⁵. Aristóteles, ya lo había mencionado en su *Política*, *dos reyes virtuoso son mejor que uno* –aunque Lucio Vero no era precisamente virtuoso- y cita a Homero para apoyar esta idea “cuando van dos juntos, uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarda y la resolución más difícil”²⁶⁶. El mismo Marco Aurelio escribe algo al respecto “Acostúmbrate a todo, incluso a cuantas cosas no te merecen confianza, porque también la mano izquierda para las demás acciones, debido a su falta de costumbre, es inútil, y, sin embargo, sostiene con más poder el freno que la derecha, pues a este menester está habituada.”²⁶⁷

Por otro lado, explica Romain, además de los negocios que reclamaban la presencia del emperador en Roma, Marco Aurelio no tenía el temperamento de un *emperador viajero*, por lo que para él resultaba muy ventajoso tener a su lado a un hombre como Lucio Vero, que era capaz de trasladarse a cualquier parte con tal de poder disfrutar de una vida de placeres y desenfrenos. La naturaleza de Marco Aurelio era la de un hombre sedentario “se jactaba de no haber pasado durante largos años más que dos noches fuera de Roma”²⁶⁸. En sus *Meditaciones* el mismo Marco Aurelio explica las razones de este sedentarismo, “nada más desventurado que el hombre que recorre en círculo todas las cosas y que indaga, dice, *las profundidades de la tierra*, y que busca, mediante conjeturas, lo que ocurre en el alma del vecino, pero sin darse cuenta de que le basta estar junto a la única divinidad que reside en su interior y ser su sincero servidor”.²⁶⁹ El viaje que le interesaba a Marco Aurelio era el que se da al interior del alma, no hacia fuera, incluso se podría decir, le molestaba el hecho de salir de su querida Roma.

Por lo tanto, cualquier que hayan sido las razones que llevaron a Marco Aurelio a compartir del trono con Lucio Vero, este último en efecto no resultó ser nunca un problema, pues más allá de las habladurías sobre las malas costumbres de Vero,

²⁶⁵ Birley, op. cit., p. 123

²⁶⁶ Aristóteles, 1287b

²⁶⁷ Marco Aurelio, L. XII, 6

²⁶⁸ Romain, op. cit., p. 91

²⁶⁹ Marco Aurelio, L. II, 13

Lucio Vero obedeció siempre a Marco Aurelio, “le obedeció en lo que proponía, como un legado obedece al procónsul, o un gobernador al emperador²⁷⁰, y sirvió en la guerra de una manera notable. Además con el tiempo, la figura casi gris de Vero, y quizás oscura, termino por crear unos contrastes que realzaron aún más la grandeza de su hermano adoptivo. El virtuosismo de Marco Aurelio resaltaba al lado de los vicios de la gente más cercana a él, y de manera inversa, este virtuosismo también tendía a resaltar los vicios de las otras personas. Finalmente, puede ser, después de todo, que la presencia de Vero no haya sido tan mala en el Imperio, como algunos autores sostienen.

²⁷⁰ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 147

3.2 La guerra contra los partos

El arte de vivir se asemeja más a la lucha que a la danza en lo que se refiere a estar firmemente dispuesto a hacer frente a los accidentes incluso imprevistos.²⁷¹

Una de las primeras acciones que realizó Marco Aurelio junto con Lucio Vero, fue la de visitar a la guardia pretoriana que se encontraba en los campamentos del norte. Durante esta visita los emperadores prometieron 5,000 denarios²⁷² a los soldados, lo que para Birley, constituyó una medida para ganar la lealtad de las tropas, por si la ascensión de los dos emperadores pudiera causar revueltas de algún tipo²⁷³. Sin embargo, esta acción resultó ser muy útil a futuro, y no precisamente porque hubiesen existido revueltas internas, sino porque hacia finales del año 161 una nueva ofensiva bárbara, después de años de paz, amenazó la frontera del *limes*²⁷⁴ de la parte oriental.

Tras la muerte de Antonino Pío, el rey de los partos, Vologeses III, decidió aprovechar la oportunidad para invadir Armenia y así colocar como rey de dicha provincia a Pacoro, miembro de la familia real de los partos. Esta invasión a Armenia y también a Siria fue lo que inicio una guerra que se denominó la *bellum Armeniacum et Parthicum*²⁷⁵. En primera instancia, expone Birley, que a quien le correspondía resolver este problema era al gobernador de Capadocia, el galo Severiano, que inducido por un vendedor de oráculos, decidió actuar de manera inmediata y solo²⁷⁶, para que de esta forma toda la gloria de la victoria recayera

²⁷¹ Marco Aurelio, L. VII, 61

²⁷² El denario era un tipo de moneda que se usaba en roma. Era la moneda de plata y equivalía a un cuarto de *aureus* que era una moneda de oro. Rémondon, óp. cit., p. 17

²⁷³ Birley, óp. cit., p. 118

²⁷⁴ Romaines explica que *limes* “es algo distinto de una frontera, pues una frontera es en principio, lo que separa de un pueblo vecino. El *limes* es más que eso. No separa a dos trozos de humanidad que tienen una realidad y unos derechos comparables. Rodea a la humanidad digna de tal nombre, y lo hace con una especie de muralla continua... lo que hay más allá del *limes* no existe” Romaines, óp. cit., p. 35

²⁷⁵ José Manuel Roldán, José María Blázquez, Arcadio del Castillo, óp. cit., p. 224

²⁷⁶ Birley, óp. cit., p. 121

sobre el él. Sin embargo este acto apresurado condujo a Severiano -que fue denominado después como el “celta tonto”- a una derrota fatal. Ante este fracaso Severiano se suicidó, y Vologeses III con el triunfo de su lado, logró coronar a Pacoro.

Por su parte en Siria, el gobernador Corneliano fue derrotado por los partos, lo que causó gran alarma en Roma. Los emperadores que acaban de ascender al trono, tuvieron que tomar una serie de medidas para fortalecer al ejército que durante el imperio de Antonino Pío y debido a la paz que reinó durante este tiempo, tenía fuertes deficiencias²⁷⁷. Marco Aurelio comenzó a seleccionar y a reemplazar a oficiales, generales y gobernadores de las provincias. Para acompañar al emperador Lucio Vero, quien fue designado para ir al frente de las tropas en marzo del año 162, seleccionó a oficiales de gran prestigio que había luchado ya en otras guerras, algunos junto al emperador Trajano.

La selección de los oficiales que estuvieron al mando de las legiones fue hecha casi en su totalidad por Marco Aurelio, a excepción de unos pocos generales que eligió Vero. Esta es la razón por la que el triunfo que vino después es atribuido por muchos investigadores al hermano mayor, quien fue, según esta versión, quien estuvo verdaderamente al mando del ejército “en tal sentido A. Garzetti mantiene la veracidad de tal hecho, basándose en que las personas que mandaban las tropas que participaron en la guerra fueron enviadas por Marco Aurelio”²⁷⁸. A pesar de que Marco Aurelio no estuvo en el frente, se encargó desde Roma de mover las piezas necesarias para responder a las ofensivas de los partos.

Birley explica que la guerra tenía abrumado a Marco Aurelio²⁷⁹, no tenía ni siquiera un año de ser emperador y ya se le habían presentado una serie de conflictos, pues además de la invasión de los partos a las provincias romanas, en las fronteras del norte comenzaban a surgir problemas con los germanos. En vista de que no podían mantener dos guerras al mismo tiempo, Marco Aurelio ordenó a los

²⁷⁷ *Ibíd.*, p. 122

²⁷⁸ José Manuel Roldán; José María Blázquez; Arcadio del Castillo, *óp. cit.*, p. 224

²⁷⁹ Birley, *óp. cit.*, p. 127

gobernadores de las provincias del norte que negociara la paz con los germanos, por lo menos momentáneamente²⁸⁰.

Para Marco Aurelio había llegado el momento de llevar a la práctica tantas enseñanzas, como el mismo lo expone unos años después en sus *Meditaciones*, "...preciso es que todo lo mires y hagas de tal modo, que simultáneamente cumplas lo que es dificultoso y a la vez pongas en práctica lo teórico; y conserves el orgullo, procedente del conocimiento de cada cosa, disimulado, pero no secreto"²⁸¹. Y es que, al tiempo que Marco Aurelio enfrentaba la guerra, su vida pasaba también por momentos duros. Una de sus hijas enfermó gravemente de fiebre, lo que muestra una carta enviada a Frontón en la que le relata sus preocupaciones. Ante la situación desafortunada por la que atravesaba Marco Aurelio, Frontón envía una serie de cartas en las que le da ánimos para que seguir adelante en su empresa y le expone razones por las que debe dejar a un lado la angustia, a pesar de las duras circunstancias. En una de las cartas le escribe, "Marte cambia nuestros problemas en éxitos y nuestros miedos en triunfos"²⁸². Respecto a la idea de calmarse, Marco Aurelio le responde que su devoción por el deber le prohíbe tener un momento de paz –lo que enmarca un debate viejo entre estos dos amigos.

Aunado a esta circunstancia, Marco Aurelio se tomó el tiempo para resolver también otras conflictivas familiares. Durante esta época –en la que Marco enfrentaba la guerra contra los partos– se le presentó un lío familiar que lo colocó en una situación muy incómoda. Una tía muy rica había muerto y se había desatado una lucha terrible por la herencia de esta. Marco Aurelio era uno de los herederos, y siendo encima el emperador, se vio en la necesidad de interceder para poner fin a este conflicto²⁸³. Luego, en el año 165, poco antes de que se pusiera fin a la guerra contra los partos, un hijo suyo –el gemelo del futuro emperador Cómodo– murió a los cuatro años de edad. A pesar de este triste acontecimiento, como buen estoico, Marco Aurelio mantuvo firme los ánimos y

²⁸⁰ Birley, óp. cit., p. 123

²⁸¹ Marco Aurelio, L. X, 9

²⁸² Birley, óp. cit., p. 127

²⁸³ *Ibíd.*, p. 140

siguió atendiendo sus obligaciones, tanto en la guerra, como en los asuntos civiles. Fue durante este tiempo también que Marco realizó una serie de cambios y reformas en materia legislativa de las que se hablará en el siguiente capítulo.

Al final y después de duras batallas, los romanos lograron el triunfo sobre los partos. Primero, los romanos al mando de Prisco atacaron Armenia y tras una aplastante victoria, Roma recuperó este territorio y logró colocar en el trono a su candidato, el rey Soemo, que además era ya, ciudadano y senador romano. Ante este triunfo, los emperadores obtuvieron el título de *Armeniacus*. En la parte de Siria, el general Avidio Casio cruzó el Éufrates, e invadió Edessa y Mesopotamia. En el año 165 Casio tomó y destruyó las ciudades de Dura Europos, Ctesifonte, y Seleucia, a pesar de que esta última dio la bienvenida a los romanos²⁸⁴.

Curiosamente, en esta misma ciudad -la única que abrió sus puertas a los romanos- el ejército pescó la famosa peste que se extendió incluso hasta Roma²⁸⁵, y que fue de tal proporción que menciona Roldán, “algunos investigadores han llegado a ver en ello la primera causa de la futura caída del Imperio”²⁸⁶.

²⁸⁴ Según Birley esto dio muy mala reputación a Casio, aunque menciona también que según otras versiones quienes rompieron primero con el pacto de no agresión fueron los habitantes de Seleucia. Birley, óp. cit., p. 140

²⁸⁵ Ante esta epidemia, que no se sabe exactamente si fue peste bubónica, viruela, o tifus, menciona Birley que los emperadores tomaron medidas muy estrictas respecto a en entierro e incineración de los cadáveres. Se decreto entre otras cosas, que ninguna persona podía construir tumbas en su provincia. *Ibíd.*, p. 150

²⁸⁶ Roldán, p. 225

3.3 Asuntos públicos y legislación

“La vida de los hombres que pasan su vida en medio de negocios y quieren ser provechosos a sí mismos y a los suyos comporta preocupaciones y peligros constantes imprevistos y casi a diario. Conviene tener siempre el ánimo dispuesto y pronto a tomar precauciones y evitarlos, como hacen los atletas llamados pancratiastas”²⁸⁷

A pesar de que la guerra se había presentado acaparando la atención de los emperadores, Marco Aurelio nunca descuidó los asuntos públicos del Imperio. Atendió todo lo que se le solicitaba, y nunca insinuó ni dio a entender que algún cuestión carecía de importancia para él. Se tomaba el tiempo para estudiar hasta el más mínimo detalle de algún asunto aunque este fuera menor, pues él mismo decía que si no lo hacía, podía incurrir en alguna falla y esto terminaría suscitando la crítica sobre todas sus demás acciones²⁸⁸.

Marco Aurelio estuvo siempre consciente de que los asuntos públicos del Imperio no se presentaban de manera aislada, y que por lo tanto las soluciones no se podían dar en este sentido. Las decisiones que tomaba, las tomaba después de meditar profundamente, y de tomar en cuenta todas las implicaciones que podrían tener estas decisiones dentro de otros ámbitos. Si debía de resolver algún asunto, procuraba que alguna resolución no afectara otros intereses, como el de mantener el orden dentro del Imperio, que ante la constante amenaza externa, se constituía como su interés primordial.

En aquel tiempo era importante mantener un aparato interno de cohesión a través de las leyes, pues entre la población, sobretodo en las provincias, la apatía hacia

²⁸⁷ Aquí Aulo Gelio cita al filósofo Panecio (Noches Áticas, libro XIII, c. XXVIII) Las lecturas de Aulo Gelio son importantes para comprender el “heterogéneo universo cultural” de la época en la que se desarrolló Marco Aurelio. Incluso Pastor Gómez comenta que para el año 165 Marco Aurelio comienza a asistir a la lectura de las Noches Áticas. Pastor Gómez, *Marco Aurelio, 121-180*, Madrid, ed. Del Orto, 1995, p. 9

²⁸⁸ Birley, op. cit., pp. 178-179

los asuntos del Imperio crecía cada vez más y como consecuencia, la lealtad se veía cada vez más comprometida. Una de estas medidas que tomó Marco Aurelio para mantener mayor control, fue la de centralizar el poder a través de la designación de algunos senadores como supervisores²⁸⁹ de las provincias. Los dotó de mayores poderes, para que pudieran tener incidencia en toda clase de cuestiones tanto en las ciudades como en Roma. Amplió sus facultades en materia de jurisdicción y a “los senadores de rango pretoriano o consular les dio facultad de arreglar disputas”²⁹⁰.

Respecto al caso particular de los senadores, se decía que ningún otro emperador había mostrado mayor respeto hacia el Senado que él²⁹¹. Él mismo solía jactarse de que durante su reinado no se había derramado la sangre de ningún senador. Además siempre se procuró el consejo de cada uno de ellos, pues lo estimaba muy valioso. Según testimonios el emperador solía decir “es más justo que yo siga el consejo de tantos y tan eximios amigos que tantos y tan eximios amigos sigan mis deseos, pues soy uno solo”²⁹²

Marco Aurelio debía mantener cordialidad en sus relaciones con Senado, pues como explica Birley “los emperadores que no tomaban en cuenta al Senado en sus decisiones, tenían que hacer depender su poder en la fuerza militar²⁹³, y en este caso la fuerza militar estaba ocupada en combatir a los bárbaros. Para asegurarse de que las relaciones fueran cordiales, él mismo se encargó de la designación de los senadores “los eligió con cautela... y nunca elevó a este grado a nadie sin conocerlo”²⁹⁴, del mismo modo que lo hizo con sus procuradores, a los cuales convirtió en “funcionarios de primer orden... los escogía con el mejor cuidado entre los consulares y los pretores, y les dio sus poderes”²⁹⁵. Los filósofos eran los que llegaban a ocupar la mayoría de estos cargos, pues por sus altos valores y su poca ambición, entre otras cosas, podían ser gentes mucho más

²⁸⁹ Birley, op. cit., p. 135

²⁹⁰ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 119

²⁹¹ *Ibidem*

²⁹² *Ibid.*, pp. 134-135

²⁹³ Birley, op. cit., p. 135

²⁹⁴ *ibídem*

²⁹⁵ Renan, op. cit., p. 15

confiables. Cabe mencionar que tal disposición hacia los filósofos provocó que un número creciente de hombres promulgaran las doctrinas estoicas -aunque en realidad no las siguieran- para ganar el aprecio del emperador. En un pasaje de las Noches Áticas, Aulo Gelio escribe “Herodes Ático, varón de rango consular, a un jovencito presuntuoso y arrogante, seguidor de cierta secta filosófica, responde oportunamente con palabras del estoico Epicteto, en las que excluye del verdadero estoicismo a la masa de charlatanes desvergonzados que se dicen estoicos...”²⁹⁶. Aunado al relato de Aulo Galio existen otros más, como el de Fray Antonio de Guevara, que hacen referencia a esta situación. Sin embargo esto no constituyó un problema para el emperador, quien estaba, como es sabido siempre pendiente de quien entraba al Senado u ocupaba alguna función en su gobierno.

Los filósofos en el Senado se encargaron de ejercer la justicia bajo los principios estoicos, pues “el estoicismo, desde el reinado de Adriano, había penetrado en el derecho romano con sus máximas profundas, y había hecho que el derecho natural, el derecho filosófico, pudiese ser concebido por la razón de todos los hombres”²⁹⁷. Renan expresa que precisamente la influencia de las doctrinas filosóficas griegas en las leyes romanas eran “el triunfo del espíritu griego sobre el espíritu latino”²⁹⁸. Gracias a esto, Renan explica que el derecho criminal llegó a ser menos cruel, “el inculpado recibió garantías precisas, todavía era costumbre personal de Marco Aurelio disminuir en la aplicación, penalidades establecidas. Fueron previstos los casos de locura”²⁹⁹. Birley expone el caso de un hombre que mató a su esposa cuando este la cacha siéndole infiel. El hombre no fue sentenciado a pena capital, por considerar que se trataba de un acto impulsivo y no premeditado.³⁰⁰ En sus *Meditaciones*, Marco Aurelio explica las razones de su proceder respecto al tema de la justicia “el que peca con placer merece mayor reprobación que el que peca con dolor. En suma, el primero se parece más a un hombre que ha sido víctima de una injusticia previa y que se ha visto forzado a

²⁹⁶ Epicteto escribe en sus Máximas respecto a aquellos que se hacían llamar filósofos cuando no lo era “no te des jamás el título de filósofo ni pierdas el tiempo en predicar hermosas máximas ante los ignorantes: lo único que debes de hacer ante ellos es practicar simplemente lo que estas máximas aconsejen” Epicteto, De la filosofía y los filósofos, 12

²⁹⁷ Renan, óp. cit., p. 15

²⁹⁸ Ibíd., p. 15

²⁹⁹ Ibíd., p. 17

³⁰⁰ Birley, óp. cit., p. 199

montar en cólera por dolor; el segundo se ha lanzado a la injusticia por sí mismo, movido a actuar por concupiscencia”³⁰¹.

Además de indagar en los motivos para poder aplicar la pena correspondiente, se tomaba en cuenta también la posición social que tenía un individuo al juzgarlo, pues el hecho de que una persona perteneciera a una clase social específica, implicaba muchas cuestiones que podrían ser determinantes en la evaluación de su caso. Birley explica que la diferencia en el procedimiento, sobre todo entre los plebeyos y los patricios llegó a ser tan grande que para el siglo II se decía que había una ley para los ricos y otra para los pobres.³⁰²

La razón por la que los ricos y los pobres eran juzgados de tan distinta manera no correspondía en este caso a una cuestión de intereses económicos. En Marco Aurelio prevalecía, independientemente de su propósito de mantener el orden y el control del Imperio, el afán de justicia que, como se mencionó en capítulos anteriores, era observado desde la perspectiva clásica, y con este mismo afán, Marco Aurelio se encargó también de clarificar la ambigüedades de la ley³⁰³, para que no se cometieran injusticias al momento de su interpretación. Dedicó en general mucho tiempo al tema de las leyes y a pesar de su larga ausencia en Roma, cuando él quería hacer una propuesta “la presentaba personalmente aunque tuviera que viajar”, igualmente cuando llegaba a asistir a los comicios “se quedaba hasta que acabaran, aún si estos acaban bien entrada la noche”³⁰⁴.

Entre las reformas más importantes que hizo, estuvo la de añadir los días judiciares al calendario, que eran doscientos treinta días destinados al estudio y discusión de los litigios³⁰⁵. Respecto al derecho privado “promulgó leyes sobre los impuestos de la vigésima parte de las herencias, sobre las tutelas de los libertos, sobre propiedades que las madres recibían por herencia así como sobre las herencias de los hijos a la parte que le correspondía a su madre”³⁰⁶.

³⁰¹ Marco Aurelio, L. II, 10

³⁰² Birley, op. cit., p. 139

³⁰³ *Ibid.*, 133

³⁰⁴ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *op. cit.*, p. 120

³⁰⁵ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *op. cit.*, p. 120

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 122

Birley menciona unos casos muy particulares, como el de una mujer que se había casado con su tío por ignorancia a la ley –pues esto era ilegal- y buscaba que sus hijos fueran reconocidos ante el Estado aunque fueran ilegítimos, lo que le fue concedido, pues para favorecerla se tomaron en cuenta los años de matrimonio que llevaba con el marido. Otro caso famoso fue el de un hombre que se había separado de su mujer y que pedía a la corte que esta fuera puesta bajo vigilancia, pues decía que esta estaba embarazada, a pesar de que esta lo negaba³⁰⁷. La corte determinó que enviaría a alguien para que comprobara si la esposa estaba realmente embarazada, y en caso de que lo estuviera la mujer debería de aceptar ser vigilada, pero en caso de que no, no se podía mantener bajo vigilancia a su mujer sólo por despecho del marido³⁰⁸.

En cuanto a los esclavos, creo leyes nuevas y reformó otras, en general, con el objetivo de mejorar su condición. Sólo ordenó una disposición que no fue precisamente favorable para ellos, y que consistía en que los gobernadores y magistrados estaba obligados a ayudar a los dueños de los esclavos para buscarlos a estos últimos y regresarlos a las casas de sus dueños si llegaban a escaparse. Incluso se impuso también que todo aquel que escondiera a un esclavo fugitivo o le ayudara a escaparse recibiría una pena.³⁰⁹ Sin embargo, ésta fue probablemente una de las reacciones del emperador ante la huida de muchos esclavos y desertores que viajaban a otras tierras y terminaban por unirse a la fila de los bárbaros.

De ahí en fuera, las demás leyes respecto a los esclavos se orientaron más hacia su beneficio. Se estableció por ejemplo, que si el dueño dejaba en su testamento que sus esclavos debían de ser liberados, se debían de acatar los designios del difunto, aunque los esclavos no hubieran acumulado aún la suma de dinero para pagar la deuda que tenían con sus amos³¹⁰. En general, se tomó la decisión de que siempre que se presentara alguna querrela de este tipo, las leyes favorecieran

³⁰⁷ Este argumento era válido, pues en caso de que su mujer estuviera embarazada, el hombre podía reclamar su derecho como padre del niño. Birley, op. cit., p. 136

³⁰⁸ *Ibidem*

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 200

³¹⁰ Birley, op. cit., p. 138

la manumisión de los esclavos. A esto se le llamó el *favor libertatis*³¹¹. Se estableció también que si el tesoro del propietario no era reclamado, parte de este debía de ser entregado a sus esclavos. Se les reconocieron sus derechos a ser tratados con mayor dignidad, y “la aplicación de la tortura a las personas serviles está limitada. El amo no puede, fuera de ciertos casos, vender a sus esclavos para que combatan contra las fieras en el anfiteatro. La sierva vendida bajo la condición de que no sea prostituta, es preservada del lupanar”³¹². Matar a un esclavo fue considerado un crimen, aún cuando este hubiera cometido una falta. En este sentido, nadie podía ejercer justicia por su propia mano, lo que también se aplicó a los acreedores, a quienes se les impuso que si llegaban a cobrar un dinero a la fuerza, perderían sus derechos como acreedores de deuda³¹³.

La manumisión de los esclavos y la defensa de sus derechos fue particularmente importante para el emperador, pues siendo un admirador de Epicteto, quien fuera esclavo y después liberto, debía de pensar en los esclavos no como seres inferiores a los ciudadanos comunes -como se les solía considerar- sino como humanos capaces de ser tan virtuosos como cualquier otro. Era evidente que para Marco Aurelio los esclavos debían de merecer aún mayores consideraciones. La liberación de estos quizás hubiera sido lo más justo para ellos, sin embargo el emperador no dio este atrevido paso, pues la estabilidad del Imperio estaban en juego, además él era ante todo un conservador, y respetaba profundamente las tradiciones de su nación.

Marco Aurelio se dedicó a impartir justicia en la medida de sus posibilidades, y con mucha prudencia. Nunca hizo nada que alterara el orden público, sino que por lo contrario, veló siempre por bienestar de su pueblo, e incluso desarrolló una asistencia pública - fundada por Nerva y Trajano- que llegó a un progreso jamás antes alcanzado³¹⁴. Creo la Pretura tutelar para dar garantías a los huérfanos, lo que según Birley tenía un significado especial para el emperador, pues él había

³¹¹ Renan, óp. cit., p. 16

³¹² Ibidem

³¹³ Birley, óp. cit., p. 139

³¹⁴ Renan, óp. cit., p. 14

perdido a su papá a muy temprana edad³¹⁵. Estableció un fondo para obsequiar a los ciudadanos pobres; autorizó a los colegios funerarios a recibir legados, y a llegar a poseer personalidad civil, teniendo el derecho de poseer propiedades, esclavos y de manumitirlos³¹⁶.

Respecto a las provincias, ordenó vigilar mejor los caminos que estaba intestados de bandidos³¹⁷. Birley explica que encargó a Valerio Maximiano la misión de capturar a los bandidos principalmente en las fronteras de Macedonia y Thracia³¹⁸. Por otro lado “veló por las provincias de Hispania que estaban exhaustas por las levadas de colonos itálicos contraviniendo las disposiciones de Adriano y Trajano”³¹⁹, y es que, en algunas provincias la presencia de militares romanos resultaba muy incómoda para sus pobladores, y esto hacía que la aparente apatía que sentían hacia el Imperio creciera aún más, lo cual como ya se mencionó, preocupaba mucho al emperador.

En general, Marco Aurelio les brindó mayores beneficios a los pobladores de las provincias que cualquier otro emperador. Además de atender sus problemas de seguridad, ordenó hacer una mejor distribución de los alimentos, “sacó los graneros de Roma para que el aprovisionamiento fuera más justo”³²⁰ y para que ninguna provincia sufriera de la escasez de alimento, que según el médico Galeno, había sido la causa de la peste que se había propagado por todo el Imperio.

Acabo también con los calumniadores, “el fisco había sido siempre duro, exigente. Se estableció en principio que, en caso de duda, perdería el fisco”³²¹. De esta manera las condiciones de vida de los pobladores se elevaron, pese a la difícil situación económica.

³¹⁵ Birley, *óp. cit.*, p. 133

³¹⁶ Renan, *óp. cit.*, p. 17

³¹⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 121

³¹⁸ Birley, *óp. cit.*, p. 198

³¹⁹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 122

³²⁰ *Ibid.*, p. 121

³²¹ Renan, *óp. cit.*, p. 17

Respecto a las finanzas públicas, el emperador logró sanarlas limitando los gastos que iban dirigidos principalmente hacia los espectáculos y las fiestas, “moderó los donativos que se hacían a los actores ordenando que estos recibieran sólo cinco piezas de oro y que ningún promotor de espectáculos sobrepasara los diez áureos”³²². Gracias a estas reducciones en el gasto, se le creó una fama de avaro que lo acompañó hasta su muerte³²³. Desde luego muchas personas no quedaron conformes con estas reformas. En la Historia Augusta se cuenta que como reacción a estas, algunos actores enojados comenzaron a interpretar escenas en las calles para ridiculizar al emperador, y en una ocasión en su presencia “un bufón preguntaba a su esclavo el nombre del amante de su esposa y éste le decía tres veces Tulo. Ante la insistencia del bufón que volvía a preguntarle le respondió: ya te lo he dicho tres veces: se llama Tulo”³²⁴. Marco Aurelio ignoró este acontecimiento, después de todo para él no eran nuevos los rumores sobre los amantes de su mujer y ya había mostrado en más de una ocasión su impasibilidad frente ellos, sin embargo mucha gente le recriminó su paciencia.

Durante la guerra, se encargó atender el problema del agua, que a causa de una mala distribución, empezaba a escasear en algunas provincias. Para resolver esta cuestión, ordenó que el abundante suministro de agua debía ser medido con los relojes de agua utilizados en la corte, y él mismo entró en investigaciones preliminares y exámenes de gran amplitud, con el fin de administrar estricta justicia desde todos los puntos de vista, “a menudo pasaba hasta once o doce días tratando el mismo asunto, y a pesar de la carga de trabajo, no descuido en ningún momento este asunto estableciendo incluso las sesiones durante la noche”³²⁵. El emperador intervino en muchas cuestiones en las cuales no solían intervenir otros emperadores. Quería siempre estar al tanto de lo sucedía, y quería llevar el control sobre casi todo. Creó incluso, nuevos mecanismos para proveerse de información, “ordenó a todos los ciudadanos registrar ante los prefectos del tesoro de Saturno (templo que contenía el tesoro público) el nacimiento de sus hijos e imponerlos el nombre en el plazo de treinta días después de su nacimiento.

³²² Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 121

³²³ *Ibíd.*, p. 142

³²⁴ *Ibíd.*

³²⁵ Birley, *óp. cit.*, p. 178

Impulso en las distintas provincias el uso de archivos públicos, ante los cuales se debía seguir el mismo procedimiento para el registro de los nacimientos que se seguía en Roma...³²⁶

Intervino también en cuestiones morales, e impuso nuevas reglas para enderezar muchas viejas costumbres que bajo su perspectiva resultaban perjudiciales a la sociedad, “prohibió pasear a caballo o en carruajes dentro de las ciudades. Eliminó los baños mixtos, y puso freno a la disolución de las costumbres de las matronas y los jóvenes nobles”³²⁷.

El hecho de que el emperador interviniera en muchos asuntos públicos, no respondía meramente a una curiosidad. Sus capacidades y su disposición al trabajo le permitían asumir múltiples responsabilidades, además él trataba los asuntos como parte de un proyecto mayor, es decir, que el tratamiento de cada asunto tenía un sentido muy específico dentro de una determinada circunstancia. Difícilmente el emperador realizaba algo por mero placer o de manera arbitraria. Se guiaban siempre por su extrema racionalidad, y era tan prodigiosa esta, que la precisión en sus cálculos solía prevalecer, pese a las contingencias de la vida diaria.

Birley escribe que Marco Aurelio tenía cuatro características respecto a su faceta de legislador, primero que ponía esmerada atención a los detalles; la insistencia en elaborar puntos obvios y triviales; un lenguaje muy cuidado y fiel a sus raíces; y una seriedad en los asuntos que sobrepasaba a la de Pío.³²⁸ Otra característica que ha sido muy reconocida por sus biógrafos, es la imperturbabilidad de su ánimo. Entre infinidad de compromisos públicos y la presión de la guerra, el emperador se mostraba siempre impasible. Nunca dejó que el miedo lo alcanzara, ni siquiera en las circunstancias más difíciles. Tampoco dejó que la presión falseara los designios de su razón. Permaneció firme en sus juicios y a la hora de

³²⁶ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 119

³²⁷ *Ibíd.*, p. 136

³²⁸ Birley, *óp. cit.*, p. 139

legislar, fue coherente con sus preceptos, y hábil al punto, que muchos juristas lo han considerado como el emperador romano más diestro en asunto de leyes.³²⁹

Muchas de las reformas que dictó fueron muy favorables para el Imperio, y a lo largo de la historia estas mismas reformas han constituido grandes avances en el reconocimiento y protección de los derechos del hombre. Renan escribe que de tanto Marco Aurelio, como de Antonino “procede la mayor parte de las leyes humanas y sensatas que doblegaron el rigor del derecho antiguo e hicieron, de una legislación primitivamente estrecha e implacable, un código susceptible de ser adoptado por todos los pueblos civilizados”³³⁰. Incluso menciona que este derecho romano en términos generales, tuvo un triunfo menos brillante que el cristianismo pero más duradero, pues después de la edad media este se convirtió en la ley del mundo del Renacimiento y de los pueblos modernos³³¹.

³²⁹ Birley, *óp. cit.*, p. 133

³³⁰ Renan, *óp. cit.*, p. 15

³³¹ *Ibíd.*, p. 17

3.4 La guerra en el Danubio

*Se vio al buen emperador presidir los sacrificios en calidad de gran pontífice, tomar una flecha en el templo de Marte, mojarla en sangre, lanzarla hacia el punto del cielo adonde estaba el enemigo.*³³²

Mientras los emperadores libraban una guerra contra los partos, las migraciones germanas comenzaron a ejercer presión “provocando la compresión de pueblos antiguamente instalados y cada vez más, la presión se fue comunicando en múltiples direcciones”³³³, de norte hacia el sur, y de este a oeste “costabocos de Galitzia, los Cárpatos de los valles del Sereth y del Pruth, los dacios del norte de Rumania, los sármatas yacigios del Tisza, todos ellos fueron empujados y presionados”³³⁴. Los germanos que venían del norte comenzaron a empujar a otras tribus hasta que los pueblos establecidos en las fronteras del Danubio se vieron en la necesidad de transgredir los límites del Imperio y dar el primer asalto.

Rémodon explica que este asalto se debió también a que estas tribus, al estar más cerca del *limes*, por su interacción con los romanos se habían “civilizado”, habían recibido “asistencia militar de Roma y más a menudo su ayuda financiera”³³⁵, lo que había contribuido a que estas tribus aprendieran a organizarse mejor, y a agruparse en tribus más grandes³³⁶, además de que comenzaron a demandar mayores beneficios.³³⁷

³³² Renan citando a Dion Casio, Renan, óp. cit., p. 105

³³³ Rémondon, *La crisis del imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Editorial Labor, 1967, p. 7

³³⁴ *Ibíd.*

³³⁵ *Ibíd.*, p. 6

³³⁶ Rémondon escribe respecto a los agrupamientos de tribus “estos agrupamientos son un fenómeno nuevo que aparece a finales del siglo II y a principios del III; sin embargo coaliciones de tribus, como la de los cuados, los marcomanos, los sármatas y de sus aliados, los lombardos y los hermundurios, en tiempos de Marco Aurelio... Este paso de la dispersión anárquica al agrupamiento organizado da una fuerza que jamás había poseído a la presión de las tribus sobre el *limes*.” Rémondon, óp. cit., p. 6

³³⁷ Se encontraban estas tribus germanas en una clara situación de desventaja. Los romanos les habían impedido navegar por el río, y les impusieron limitaciones en cuanto a los intercambios

En este sentido fueron para Rémondon, principalmente dos factores los que ocasionaron la alteración de esta paz prometida por Adriano -alteración que se tradujo en una serie de guerras que se prologarían hasta conducir al Imperio poco a poco hacia su fin: por una lado, la presión de las tribus germanas que comenzaban a reclamar el espacio que pertenecía al Imperio, y por el otro lado, la interacción de los ejércitos romanos con las tribus más cercanas al *limes*, así como la ampliación de la ciudadanía³³⁸. Ambos crearon un tumor interno que terminó por expandirse por todo el Imperio.

Roma ya estaba presentando todos los síntomas de la decadencia, y ante una circunstancia así lo único que quedaba era pelear por su subsistencia. La amenaza bárbara aunada a una economía imperial derruida, hacían de esta guerra algo inevitable, por lo que a Marco Aurelio no le quedó más asumir la función que le correspondía como emperador, y hacer lo que estaba en sus manos para salvaguardar lo que era su responsabilidad.

Gibbon expresa que a Marco Aurelio “Horrorizábale la guerra como baldón y azote de la naturaleza humana, pero cuando la precisión de una defensa justa le llamó a las armas, allá expuso gallantemente su persona en ocho campañas de invierno por las heladas márgenes”³³⁹, Renan menciona por su parte “Ante este asalto colosal de toda la barbarie, Marco Aurelio estuvo verdaderamente admirable. Él no estimaba la guerra y no la hacía sino a despecho suyo; pero cuando fue necesaria, la hizo bien; fue gran capitán por deber”³⁴⁰. En sus *Meditaciones* Marco Aurelio hace pocas referencias directas a la guerra, aunque paradójicamente cuando escribe este cuaderno, él se encontraba en los cuarteles

comerciales. Además tenían la obligación de dejar sin cultivar una parte del terreno más allá del *limes*. Rémondon, óp. cit., p. 6

³³⁸ Gibbon menciona “La manguada política de conservar intacta la sangre castiza de los ciudadanos antiguos atajó el engrandecimiento y atropelló la ruina de Atenas y de Esparta. El carácter dominante de Roma sacrificando la vanidad a la ambición, conceptuó más atinado y aún honorífico el avecindar la virtud y el mérito por donde quiera que asomasen, entre esclavos, extranjeros enemigos y bárbaros” y más adelante agrega “Hasta tanto que las regalías romanas se fueron progresivamente extendiendo a todos los individuos del Imperio, estuvo descollado el distintivo grandioso de Italia sobre las demás provincias, pues se la conceptuaba como centro de unidad pública y base de la constitución.” Gibbon, óp. cit., p. 52

³³⁹ Gibbon, óp. cit., p. 98

³⁴⁰ Renan, óp. cit., p. 105

de invierno, a las orillas del Danubio librando una guerra contra los germanos. Es probable que la idea misma de la guerra no le complaciera en lo absoluto como señalan sus biógrafos, sin embargo Romaines sugiere que es probable que una vez estando en ella su concepción haya cambiado, “en su juventud le horrorizaba la guerra, y de ahí su escasa simpatía por los instrumentos que le permiten hacerla... Sin embargo pronto advirtió que la vida de campamento y de frontera no estaba hecha tan sólo de elementos desagradables. En primer lugar se enfrentaba con problemas precisos y concretos y le ofrecía un contraste agradable con las tareas burocráticas y, con frecuencia pesadísimas que se realizaban en la metrópoli. También le proporcionaba placeres positivos”³⁴¹ y agrega “el oficio de emperador abunda en dificultades, si bien proporciona cien ocasiones de hacer experiencias compensadoras”³⁴². Quizás halló algún placer en ella, pues la guerra en sí, pese a sus infortunios, constituye un escenario extraordinario para la despliegue de las virtudes humanas. Sin embargo el hecho de que le gustará o no era algo intrascendente para el emperador. Él sólo se atenía a sus deberes, y en la medida que los cumplía quizás llegaba a encontrar momentos de placer.

En un primer momento, seguramente el hecho de tener que salir de Roma para ponerse al frente de la guerra fue algo que causo cierto pesar en Marco Aurelio, sin embargo él se encontraba ya preparado para enfrentar cualquier situación. Lo cierto es que la guerra apareció demasiado rápido después su llegada al trono. Al poco tiempo de ser emperador ya tenía que lidiar con una serie de invasiones, además de un sinnúmero de desastres que iban desde temblores que afectaron la parte de Asia Menor, hasta la peste que acabó con una buena parte de la población en Roma y principalmente con las provincias del imperio. En sus *Meditaciones*, Marco Aurelio escribe “...en cuanto que algunos obstaculizan las acciones que nos son propias, se convierte el hombre en una de las cosas indiferentes para mí, no menos que el sol, el viento o la bestia. Y por culpa de éstos podría obstaculizarse alguna de mis actividades, pero gracias a mi instinto y a mi disposición no son obstáculos, debido a mi capacidad de selección y de adaptación a las circunstancias. Porque la inteligencia derriba y desplaza todo lo

³⁴¹ Romaines, óp. cit., p. 139

³⁴² *Ibíd.*, p. 141

que obstaculiza su actividad encaminada al objetivo propuesto, y se convierte en acción lo que retenía esta acción, y en camino lo que obstaculizaba este camino”³⁴³, “en los grandes hombres no influyen las variaciones de la fortuna, y si esta unas veces les exalta y otras les humilla, ellos no varían y la arrostran con firme ánimo tan inseparable de su carácter...”³⁴⁴.

Finalmente, después de los ataques de los cuados, marcomanos y hermunduros debió de haberse convencido de “una verdad de hecho: el Imperio no se perpetuaba por sí solo. Su integridad estaba constantemente amenazada”³⁴⁵, y habría que luchar las veces que fuese necesario para mantenerlo firme.

3.4.1 La formación de un nuevo ejército

Al finales del año 166 llegó la primera invasión, seis mil germanos langobardos y obiis cruzaron el Danubio e irrumpieron en la provincia romana de Pannonia³⁴⁶. Ante la invasión, la legión I Adiutrix emplazada en esta provincia, actuó inmediatamente y consiguió la victoria. Sin embargo, a pesar de este triunfo las amenazas de los germanos en el *limes* siguieron latentes -especialmente de los cuados y los marcomanos- y el miedo comenzó a propagarse en Roma³⁴⁷. Al tanto de la gravedad de la situación Marco Aurelio decidió salir de Italia para ir el mismo al frente de la guerra junto con su hermano Vero.

Antes de partir Marco Aurelio se encargó de formar nuevas legiones, pues la guerra contra los partos había ocasionado muchas bajas en el ejército, y la peste

³⁴³ Marco Aurelio, L. V, 20

³⁴⁴ Maquiavelo, óp. cit., p. 277

³⁴⁵ Romain, óp. cit., p 98-99

³⁴⁶ Birley, óp. cit., p. 149

³⁴⁷ En la Historia Augusta se cuenta que era tan grande el terror que suscito la guerra contra los marcomanos, que Marco Aurelio mandó llamar sacerdotes de todas las partes, practicó ritos extranjeros y purificó Roma con todo tipo de sacrificios “...y habiendo retrasado por estas circunstancias su salida para emprender la guerra celebró también durante siete días un *lectisternio* (banquete de gran suntuosidad ofrecido a los dioses) siguiendo el rito romano.” Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 124

se había llevado a muchos hombres, entre ellos soldados y generales de gran prestigio. Ante esta baja inesperada al emperador no le quedó de otra más que enrolar a la guerra a los hombres que quedaban en Roma y en las provincias de Italia, e incluso a aquellos que excedían las fronteras del imperio, “ordenó preparar para la milicia a esclavos a los que como a los *volones* -esclavos que se ofrecieron para luchar en la segunda guerra púnica- dio el nombre de *voluntarios*. Equipó con armas también a los gladiadores a los que llamó complacientes. Enroló como soldados también a ladrones de la Dalmacia y de la Dardania. Armó también a los *diogmitas* (cuerpos de tropas armados a la ligera que ejercían la policía militar en las ciudades griegas y que fueron utilizadas a veces por el imperio para perseguir a los ladrones e impedir incursiones enemigas en las fronteras), compró tropas auxiliares a los germanos para que estos luchara contra su propia estirpe”³⁴⁸. Renan menciona al respecto de esto último que Marco Aurelio “...ejecutó prudentemente la táctica, de la que abuso más tarde, de oponer bárbaros a bárbaros”³⁴⁹, lo cual podría constituir una medida muy peligrosa en tiempos de paz, pero que con una amenaza como la que enfrentaba el imperio resultaba casi imprescindible.

A este punto, el ejército se había barbarizado, como menciona Rostovtzeff “Es indudable que el ejército de Marco Aurelio se componía principalmente de campesinos, y sobretodo de campesinos de las provincias menos civilizadas del Imperio romano, las cuales procuraban lo más rudos soldados... el imperio romano apareció cada vez más barbarizado y representó cada vez menos a la población civilizada”³⁵⁰. Gibbon explica también este fenómeno “aún tercios selectos de bárbaros enemigos tenían que estar consumiendo su azaroso denuedo por climas lejanos en beneficio del estado. Comprendíanse todos estos bajo el nombre de auxiliares”.³⁵¹

³⁴⁸ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 133-134

³⁴⁹ Renan, óp. cit., p. 105

³⁵⁰ Rostovtzeff, óp. cit., p. 271

³⁵¹ Gibbon, óp. cit., p. 28

En cuanto al enrolamiento de esclavos, Birley explica que Marco Aurelio prometió a estos la libertad si se alistaban a la guerra³⁵², lo que seguramente proporcionó a la legiones una gran cantidad de hombres que si no contaban con la disciplina que requería el ejército romano, contaban con una fuerza que podría ser muy necesaria, adquirida tras muchos años de trabajos pesados. La disciplina no era un problema para Marco Aurelio, sabía que con una buena preparación y tras muchas horas de trabajo las nuevas legiones, las II y III Itálicas, podrían adquirir esta disciplina e incluso podrían llegar a igualarse a las viejas legiones. Cabe destacar que los entrenamientos era muy duros al grado que menciona Gibbon “el derramamiento de sangre era la única circunstancia que diferenciaba un campo de batalla que un paraje de ejercicio”³⁵³. A pesar de la rigidez que se requería, el mismo emperador se encargó de preparar a las nuevas legiones de forma muy eficiente y diligente. Renan constata esto último cuando menciona que “no se puede negar que el ejército romano no perdió durante el reinado de Marco Aurelio nada de su disciplina y vigor”³⁵⁴

Ahora bien, independientemente de la guerra, este trabajo que realizó Marco Aurelio con las nuevas legiones, contribuyó también a formar un pueblo más disciplinado. Algunos autores, entre ellos Maquiavelo consideran que la formación de ejércitos nacionales ayuda a fortalecer a los pueblos que se hayan “afeminados” por los tiempos de paz y recordando Maquiavelo a Virgilio juzga de elocuentes estas palabras: *Desidesque movebit Tullus in arma viros* (...y a los ociosos convirtió Tulio en guerreros)³⁵⁵.

Sin duda la disciplina militar encajaba perfecto con el proyecto de Marco Aurelio de corregir las costumbres corroidas de la sociedad romana. En este sentido, se puede decir que la guerra también fue útil. La guerra fomentó la unidad en el pueblo romano, además de que avivó una fuerza y una disciplina que ni la doctrina estoica, ni todos los libros del mundo, hubieran podido despertar en los hombres. Finalmente Marco Aurelio supo hacer de lo que era una necesidad, un herramienta

³⁵² Birley, óp. cit., p. 159

³⁵³ Gibbon, óp. cit., p. 26

³⁵⁴ Renan, óp. cit., p. 104

³⁵⁵ Maquiavelo, óp. cit., p. 98

muy útil más para llevar a cabo su proyecto, como menciona Maquiavelo, “los hombres prudentes saben convertir en mérito propio sus acciones, aún las que por necesidad ejecutan”³⁵⁶

2.4.2 Primeras negociaciones con los germanos

Después de algunos percances que retrasaron la salida de ambos emperadores, - entre ellos los últimos brotes de la peste- finalmente los emperadores *ataviados con el manto de los generales*³⁵⁷, emprendieron su marcha la primavera del año 168. Marco Aurelio se encargó de elegir cuidadosamente a los generales que los acompañarían a la guerra. Eligió a generales que contaban con una gran trayectoria y prestigio como Furius Victorinus, Aufidius Victorinus, Pontius Laeanus y Dasumius Tullius Tuscus³⁵⁸. La idea era que los emperadores junto con los generales, las legiones recién formadas, y el legado de la legión XIV de Gemania, debían de atacar por el frente mientras que las legiones que se encontraban en las provincias aledañas lucharían por la retaguardia, para encerrar a los enemigos.

Durante todo ese año -168- los marcomanos junto con los cuados, vándalos y victumalos, se habían dedicado a lanzar ataques en las fronteras, específicamente en la provincia de Pannonia, sin embargo al enterarse de que ambos emperadores iban al frente de un poderoso ejército, atemorizados los bárbaros frenaron sus ataques e incluso los reyes de algunas tribus *se retiraron con sus pueblos y dieron muerte a los autores de la sedición*³⁵⁹. Los cuados por su parte, después de la muerte de su rey, afirmaron que no aceptarían al candidato propuesto para sustituirlo hasta que los emperadores dieran su consentimiento.

³⁵⁶ Maquiavelo, óp. cit., p. 135

³⁵⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 125

³⁵⁸ Pontius Laeanus y Dasumius Tullius Tuscus fueron gobernadores de la Pannonia Superior. Birley, óp. cit., p. 155

³⁵⁹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., pp. 125-126

La mayoría de los pueblos sublevados se encargaron de mandar mensajeros para pedir perdón a los emperadores y negociar la paz. Una vez negociada esta, Lucio Vero consideró prudente regresar a Roma, sin embargo Marco Aurelio pensaba atacarlos, *por considerar que los bárbaros fingían la huida y otras artimañas que pudieran hacer creer que estaban al margen de la guerra, para que no cayera sobre ellos aquel ejército tan bien equipado.*³⁶⁰ Esta “sensibilidad estratégica”³⁶¹ que poseía Marco Aurelio, hasta entonces desconocida, fue una de las causas de los grandes triunfos que se obtuvieron después durante esta guerra. El emperador parecía oler las cosas a distancia, su prodigiosa inteligencia le permitía adelantarse a los hechos futuros, y casi siempre acertaba en sus predicciones, como en este caso. Los bárbaros efectivamente regresarían, unidos y con mucho más fuerza. Marco Aurelio debió de saber que los germanos no se quedarían satisfechos e informado sobre la situación del *limes*, seguramente se enteró sobre la formación de nuevas alianzas entre los bárbaros que se encontraba cerca del Danubio. Muchas tribus se habían unido en tribus más grandes, eran más numerosas, y estaban mejor organizadas.

A pesar de las intenciones de Marco Aurelio de quedarse para seguir preparando a sus legiones, se dispuso a regresar a Roma atendiendo a una solicitud del Senado, el cual había recibido una petición de Vero. El plan era permanecer en Roma por un breve tiempo. Sin embargo, en el camino de regreso, Vero sufrió un ataque de apoplejía y murió³⁶², dejando sólo a Marco Aurelio en esta guerra, lo que para muchos no constituyó precisamente una tragedia.³⁶³

³⁶⁰ *Ibíd.*, p. 126

³⁶¹ Romains, *óp. cit.*, p. 101

³⁶² Según la *Historia Augusta*, cundía el rumor por algunas provincias de que Marco Aurelio había asesinado a Lucio Vero, pues se decía que este había muerto por causas extrañas, sin embargo en esta estos “no hay ningún príncipe que no se vea salpicado por la mala fama, de manera que también sobre él (Marco Aurelio) se difundió el rumor de que había dado muerte a Vero, bien mediante la aplicación de un veneno cortando una tetilla de cerdo con un cuchillo por el lado que previamente había sido envenenado y dándole de comer la parte envenenada mientras se reservaba para sí la parte inofensiva, bien mediante la utilización de los servicios del médico Posidipo que, según cuentan le hizo una sangría antes de tiempo. Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 127

³⁶³ Romains, escribe “es difícil de creer que Marco Aurelio, a pesar de su indulgencia sintiera demasiado su pérdida –la pérdida de Lucio Vero. En conjunto aquel colaborador impuesto le había causado muchas preocupaciones. Y su utilidad como emperador viajero había decrecido mucho desde que el propio Marco Aurelio asumió también tales funciones”.(Romains: 71, p. 93) Por su parte en la *Historia Augusta* se menciona, “Después de la muerte de Vero, Marco Antonino

Cuando llegó Marco Aurelio a Roma se encargó de arreglar los funerales de su hermano adoptivo y de resolver un problema que para el emperador resultaba de suma importancia. La viuda de Vero, su propia hija, siendo joven, bella y poseyendo el título de Augusta, estaba en peligro de ser utilizada por algún escrupuloso o ambicioso hombre para satisfacer sus propias ambiciones. Dándose cuenta de esto, Marco Aurelio la casó en seguida con Pompeyano, un hombre mucho mayor que ella, que no contaba con un nacimiento noble –lo cual disgustaba a Faustina- pero que contaba con la aprobación de Marco, pues este lo consideraba, poco ambicioso debido a su origen, y por lo tanto confiable³⁶⁴.

Una vez arreglados estos asuntos Marco Aurelio dispuso todo para regresar al frente, pero antes de salir sufrió una terrible tragedia. Otro de sus hijos murió. El pequeño de siete años llamado Vero César sufrió de un tumor que le apareció debajo de la oreja y que le causó la muerte. En la Historia Augusta se cuenta que Marco Aurelio *guardó luto solamente durante cinco días por él, y, consolando a los médicos que les habían atendido, se entregó de nuevo a la administración de los asuntos públicos.*³⁶⁵ No podía esperarse otra cosa del emperador filósofo que en sus Meditaciones unos años más tarde escribiría “¿Qué es la muerte? Porque si se la mira a ella exclusivamente y se abstraen, por división de su concepto, los fantasmas que la recubren, ya no sugerirá otra cosa sino que es obra de la naturaleza. Y si alguien teme la acción de la naturaleza, es un chiquillo. Pero no sólo es la muerte acción de la naturaleza, sino también acción útil a la naturaleza. Cómo el hombre entra en contacto con Dios y por qué parte de sí mismo, y, en suma, cómo está dispuesta esa pequeña parte del hombre.”³⁶⁶

governó sólo la nación mucho mejor que lo había hecho antes y mostrándose más virtuoso, puesto que ya no se veía embarazado por ninguno de los extravíos de Vero...”. *Ibíd.*, p. 127

³⁶⁴ Birley explica que por sus orígenes Marco Aurelio debió de haber considerado a Pompeyano como poco ambicioso y por lo tanto confiable, en contraste con los hombres de nacimiento noble que seguramente buscarían a una Augusta por mera ambición, llegando a realizar actos que podrían resultar peligrosos para el Imperio. Birley, *óp. cit.*, pp. 161-162

³⁶⁵ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 133

³⁶⁶ Marco Aurelio, *L. II*, 12

2.4.3 *Financiamiento de la guerra por medio del tesoro imperial*

Otro de los asuntos que arregló Marco Aurelio antes de partir a la guerra fue el financiamiento de esta misma.

Aunque la imposición de un impuesto extraordinario a las provincias hubiera resuelto de manera fácil este problema, Marco Aurelio se negó a ordenarlo, pues él sabía que muchas de las provincias del Imperio se encontraban devastadas por la peste³⁶⁷, además de que la guerra en sí ya había acaparado muchos recursos públicos. A pesar de que Rémondon explica que “según un documento oficial, las ciudades eran aún prósperas hacia el 200”³⁶⁸, ya comenzaba a preocupar la escasez en el Imperio, y en caso de que se hubiera ordenado este impuesto seguramente se habría acelerado la crisis que ya había echado raíces, y que terminó estallando en el siglo III.

Por lo tanto, en vista de esto último y de que el Imperio estaba falto de recursos para financiar a guerra, el emperador decidió vender sus propios bienes, “...hizo una subasta pública de los ornamentos imperiales en el foro de Trajano y en ella vendió copas de oro, de cristal y de murra, vasos reales, vestidos de seda y oro de su esposa y aún más, numerosas piedras preciosas que había encontrado en el tesoro privado de Adriano”³⁶⁹. Se juntó tal cantidad de dinero en esta subasta, que después de terminada la guerra se le permitió a los compradores devolver lo comprado y recuperar el oro que habían pagado. Algunos compradores lo hicieron pero muchos otros no.

Sin embargo, lo más significativo de esta subasta, no fue la contribución que hizo para mantener estable la economía del Estado, sino lo que representó el hecho de que el emperador se despojara de sus propios bienes por el bien del Imperio. Con

³⁶⁷ Las consecuencias que trajo la peste se comenzaron a ver después, pues a partir de la peste el campo se quedó despoblado y a falta de mano de obra se detuvo la producción en este sector, lo que comenzó a afectar la economía a finales del siglo II y terminó por ser una de las causas principales de la gran crisis que hubo en el siglo III. Rémondon, *op. cit.*, p. 14

³⁶⁸ *Ibid.*, p. 14

³⁶⁹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *op. cit.*, p. 129

esta subasta Marco Aurelio dio al mundo una lección muy clara: que un verdadero soberano, y también un auténtico patriota, es capaz deshacerse de cualquier tesoro con tal de mantener a salvo su pueblo y a su nación. De ahí también la importancia de que la subasta fuera pública, *claro estaba que esta subasta era además una demostración*³⁷⁰.

2.4.4 Rechazo a petición del ejército de un aumento salarial

Marco Aurelio marchó a la guerra en el año 170. Birley explica que existían muchas dudas sobre la ofensiva lanzada por el emperador, pues muchos incluso llegaron a sugerir que esta resultaría un completo fracaso. Sin embargo un falso profeta predijo lo contrario, anunció que según un oráculo, si se lanzaban dos leones al río, los romanos obtendrían la victoria esperada. Los romanos envueltos en un espíritu bélico, decidieron hacer caso al falso profeta lanzando los dos leones al río, sin embargo las predicciones habían sido falsas, ese mismo año fueron derrotados y muchos se vieron en la necesidad de huir para no ser capturados por los bárbaros³⁷¹. No se sabe hasta que punto influyeron las palabras del supuesto profeta, ni se sabe que postura mantuvo verdaderamente Marco Aurelio respecto a estas predicciones. Lo cierto es que los romanos iban decididos a atacar y como menciona Birley, no hay necesidad de creer que esta predicción fuera la causa de una derrota que seguramente ya era inevitable³⁷².

Mientras los romanos eran derrotados en el Danubio, los bárbaros aprovecharon la situación para invadir Italia. Sin duda, tanto el Imperio como el emperador atravesaban por uno de los momentos más difíciles de su historia. Sin embargo los romanos se levantaron y para hacer frente a esta invasión Marco Aurelio envió a Pompeyano a Italia, quien a su vez requirió la ayuda de Pertinax. Juntos lograron expulsar de Italia a los germanos que se dirigieron hacia Carnuntum donde ya los estaban esperando las tropas que dirigía el emperador. Mientras

³⁷⁰ Birley, óp. cit., p. 160

³⁷¹ *Ibíd.*, p. 163

³⁷² *Ibíd.*, p. 164

cruzaban el río, muchos bárbaros fueron capturados y obligados a devolver el botín que había robado³⁷³. Tras esta victoria Marco Aurelio fue aclamado *Imperator* nuevamente³⁷⁴, y el ejército romano recuperó la reputación que había perdido a causa de la peste que había propagado con su entrada a Italia. Fue justamente en este momento cuando los miembros de ejército solicitaron al emperador un aumento de sueldo, pues sabían que eran más necesarios que nunca y bajo la circunstancia en la que se encontraban, creían que el emperador accedería a dárselos.

Sin embargo Marco Aurelio se negó con firmeza a darles el aumento, diciéndoles a los soldados, que si ellos obtuvieran más dinero por su labor en la guerra, más tarde ellos verían ese dinero manchado con la sangre de sus propios padres y demás familiares. Si ellos estaban ahí luchando lo estaban haciendo por su pueblo, y más aún, por su propia familia, ese era el mensaje del emperador. Él mismo había sido capaz de darles ya una lección, no sólo no había exigido para si mismo más riquezas sino que había sido el mismo había sido capaz de vender sus propios bienes para solventar los gastos de la guerra.

Marco Aurelio ya había demostrado por todos los medios que su conducta era muy medida en lo que respecta a la distribución del dinero. Él estaba consciente de las dificultades económicas, y no sólo se sometió el mismo a un régimen de vida menos plácido, sino que sometió a todo el Imperio limitando los gastos públicos. Esto sin duda fue muy impopular para una sociedad acostumbrada al despilfarro. No obstante en la Historia Augusta se relata “personalmente se mostró muy parco en la distribución de dinero del tesoro público, lo cual merece más bien elogio que censura; sin embargo, repartió dinero entre las personas honradas, auxilió a las ciudades amenazadas de ruina y perdonó tributos e impuestos allí donde la necesidad lo exigía”³⁷⁵,

³⁷³ Birley, óp. cit., p. 165

³⁷⁴ Renan menciona que Marco Aurelio era escéptico a ese tipo de aclamaciones, incluso menciona que el emperador dudaba de la legitimidad de sus propias victorias. Renan, óp. cit., p. 106. Cita de Marco Aurelio: “La araña es fiera, al atrapar a una mosca; otro lo es, al coger a un lebrato; quien, al pescar una sardina; otro, al cazar un jabalí; quien, al cautivar a los sármatas. Bajo el punto de vista de los principios, todos son salteadores de caminos” *Meditaciones*, X, 10

³⁷⁵ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 135-136

Por otra parte, respecto a la valentía de Marco Aurelio de sostener una negativa al ejército ante una situación tan crítica, Birley explica que el emperador siempre solía conducirse de esta forma, firme y con un temple admirable, *no cedía jamás a alguna presión externa, ni hacía nunca nada que fuera en contra de sus principios por causa del miedo.*³⁷⁶ Su carácter y su poder radicaban precisamente en esta firmeza, y esa imperturbabilidad ante las presiones que conllevan las adversidades. Como Maquiavelo menciona haciendo alusión a un Estado “una de las maneras de conocer el poderío de un estado, es su manera de vivir con sus vecinos. Cuando se arregla de modo que éstos, para conservar su amistad, le pagan tributos, seguramente el estado es poderoso. Si sus vecinos, aun siendo inferiores en fuerza, le sacan dinero, la prueba de su debilidad es evidente”³⁷⁷, sin duda lo mismo sucede con los hombres.

- 3.4.5 El milagro de la lluvia

Justo cuando la fidelidad del ejército tendía sobre una cuerda floja, sucedió hecho extraordinario, conocido por los romanos como “milagro de la lluvia”.

Para el año 172, cuando el emperador dirigía la campaña contra los cuados, estos se adelantaron a los romanos y utilizaron una estrategia que casi les cuesta otra derrota a los romanos. Mientras el ejército romano estaba separado, los cuados cercaron el campamento de la legión que se encontraba con el emperador, dejándola imposibilitada para abastecerse de agua en pleno verano, para que en el momento de la batalla los romanos se encontraran sedientos y débiles, cosa que sucedió y que colocó a los bárbaros en una posición de notoria ventaja. Sin embargo, justo cuando los romanos estaba a punto de rendirse, de repente se aproximó una tormenta, que los refrescó y les devolvió la fuerza para seguir luchando. Renan lo relata de esta manera “el ejército estaba devorado por la sed,

³⁷⁶ Birley, óp. cit., p. 169

³⁷⁷ Maquiavelo, óp. cit., p. 214

extenuado por las fatigas, extraviado en un atolladero, dónde los bárbaros atacaron con todas las ventajas. Los romanos respondían endeblemente a los golpes del enemigo, y podía temerse un desastre, cuando de repente se formó una tempestad. Una lluvia cerrada cayó sobre los romanos y los refrescó³⁷⁸. Tal era la sed y tal fue su fortuna al caer la lluvia, cuenta Birley, que los soldados bebían –desesperadamente- el agua de la lluvia mezclada con la sangre que había en sus cascos.³⁷⁹

Una vez repuestos, los romanos consiguieron la victoria que ya se creía perdida, y más tarde en Roma y a lo largo de todo el Imperio se habló del famoso incidente. Algunos contaron que habían visto caer un rayó desde el cielo, lo que simbolizaba la intervención de Júpiter en este suceso, sin embargo la mayoría atribuyó este milagro al dios Hermes, que supuestamente había sido invocado por Arnufis, un mago egipcio que acompañaba a Marco Aurelio en esta campaña.³⁸⁰ Algunos otros atribuyeron este milagro al Dios de los cristianos, pues en el ejército de Marco Aurelio habían muchos soldados que predicaban ya esta religión “el prodigio admitido por todos les conmovió. Un milagro benévolo no podía ser obra nada más que del verdadero Dios.³⁸¹ Sin embargo, parece ser que Marco Aurelio no dio ningún crédito a esta versión cristiana, pues la mayoría de las monedas que se acuñaron en ese año, mostraron representaciones del dios Hermes, e incluso Marco Aurelio mandó construir un templo en honor a ese dios como señal de agradecimiento. Igualmente en la Columna Aureliana, se muestra, haciendo alusión a este episodio, a un hombre con las alas extendidas por todo el cielo, que probablemente sea Hermes o Mercurio, su equivalente en la mitología romana, pues generalmente a esta figura se le representaba con alas.³⁸²

Marco Aurelio en general no era un hombre supersticioso sin embargo, en este caso la idea sobre el milagro, era algo que merecía ser creído, pues esto demostraba a todos que los dioses estaban del lado de los romanos, y no sólo

³⁷⁸ Renan, óp. cit., p. 113

³⁷⁹ Birley, óp. cit., p. 172

³⁸⁰ Ibíd., p. 172

³⁸¹ Renan, óp. cit., p. 114

³⁸² Birley, óp. cit., p. 173

eso, sino que además, eran capaces de intervenir para favorecerles siempre que fuera necesario.

Este elemento religioso era necesario en el ejército de Marco Aurelio, y el lo sabía, pues como en tantos otros ejércitos, la religión fortalece la identidad de los soldados como parte de una nación y da sentido a la lucha, como Maquiavelo explica “donde hay religión fácilmente se establecen la disciplina militar y donde no hay religión, es muy difícil fundar ésta”³⁸³. Finalmente, Gibbon expresa haciendo alusión precisamente a esta etapa de la historia de Roma “este despertador incesante del incontrastable denuedo de las legiones republicanas alcanzaba ya escasamente a mover el ánimo de los sirvientes mercenarios de un déspota; y se hizo forzoso acudir a aquella quiebra con otros impulsos de igual trascendencia, a saber, el honor y la religión.”³⁸⁴

- 3.4.6 La Conspiración de Avidio Casio

Al poco tiempo que sucedió aquel suceso del milagro de la lluvia, una noticia llegó al emperador. Una nueva rebelión había surgido en Egipto liderada por un sacerdote llamado Isidoro. Este sacerdote había logrado convencer a un gran número de egipcios para que le siguieran y había logrado vencer al centurión romano y a toda su centuria a través de una treta. Los rebeldes se disfrazaron de mujeres y engañaron a los guardias diciendo que entregarían oro al centurión para el rescate de sus esposos. Cuando lograron estar frente al centurión lo mataron junto a sus acompañantes, y tras hacer un juramento se comieron sus intestinos. Ante este asalto, Marco Aurelio decidió enviar a Avidio Casio, para que acabara con este revuelta. El general ocupó la táctica de separar a los enemigos para debilitarlos, y finalmente venció sobre los rebeldes.³⁸⁵

³⁸³ Maquiavelo, óp. cit., pp. 82-83

³⁸⁴ Gibbon, óp. cit., p. 25

³⁸⁵ Birley, óp. cit., p. 174

Gracias a este nuevo triunfo, la simpatía y la confianza del emperador por Casio aumentaron aún más, de modo que se le otorgó un mando extraordinario sobre todas las provincias de Oriente.³⁸⁶ Con este poder Casio, se colocaba casi al mismo nivel que el hermano fallecido del emperador, y se constituía, después de Marco Aurelio, como la máxima autoridad sobre esta región. Esta fue sin duda, una de las principales causas que alentaron su traición.

En general Casio gozaba de la simpatía de mucha gente en aquellas tierras, pues en esa región estaban sus orígenes, menciona Romains que “se había aprovechado mucho tiempo de su nacimiento en Siria y de las amistades que este detalle biográfico le proporcionara.”³⁸⁷ Esto, de alguna manera también influyó para que diera este atrevido paso. Sin embargo, el hecho decisivo, fue una carta de Faustina, en la que informaba a Casio sobre la salud de su esposo, el emperador, la cual se encontraba ya muy deteriorada, y pedía a este mismo, que asumiera la dirección del imperio a la muerte de su esposo. Muchos historiadores han tratado de indagar sobre las intenciones que tuvo Faustina para alentar esta peligrosa rebelión. Algunos señalan que en efecto, Faustina estaba convencida de que su esposo ya no se recuperaría, y siendo hija y esposa de emperador, tenía que tomar parte activa en la designación del nuevo soberano para proteger sus propios intereses. En este caso, su interés apuntaba a que su hijo Cómodo, el cual contaba con tan sólo trece años de edad, llegará un día a gobernar el Imperio como su padre.

Como Cómodo era aún muy joven, y Faustina temía que el trono le fuera arrebatado por otro prospecto que pudiera estar muy bien posicionado, alguien como Claudio Pompeyano, esposo de su hija, y hombre por el cual Faustina sentía una gran antipatía. Sus temores no eran infundados, pues en caso de que el emperador falleciera y Pompeyano intentará reclamar el trono, tendría el apoyo de la mayoría de los senadores y de muchos miembros del ejército que habían luchado junto a él y a Marco Aurelio en las campañas contra los germanos.

³⁸⁶ El mando era extraordinario pues como senador Casio debía de ser automáticamente excluido para ocupar un cargo de poder en Egipto, como lo establecía la regulación de Augusto. *Ibíd.*, p. 174-175

³⁸⁷ Romains, *óp. cit.*, p. 110

Faustina debía de elegir a alguien que tuviera la misma fuerza y prestigio que su yerno y Avidio Casio era el prospecto ideal. Al parecer la relación de la emperatriz con él era mucho más cordial, amén de que ambos eran de la misma edad y habían crecido en el mismo ambiente, lo que según Birley abre la posibilidad de que se hayan conocido incluso desde su juventud.³⁸⁸

Por lo tanto, después enterarse Casio por medio de Faustina de esta noticia, y tras los rumores de que el emperador ya había muerto, decidió proclamarse él mismo emperador con el apoyo de su ejército. Sin embargo, las noticias no tardaron mucho en llegar de nuevo para informar que el emperador seguía aún con vida, y no sólo eso, sino que su salud ya se había restablecido. Todo el panorama cambio para Casio, pero el paso ya había sido dado y no podía echarse para atrás. Ahora no le quedaba más que alcanzar el trono mediante la guerra.³⁸⁹

En Egipto Casio ya había sido reconocido como emperador, y se temía que sus fuerzas se movieran hacia Roma, pero Marco Aurelio actuó con rapidez, y ordenó al entonces gobernador de la Panonia, Sabiniano, que protegiera la ciudad.³⁹⁰ Por otra parte mando llamar a su hijo Cómodo que se encontraba en Roma, para que lo acompañara a Egipto a hacer frente a la rebelión.

Antes de partir Marco Aurelio dio un discurso a las tropas, para asegurar su fidelidad en un momento tan crítico. Antes había preferido guardar silencio y no hacer mención de la rebelión, pues de enterarse sus enemigos bárbaros de esto, hubieran aprovechado la situación. De hecho, Birley explica que algunas tribus bárbara se enteraron de lo ocurrido y ofrecieron su ayuda al emperador, pero este la rechazó argumentado que la situación se encontraba bajo control³⁹¹. El discurso que da Marco Aurelio a sus tropas, según lo recuerda el historiador Dion Casio es este: “compañeros de armas, estoy ante vosotros menos para hacer estallar mi indignación que mi dolor. ¿De qué sirve en efecto irritarse contra los dioses, puesto que disponen de todo con un poder absoluto?...¿No es una cosa horrible

³⁸⁸ Birley, óp. cit., p. 185

³⁸⁹ Ibídem

³⁹⁰ Ibíd., p. 187

³⁹¹ Ibíd., p. 189

que unas guerras se produzcan sin cesar a continuación de otras? ¿No es algo extraño que nos encontremos metidos en una guerra civil? ¿No es algo que sobrepasa en horror y en rareza a las dos desgracias... verme traicionado por el amigo más querido, estar a pesar mío en lucha con un hombre al que no he hecho ni daño ni ofensa?... Si todavía el peligro me amenazara sólo a mi, no estaría inquieto, pues no soy inmortal; pero puesto que se trata de una defección pública o, mejor dicho, de una rebelión... yo quisiera, si ello fuera posible, discutir con vosotros sus pretensiones; ante vosotros o ante el Senado me gustaría cederle el poder sin combate, si tal cosa pareciese útil al interés general. En efecto, es por el interés general por lo que persisto en desafiar fatigas y peligros; por lo que vivo aquí, alejado tanto tiempo de Italia, a mi edad y con tan mala salud que no puedo tomar alimento sin sentir dolores, ni entregarme al sueño sin verme atormentado por las preocupaciones”³⁹² y luego agrega “...Los cilicios, los sirios, los judíos, los egipcios, nunca tendrán ventaja sobre nosotros... El propio Casio, aunque pasa por un excelente general, hoy no debe ser tenido en cuenta para nada... Es posible que el propio Casio se haya arrepentido después de saber que estoy vivo, pues a buen seguro, de no haber estado convencido de mi muerte no hubiera actuado así”³⁹³, finalmente expresa “En cuanto a mi compañeros de armas, yo no temo más que una cosa... que Casio se dé la muerte a sí mismo para evitarse la confusión de aparecer ante vosotros... Ello sería privarme de una gran satisfacción... la de perdonarle... Todos los buenos sentimientos no han muerto entre los hombres... Las presentes desgracias me habrían proporcionado, al menos un provecho, el de poder arreglar honorablemente el asunto y mostrar a todos que siempre hay medio de sacar algún bien incluso de la guerra civil.”³⁹⁴

En sus *Meditaciones* Marco Aurelio escribe algo que da sentido y complementa estas palabras pronunciadas, “...alguien nos ha desgarrado con sus uñas y nos ha herido con un cabezazo. Sin embargo, ni lo ponemos de manifiesto, ni nos disgustamos, ni sospechamos más tarde de él como conspirador. Pero sí ciertamente nos ponemos en guardia, más no como si se tratara de un enemigo ni

³⁹² Romain, óp. cit., pp. 107-108

³⁹³ *Ibidem*

³⁹⁴ *Ibid.*, 108

con recelo, sino esquivándole benévolutamente”,³⁹⁵ precisamente como pretendía hacerlo según su discurso.

Con su piedad Marco Aurelio daba muestras de su superioridad frente al usurpador, lo perdonaba como un padre compasivo con un hijo rebelde. Por otra parte, en su discurso dejaba claro que a pesar del dolor que había causado la traición de un amigo, lo que debía preocupar realmente no era la ofensa hacia la persona del emperador, sino las consecuencias que podría traer este levantamiento hacia el Imperio ante una situación tan crítica. Finalmente, Marco Aurelio, no perdió oportunidad para recordar a sus tropas que formaban parte del ejército más poderoso del mundo, independientemente del general que estuviera al mando, por si alguno llegaba a temer a las fuerzas de Casio.

El mensaje de Marco Aurelio era claro, no había una competencia real, la superioridad del emperador era insuperable, y no sólo por un cuestión moral sino física también, pues no podía surgir en ese momento un ejército más poderoso que el de él, además de que contaba con el apoyo casi total del los senadores³⁹⁶ y gobernadores de las provincias. A nadie más se le podría ocurrir volver a intentar en el futuro algo tan descabellado, pues con la amenaza externa, otro intento así, sólo conduciría al Imperio hacia su ruina, y con él a toda su gente incluyendo a los mismos usurpadores.

Después de dar su discurso, Marco Aurelio se dispuso a salir de Sirmium rumbo a Egipto para hacer frente a la rebelión, cuando recibió la noticia de que Casio había sido asesinado por sus mismos oficiales después de haber vivido por tres meses la fantasía de ser el emperador del mundo. Con la carta que contenía la noticia venía también un regalo para Marco Aurelio: la cabeza de Casio. El emperador, recto en todo momento, se rehusó a verla, y lamentó el trágico final del que antes fuera su amigo. A la muerte de Casio sobrevinieron otras muertes de generales que le apoyaron en su conspiración sin embargo Marco Aurelio decidió dar fin a

³⁹⁵ Marco Aurelio, L. VI, 20

³⁹⁶ Tal era la lealtad del Senado hacia Marco Aurelio, que apenas se enteraron del levantamiento del Casio, lo declararon enemigo público, aún sin esperar la autorización del emperador. Birley, óp. cit., p. 185

todo lo ocurrido, y perdonó a muchos de sus cómplices. Incluso perdonó también a la familia del occiso, dando prueba de su inmensa generosidad. “a sus hijos le dio la opción de elegir el lugar de su destierro y les permitió conservar más de la mitad de sus bienes. A la mujeres de la familia les regaló algunas alhajas.”³⁹⁷

Jamás abrió las cartas enviadas por Casio a algunos senadores, pues no le interesaba ya conocer los nombres de quien lo habían traicionado. De los senadores de los que se supo abiertamente que habían participado con Casio, Marco Aurelio “se limitó a hacerlos compadecer ante el Senado para ser juzgados como si se tratara de un falta ordinaria. La únicas dos medidas de orden general que tomaron para evitar la repetición de una aventura análoga, fue especificar mediante un rescripto que, en el futuro, nadie podría ser nombrado gobernador de la provincia donde hubiera nacido”³⁹⁸, y por otra parte confiscar los bienes de los participantes más activos a la muerte de estos. La propiedad de un senador llamado Depitianus que participó también en la rebelión, fue confiscada a la muerte de éste, de acuerdo a las normas impuestas por el jurista Paulus. Birley explica que a pesar de que se podía otorgar el perdón a los traidores de estado, en términos fiscales este perdón no podía ser excusado³⁹⁹, y es que, ante la escasez económica hubiera sido intolerable este tipo de concesiones.

A pesar de que la conspiración había llegado a su fin con la muerte de Casio Marco Aurelio no desistió en su deseo de trasladarse hacia Egipto con su esposa y su hijo Cómodo “para restaurar en ese lugar la lealtad a la dinastía.”⁴⁰⁰ En el trayecto, cerca de la provincia de Capadocia en un lugar llamado Halala, la emperatriz Faustina cayó enferma y murió. A su muerte surgieron muchos rumores de que en realidad la emperatriz se había suicidado ante el fracaso y la vergüenza de haber conspirado con Casio. Algunos llegaron incluso a afirmar que el mismo Marco Aurelio había sugerido a su mujer el suicidio. Lo cierto es que el emperador, lamentó profundamente la muerte de su esposa, y le procuró todos los reconocimientos y honores dignos de una gran emperatriz, “hizo elevar a la

³⁹⁷ Romains, óp. cit., p. 110

³⁹⁸ Ibídem

³⁹⁹ Birley, óp. cit., p. 205

⁴⁰⁰ Ibídem., p. 189

jerarquía de colonia romana a la aldea de Halala, dónde la emperatriz había muerto, dándole en aquella ocasión el nombre de Faustinópolis y construyendo en ella un templo conmemorativo para celebrar el culto de su difunta esposa... En Roma el Senado, por sugestión del emperador, ordenó la erección de una estatua de plata de Faustina en el templo de Venus, y la fundación de un instituto para muchachas huérfanas o pobres, cuyo título *jóvenes faustinianas*, era un homenaje más a la emperatriz.”⁴⁰¹

3.4.7 Los últimos años de la guerra

En general, las denominadas Guerras Marcomanas, no fueron más que una serie de pequeñas batallas entre los bárbaros y el ejército romano.

Las tribus bárbaras atacaban esparcidas a lo largo de todo el limes, por una serie de circunstancias geográficas mas que por una cuestión estratégica –los bárbaros venían de todas partes-, lo que obligaba al ejército romano a dividir sus legiones para poder atender cada una de las zonas que se hallaba en conflicto. Birley explica que esta guerra se combatió por secciones, lo que a la larga resultaba muy agotador para los romanos y por otra parte favorecía a los bárbaros, pues claramente el ejército romano unido, hubiera sido notoriamente superior frente a cualquier tribu bárbara.⁴⁰²

Particularmente después de la batalla del milagro de la lluvia -según Birley, la única batalla campal de gran magnitud que hubo durante esta guerra- el emperador se dedicó a librar batallas menores y a establecer acuerdos antes de partir para Egipto. En el año 174 los cuados volvieron a romper su palabra, dándole asistencia a los sármatas y acaparando a todos los prisioneros y desertores que habían prometido devolver a los romanos. Según Casio -explica Birley- sólo devolvieron a un reducido número dentro del cual se hallaban hombres

⁴⁰¹ Romain, óp. cit., p. 112

⁴⁰² Birley, óp. cit., p. 176

que no estaban en buenas condiciones físicas para trabajar. Si llegaban a liberar a hombres jóvenes y fuertes, retenían a sus familias, causando que al poco tiempo de ser liberados, estos desertaran del ejército romano y retornaran con ellos para estar cerca de sus seres queridos.⁴⁰³ Esta actitud de los soldados, puso en tela de juicio la moral de los romanos, pues esto demostraba que para los miembros de su ejército, antes que su nación estaban sus seres cercanos. En ese mismo año se acuñaron monedas que hacían alusión a la lealtad y a la armonía de sus soldados, en un esfuerzo del emperador por encubrir y contener esta penosa situación. Birley agrega que la posición de los cautivos liberados, por otra parte tampoco era mejor en Roma, lo que quizás constituye una de las causas de su regreso a los campamentos bárbaros. A diferencia de otros tiempos, Marco Aurelio había establecido que, los cautivos liberados tenían que pagar el dinero que se había dado por su rescate si querían volver a tener el estatus legal que habían tenido antes de su captura. Contrario a lo que se había obtenido, esta medida, escribe Birley, tenía el propósito de impulsar a los ciudadanos romanos a que se adjudicaran este pago como una forma de negocio, para que de esta manera el gobierno pudiera liberar a número sustancial de cautivos sin tener que sacrificar la finanzas del Estado.⁴⁰⁴

Tras la violación del trato, los romanos volvieron a enfrentar a los cuados en el campo de batalla y a sus aliados, los sármatas. Según Birley, hay muy poca información acerca de esta fase de la guerra. Sólo es conocida, una batalla que se llevó a cabo durante el invierno, en la cual los romanos se valieron de una hazaña muy particular. El Danubio se encontraba congelado y para poder mantenerse en pie durante el enfrentamiento se unieron un cuerpo compacto sosteniéndose los unos con los otros, y pusieron sus escudos sobre el hielo para poder pisarlos y de esta forma no resbalar⁴⁰⁵. La hazaña resulto muy eficiente y los romanos lograron ganar la batalla, lo que demuestra también que más allá de la superioridad de sus armas, la disciplina era lo que daba tanto poder a este ejército.

⁴⁰³ Birley, *óp. cit.*, p. 177

⁴⁰⁴ *Ibidem*

⁴⁰⁵ *Ibidem*

Después de esta batalla, en vista de que los marcómanos había sido los únicos que habían respetado los acuerdos, Marco Aurelio les permitió volver a poblar una zona neutral que se encontraba cerca del Danubio, y a pesar de que les había prohibido los intercambios comerciales con las provincias del Imperio, se los volvió a autorizar, con la restricción de que sólo podían realizarlos en los días establecidos por ellos, además de que negociaron un intercambio de rehenes.⁴⁰⁶

Un año más tarde en el año 175 los sármatas volvieron a atacar a los romanos. El ejército de Marco Aurelio nuevamente refrenó el asalto, pero esta vez el emperador ya no estaba dispuesto a hacer más tratos con los germanos, sino que decidió atacar el problema de raíz sometiéndolos a su autoridad convirtiendo sus territorios en provincias del Imperio. Birley explica que el emperador ya había introducido a muchas de sus legiones en esos territorios, sin embargo estaba dispuesto a hacerlo de manera definitiva cuando se atravesó la rebelión de Avidio Casio, que lo obligó a posponer su plan, para emprender el viaje a Egipto.⁴⁰⁷

En su camino a Egipto, Marco Aurelio pasó por una región sirio-palestina en la cual encontró a hombres que le horrorizaron por su conducta incivilizada, al grado de decir “¡Oh marcomanos, oh cuados, oh sármatas, he encontrado al fin gentes más bestias que vosotros!”⁴⁰⁸. Como se mencionó en capítulos anteriores, en la antigüedad se tenían ideas muy particulares acerca de los bárbaros. Para las gentes civilizadas, los bárbaros no sólo no eran seres sin educación, sino que algunos incluso ponían en duda su condición de humanos.

Ya en Egipto, Marco Aurelio se comportó de manera moderada con quienes habían reconocido a Casio como emperador, y rectificó la paz con embajadores y reyes que había asistido a Egipto para verlo. Para demostrar que no existían rencores, dejó a una de sus hijas ahí.⁴⁰⁹

⁴⁰⁶ Birley, *óp. cit.*, p. 178

⁴⁰⁷ *Ibíd.*, p. 183

⁴⁰⁸ Renan, *óp. cit.*, p. 118

⁴⁰⁹ Birley, *óp. cit.*, p. 193

Cuando salió de Egipto el emperador tomó un camino diferente y no perdió la oportunidad de pasar por su querida Grecia, donde junto con su hijo Cómodo se inició en los misterios eleusinos, que eran unos ritos basados en el mito de Deméter y Perséfone.⁴¹⁰ Algo interesante que señala Birley, es que al iniciarse en los misterios eleusinos, Marco Aurelio buscaba entre otras cosas, demostrar que estaba libre de culpas, pues unas de las condiciones para poder iniciarse en este rito, era demostrar que no se ha cometido asesinato, ni se había incurrido en prácticas de mala voluntad.⁴¹¹

De regreso en Roma, Marco Aurelio se encargó de atender los asuntos públicos relativos al bandolerismo en las provincias, a los esclavos, y a la distribución de justicia de casos particulares. Se aseguró de que la ciudad de Esmirna, que había sufrido la sacudida de un terremoto, recibiera todos los víveres necesarios, dando muestras de una generosidad que se había mantenido oculta y eclipsada por su fama tacaño.⁴¹²

Se encargó también de un asunto de suma importancia: la sucesión. Le otorgó a Cómodo el título de Augusto y todo los demás títulos, honores y poderes propios de un emperador, asegurando de esta forma su sucesión. Después de la conspiración de Casio, probablemente el emperador temía que surgiera una nueva conspiración ante esta vaguedad. Además, a los pocos días de su regreso a Roma el emperador tuvo otra decaída en su salud. Comenzó a sufrir de manera más intensa los síntomas de una enfermedad en el estómago, *tenía intensos cólicos, diarrea y fiebre.*⁴¹³

⁴¹⁰ El mito griego cuenta que Hades, dios del inframundo, se enamoró de Perséfone y la robó llevándola consigo a las profundidades de la tierra. La madre de Perséfone, Deméter, fue en rescate de su hija y suplicó a Hades que la dejara regresar, pero Hades se negó pues Perséfone ya había comido la comida de los muertos -unas semillas de granada- y los que probaban la comida de los muertos no podían regresar ya. La madre siguió suplicando y consiguió hacer un trato con el dios. Hades dejaría regresar a Perséfone con su madre ocho meses, que comenzaban con el inicio de la primavera, y los meses restantes los pasaría ella con él en el inframundo. Los misterios eleusinos celebraban el regreso de Perséfone a la tierra.

⁴¹¹ Birley, óp. cit., p. 194

⁴¹² En contra de quienes juzgaban a Marco Aurelio de tacaño, Dion Casio escribe "En general, era verdaderamente el más ahorrativo, pero no dejó de hacer ni uno solo de los gastos necesarios, y eso sin perjudicar a nadie con exacciones de dinero, como ya dije, aún siendo muchísimos los gastos perentorios que hubo fuera de los ordinarios. Díon Casio, LXIX 8, 1

⁴¹³ *Ibíd.*, p. 196

A pesar de su delicada salud, para el año 178, Marco Aurelio decidió volver al frente en el Danubio, pues la situación requería una vez más de su presencia. Se cuenta que el día de su partida un conjunto de filósofos se aglutinaron alrededor de él y de su hijo Cómodo, para suplicarle que desistiera de su propósito de partir nuevamente a la guerra. Temían que las convicciones filosóficas del emperador se perdieran entre las incertidumbres que trae consigo una guerra.⁴¹⁴ Marco Aurelio calmó los ánimos de sus colegas y partió para el Danubio.

De vuelta en el Danubio, el emperador libró una serie de batallas, obteniendo la victoria. Fue proclamado por décima vez *Imperator*. Teniendo ya el control sobre los marcómanos, los sármatas y los cuados, Marco Aurelio se dispuso a seguir con el plan que había pospuesto al partir a Egipto: convertir en provincias los territorios de sus enemigos. Su objetivo no estaba muy lejos de cumplirse pues como se mencionó anteriormente, muchos romanos se encontraban ya habitando esos territorios con todas las comodidades posibles, gozando de los privilegios que habían sido arrebatados a los germanos.⁴¹⁵ Cabe mencionar, que como consecuencia de esta situación los cuados fastidiados intentaron huir hacia otras tierras, pero Marco Aurelio se los prohibió, pues lo que interesaba al emperador no eran solamente sus tierras, sino también la fuerza de trabajo que representaban estos hombres.

⁴¹⁴ Birley, óp. cit., p. 206

⁴¹⁵ Los germanos era constantemente hostigados por las autoridades romana que les prohibían cultivar su propia tierra. *Ibíd.*, p. 208

3.5 Los conflictos con los cristianos

Siempre que imagines que has sido víctima de un daño, procúrate este principio: si la ciudad no es dañada por eso, tampoco yo he sido dañado. Pero si la ciudad es dañada, ¿no debes de irritarte con el que daña la ciudad? ¿qué justifica tu negligencia?⁴¹⁶

Para engrosar su ejército, Marco Aurelio alistó a muchos gladiadores provocando el enojo de algunos ciudadanos que acusaban al emperador de querer privarlos de sus espectáculos para ponerlos a filosofar⁴¹⁷, pues a pesar de que los espectáculos siguieron presentándose durante este periodo, decayeron mucho como consecuencia de esta medida.

Para empezar, Birley explica que por la escasez de gladiadores, los costos de los espectáculos se elevaron considerablemente dañando principalmente la economía de las clases altas, que eran las que procuraban esta clase de espectáculos al pueblo. Los reclamos no se hicieron esperar y Marco Aurelio se vio en la necesidad de responder a los miembros de estas clases, pues sus apoyos eran imprescindibles en momentos tan críticos. Acordó con el procurador de la Galia, remplazar a los gladiadores que estaban en la guerra con los criminales sentenciados a muerte. De esta manera, no faltarían gladiadores para los espectáculos y por otra parte, se respetarían también los ritos galos que involucraban el sacrificio de los condenados.⁴¹⁸

Lo que tal vez no previó Marco Aurelio, es que a raíz de este mandato, surgirían una serie de mafias que sabrían sacar provecho de la situación. El número de los condenados a muerte aumentó, y estos condenados no pudieron ser otros más que los cristianos, pues aumentar las condenas de los ciudadanos comunes

⁴¹⁶ Marco Aurelio, L. V, 22

⁴¹⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 136

⁴¹⁸ Birley, óp. cit., p. 201

hubiera provocado el enfado del emperador, sin embargo el caso de los cristianos era distinto. Ellos tenían muy mala fama entre la *muchedumbre pagana*, se decía que hacían rituales sangrientos y que organizaban festines de Tiestes –incestos a la manera de Edipo.⁴¹⁹ Por otra parte, representaban todo lo que el emperador reprobaba: el desapego de las tradiciones, la falta de compromiso con la patria, y la desunión del pueblo romano. Se podría decir incluso, que al matar a los cristianos de esta manera, casi le hacían un favor al emperador.

Los cristianos eran unos agitadores ante los ojos de Marco Aurelio, y en una situación como en la que encontraba el Imperio, procurar el orden interno era una prioridad. Para algunos autores, el precio de este orden lo pagaron muy caro estos cristianos. Sin embargo estas acciones que se tomaron en contra de ellos, los terminaron beneficiando más de lo que los perjudicaron. Los mártires de Lyon, como explica Romain, “no tardaron en convertirse en todo un acontecimiento célebre y ejemplar, cuyo relato se extendió a través del Imperio proporcionando a la propaganda cristiana, uno de sus argumentos más valiosos y emocionantes”⁴²⁰ pues estos sufridos cristianos habían dado muestra de una fe inmensa, lo suficientemente fuerte como soportar las torturas de los romanos que, explica Renan, eran aplicadas con extrema crueldad.⁴²¹

Inicialmente los cristianos eran acusados de ateísmo y de impiedad. A partir de esa acusación se dirigía un proceso es su contra. Si rectificaban, se les dejaba libres pero si no lo hacían se les dictaba pena capital⁴²². Por otra parte se les acusaba de cometer infanticidios y de comer carne humana, así como de realizar crímenes atroces de los cuales no existían pruebas. Renan explica que se les obligaba a confesar estas acusaciones mediante la tortura, y cuando estos no lo hacían, se utilizaba a sus esclavos, que ante el miedo de ver las torturas de sus amos, confesaban crímenes que jamás se habían cometido, aunque no todos los esclavos lo hacían. Muchos de ellos, al igual que sus amos se convertían al

⁴¹⁹ Renan, óp. cit., p. 127

⁴²⁰ Romain, óp. cit., p. 120

⁴²¹ Renan, óp. cit., p. 127

⁴²² Birley, óp. cit., p. 202

cristianismo, y aguantaban las torturas para “mostrarse capaces de las mismas virtudes y de los mismos sacrificios que los hombres libres.”⁴²³

El relato de la esclava Blandina, es particularmente conmovedor. “Era, una mujer pequeña y de cuerpo débil, tanto que los fieles temían que no pudiese resistir los tormentos”⁴²⁴. Cuando la aprehendieron junto con su ama, la sometieron primero a toda clase de torturas en el calabozo, desde la mañana hasta en la tarde sin lograr arrancarle otras palabras que no fueran “yo soy cristiana; entre nosotros no se hace nada malo”⁴²⁵. Después la mandaron junto a los demás condenados al anfiteatro, en donde sucedió, según cuentan los cristianos, un hecho extraordinario: mientras la fieras se comían a los demás, ella atada a un poster se salvó de ser devorada, pues las fieras sencillamente *no quisieron comer de ella* – lo que para los cristianos significó la mayor prueba de que Dios existía y que además estaba con ellos. Después de este acontecimiento, la joven se volvió popular entre los cristianos, y al ver el furor que había desatado esta mujer entre los suyos, los romanos decidieron darle un castigo ejemplar. Durante las fiestas que se organizaron con el fin de exponer estos sangrientos espectáculos a las población, a Blandina se le azotó frente a todo el público, luego se le expuso nuevamente a las fieras que esta vez la mordieron y la arrastraron por toda la arena; no quedando contenta la audiencia con esta exhibición, se le colocó en la silla ardiendo que le quemó la piel y para rematarla se le encerró en una red, donde un toro furioso la tomó por los cuernos, la lanzó muchas veces al aire y la dejó caer pesadamente⁴²⁶. Finalmente la mujer murió despertando, no sólo la admiración de los cristianos, sino también la admiración de toda la multitud, que “al retirarse, no hablaba sino de la pobre esclava: *Verdaderamente, se decían los galos, jamás hemos visto en nuestro país, a una mujer sufrir tanto.*”⁴²⁷

Como el caso de Blandina, existieron otros más, como el del obispo Potino, que siendo anciano sufrió una serie de torturas que terminaron por quitarle la vida. Otro caso muy conocido es el de Atalo, que después del obispo Potino fue unos

⁴²³ Renan, óp. cit., p. 130

⁴²⁴ Ibídem

⁴²⁵ Ibídem

⁴²⁶ Ibíd., p. 138

⁴²⁷ Ibídem

de los líderes más importantes del cristianismo lionés. Su caso fue particular, pues siendo ciudadano romano y gozando de una buena posición social, no se le pudo juzgar al principio. Sin embargo su fama aumentó tanto entre los cristianos, que al final se le tuvieron que aplicar los mismos castigos que al resto de los condenados. Como al resto de los ciudadanos romanos que se habían convertido al cristianismo, se tomó la decisión de que se le decapitara si ratificaba sus creencias, mientras que a los demás que no eran romanos se les envió a los espectáculos. En general, a todo aquel que rectificara, se le daba su libertad. Estas fueron las órdenes del emperador, a quien se le solicitó su intervención en este asunto. Romaines escribe que su respuesta fue que no había razón alguna para tratar a la secta de los cristianos con una indulgencia especial y contraria a las reglas de la buena policía.⁴²⁸

Desde luego, Marco Aurelio tampoco aprobaba las crueldades del circo romano, “de haber podido las habría prohibido. Pero no le era posible. El populacho tenía enorme afición a tales espectáculos y le encantaba ver figurar en ellos, como víctimas, a los cristianos que odiaba”⁴²⁹. Además, se puede decir que la afición desfogaba en el espectáculo todas las frustraciones que se derivan de una típica conciencia atormentada ante un devenir incierto. Al parecer Marco Aurelio lo entendía así.

Por otra parte, los cristianos extrañamente parecían responder con entusiasmo a los castigos que les aplicaban los romanos. Romaines menciona al respecto “el entusiasmo con el que los cristianos en Lyon y en otros sitios, acogían el martirio y los sufrimientos no era lo más propósito para hacer recomendable la secta a Marco Aurelio quien veía en ello lo que en nuestros días llamaríamos un desquiciamiento nervioso”. En sus Meditaciones, el mismo emperador hace un comentario acerca los cristianos, “¡Como es el alma que se halla dispuesta, tanto si es preciso ya separarse del cuerpo, extinguirse, o dispensarse, o permanecer unida! Más esta disposición, que proceda de una decisión personal, no de una simple oposición, como los Cristianos, sino fruto de una reflexión, de un modo

⁴²⁸ Romaines, óp. cit., p. 156

⁴²⁹ Ibíd., p. 160

serio y, para que pueda convencer a otro, exenta de teatralidad”⁴³⁰. A pesar de que Marco Aurelio, por su afición al estoicismo, compartía algunos principios ascetas con los cristianos, para él, el desapego de las cuestiones materiales debía darse de una manera distinta. Como se mencionó en el capítulo anterior, este proceso debía de proceder de una intensa reflexión, además de que el desapego no significaba auto-flagelarse sino únicamente aguantar ante los designios de la naturaleza. Para Marco Aurelio no se trataba tampoco de soportar los sufrimientos corporales para provocar la compasión en la gente ni buscar la muerte con estos mismos fines, como veía el que lo hacían los cristianos. Y es que sin duda con estos espectáculos, como ya se mencionó, los cristianos tenían la oportunidad de dar extraordinarias muestras públicas de su particular virtud, e inevitablemente despertaban la compasión de muchas personas. Si ya eran cristianos, al ver los martirios que eran capaces de soportar estos condenados reafirmaban su fe, y lo que no eran cristianos terminaban por convertirse. Un mundo mejor, un paraíso quizás, sin duda alguna debía de estar esperando por estos desgraciados.

La admiración hacia los integrantes de esta religión crecía mientras que la popularidad de los romanos disminuía. Después de todo Marco Aurelio no estuvo tan equivocado al prever en ello un problema bastante agudo. Él no ordenó personalmente que se llevaran a cabo las torturas que se llevaron, pero sí ordenó hacer uso de la fuerza de la ley para reprimir a los que ya él veía como una amenaza al orden social, como explica Romaines “para reprimir la acción deletérea de las sectas no bastaba con preconizar una buena filosofía. Habría que infringirles los castigos previstos por la ley, superar la propia debilidad, vencer la repugnancia que se sintiera por todo lo que se parece a los modales de un tirano.”⁴³¹

⁴³⁰ Marco Aurelio, L. XI, 3

⁴³¹ Romaines, óp. cit., p. 158

3.6 Cómodo heredero

“El hijo tan querido de Marco le sucedió vitoreando por el Senado y la tropa; y al encumbrarse al trono, el mancebo venturoso no vio a su frente ni a competidor que derribar ni a enemigos que destruir. Parecía natural que antepusiese el cariño al aborrecimiento de los súbditos, y la gloria halagüeña de sus cinco antecesores, al paradero afrentoso de Nerón y Domiciano.”⁴³²

Después de la conspiración de Avidio Casio, la sucesión se convirtió en una de las preocupaciones centrales del emperador. Si no quedaba definido esto pronto, podrían suscitarse nuevas rebeliones que serían desastrosas para el Imperio. Marco Aurelio tenía el proyecto de convertir en provincia los territorios de los sármatas, marcómanos y cuados, y no podía permitir que una vez más este proyecto se viera interrumpido por una revuelta interna. Además su salud era precaria y sabía que el Imperio no estaría por mucho tiempo más a su cargo.

Birley explica que Pompeyano, yerno y amigo de Marco Aurelio, era una de los prospectos más indicados para sucederle⁴³³. Muchos asociaban el enlace de la hija de Marco Aurelio, la emperatriz Lucilla -quien estuvo casada con Lucio Vero- y de Pompeyano, a las intenciones del emperador de nombrarlo a este como su sucesor. Pompeyano era un hombre prudente y sencillo, cualidades que admiraba enormemente Marco Aurelio, además tenía una basta experiencia en los asuntos del Estado pues había sido senador, y cónsul en más de una ocasión, y había luchado admirablemente en las guerras del norte.

Algunos autores sostienen que es probable que Marco Aurelio haya ofrecido el trono primero a su yerno y que este lo haya rechazado, sin embargo esto es sólo una especulación. Lo cierto es que tiempo después, tras el asesinato de Cómodo,

⁴³² Gibbon, óp. cit., p. 111

⁴³³ Birley, óp. cit., p. 185

Pompeyano rechazó el ofrecimiento que le hizo Pertinax para que ocupara el trono imperial, con lo cual mostró una enorme prudencia, pues la suerte del próximo emperador no fue muy distinta a la de Cómodo. Al rechazar el trono, Pertinax se proclamó emperador y al poco tiempo, este fue asesinado por la guardia pretoriana⁴³⁴.

La situación sería muy complicada para el sucesor de Marco Aurelio, y es probable que Pompeyano estuviera consciente de ello. La circunstancias era muy diferentes a las que enfrentó Marco Aurelio cuando fue nombrado como futuro heredero por Adriano. Adriano nunca tuvo hijos y aunque Antonino si tuvo dos, estos murieron a muy temprana edad, por lo cual no existía nadie quien pudiera reclamar el trono. Además la amenaza en el *limes* del norte no era tan crítica como lo fue en los últimos años de Marco Aurelio, era un hecho que el Imperio era más vulnerable que antes.

En caso de que Pompeyano hubiese sido designado como el futuro sucesor seguramente Cómodo hubiera organizado una revuelta para reclamar el trono que le correspondía por derecho de sucesión. A pesar de sus cualidades, Pompeyano no podía ser más legítimo que el hijo del emperador, y aunque los senadores estaban de su lado, muchos generales le tenían ciertas reservas -lo que probablemente les hubiera llevado a apoyar al joven Cómodo. El Imperio sin duda se hubiera dividido.

Esta fue quizás la razón principal por la que Marco Aurelio decidió designar a su hijo como el heredero oficial del Imperio. No hay razón para creer que Marco Aurelio se haya dejado llevar por su amor paternal al tomar esta decisión, como lo sostienen muchos autores, pues él siempre condujo sus acciones de la manera más racional posible, además, a lo largo de su reinado demostró que había logrado establecer un balance adecuado entre las obligaciones que tenía con su familia y las que tenía con el Imperio. Lo que si puede ser cierto, es que Marco Aurelio haya guardado la esperanza de que su hijo Cómodo cambiara como lo había hecho el emperador Tito muchos años atrás.

⁴³⁴ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 209

Marco Aurelio no desconocía los defectos de Cómodo. A pesar de que no hay ninguna carta o documento que pueda mostrar los sentimientos del padre hacia el hijo ya adulto, resulta revelador el hecho de que en sus *Meditaciones*, sólo agradece a los dioses el no haber tenido hijos subnormales o deformes⁴³⁵. Por otra parte, parece ser que el emperador no era ajeno a todo lo que se decía de su hijo en las calles, pues cuando comenzaron a circular rumores más fuertes acerca de la crueldad de Cómodo, el emperador decidió pasar más tiempo con su hijo. Romaines escribe “De cuando en cuando pasaba una hora con él, no para reprenderle, sino con el propósito de hacerle reflexionar”, y argumenta que este afán del emperador de querer enderezar a su hijo, provenía de las enseñanzas que le habían dejado sus maestros estoicos.⁴³⁶ Según los principios de esta doctrina “no existe la maldad esencial e incurable de un individuo”⁴³⁷. En realidad en casi ninguna doctrina filosófica de la antigüedad existe la maldad como se conoce desde la tradición cristiana. Existen esencias más dispuestas que otras a la virtud, pero ningún filósofo sostenía que existía como tal, una naturaleza malvada.

Sin embargo entre el vulgo seguían circulando rumores sobre la crueldad del hijo del emperador. La anécdota más conocida de Cómodo, cuenta que cuando tenía once años, ordenó a un esclavo preparar su baño, y como este dejó entibiar el agua, le pidió a otro esclavo que lo echará al horno como castigo. Este quemo la piel de un borrego y se la entrego al joven para que pensara que era la del otro esclavo.⁴³⁸ Birley explica que esto debió suceder entre los años 172 y 173, cuando Marco Aurelio se encontraba al frente en el Danubio, y según este autor, esta sea quizás una de las causas del violento carácter de Cómodo. Su padre pasó mucho tiempo en la guerra, y no convivió realmente con él hasta que este alcanzó la edad adulta. Sin embargo existe el referente del mismo Marco Aurelio, quien también creció sin su padre –este murió cuando él tenía apenas tres años de edad- y

⁴³⁵ Marco Aurelio, L. I, 17

⁴³⁶ Romaines, óp. cit., p. 150

⁴³⁷ Ibíd., p. 151

⁴³⁸ Birley, óp. cit., p. 198

desde niño, cuando empezó a recibir las enseñanzas de sus maestros, mostró un carácter muy distinto al de su hijo.

En la Historia Augusta, se aprecia claramente el contraste. Mientras Marco Aurelio se visualiza como un joven solmene y virtuoso, de Cómodo se escribe “no le fueron útiles en ningún sentido los maestros de tantas disciplinas. Tanto puede la fuerza del propio carácter o la de aquéllos que actúan como preceptores en palacio. Porque desde su infancia fue impúdico, malvado, cruel, libidinoso, impuro en su boca y pervertido...”⁴³⁹ Si bien Cómodo no podía ser malvado de nacimiento, tampoco poseía una naturaleza apta para las virtudes.

Algunos en Roma, quisieron creer que si el joven Cómodo era de naturaleza tan distinta a la de Marco Aurelio, era porque en realidad este no era hijo del emperador. Se decía que era hijo de un gladiador con el que había tenido amoríos la emperatriz.⁴⁴⁰ Y es que cuando el joven comenzó a mostrar la gran afición que tenía que por espectáculos de gladiadores, llegando al extremo de pelear el mismo en la arena, los rumores no se hicieron esperar. Incluso cuenta Renan, que “se descubrió en el grupo de gladiadores un individuo con quien se le encontró cierta semejanza y se afirmó que ése era el verdadero padre de Cómodo.”⁴⁴¹ Sin embargo estos rumores quedan desmentidos con una carta que envió Frontón a Marco Aurelio, en la que le escribe a este que encuentra a sus dos hijos –Cómodo y su gemelo- idénticos a él físicamente, tanto, que nada podía ser más parecido⁴⁴². Marco Aurelio responde esta carta expresando a su amigo la dicha que sintió al ver a sus hijos saludables, sosteniendo uno un pedazo de pan blanco, como un autentico bebe real, y el otro, un pedazo de pan obscuro, como un autentico filósofo.⁴⁴³ Seguramente este parecido físico era perceptible a los ojos de todos, pero es posible que se haya inventado esta historia con el fin de librar al emperador del compromiso que tenía con su hijo, y aunque esto no se consiguió, este rumor no dejó de restar legitimidad al heredero.

⁴³⁹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 172

⁴⁴⁰ Renan, óp. cit., p. 190

⁴⁴¹ *Ibíd.*, p. 190

⁴⁴² Birley, óp. cit., p. 128

⁴⁴³ *Ibídem*

Marco Aurelio finalmente nombró a su hijo como su heredero. Pese a lo que se pudiera decir, Cómodo era más legítimo que cualquier otro hombre, además, el padre aún guardaba la esperanza de que las enseñanzas dadas al hijo algún día surtieran efecto. Después de todo ya había dado un buena lección al padre, “en 179, poco tiempo antes de su muerte, Marco Aurelio, seguido de su escolta, se adentró a caballo en una región al norte del Danubio, llena de bosques y de pantanos. Al apartarse de la pista estuvo a punto de hundirse con su caballo. Cómodo, que formaba parte del cortejo, se precipitó en auxilio de su padre y consiguió sacarle del mal paso mediante la fuerza de sus brazos.”⁴⁴⁴ Este suceso demostró que Cómodo no estaba desesperado porque muriera su padre para asumir el poder absoluto, pues pudo haber dejado que muriera en ese momento y nadie lo hubiera podido culpar. Después, para el emperador, Cómodo de todo no podía ser tan malo.

Algunos autores han matizado las ideas sobre la crueldad de Cómodo. Fueron sobretodo los cristianos los que se mostraron más indulgentes en su juicio respecto al él, pues curiosamente Cómodo fue mucho más tolerante con ellos que su padre. La causa principal de esta tolerancia, era la gente que le rodeaba, pues algunos esclavos y amigos de él predicaban esta religión, sin embargo los biógrafos encuentran que la principal causa de esta indulgencia era una joven cristiana llamada Marcia, la cual se convirtió en su amante oficial.⁴⁴⁵

Al parecer Cómodo intentó hacer justo lo contrario de lo que había hecho Marco Aurelio, quizás para librarse de la sombra que le hacía la inmensa figura de su padre. Puso fin a la guerra que le había costado la vida al emperador, fue indulgente con los cristianos, y se enemistó con la mayoría de los miembros del Senado, cuando Marco Aurelio había sido unos de los emperadores que más los había respetado.

Sin duda la naturaleza de Cómodo no era virtuosa, pero también es cierto que su carácter había sido forjado por ciertas circunstancias y que la sombra de su propio

⁴⁴⁴ Romains, óp. cit., p. 152

⁴⁴⁵ Ibíd., p. 155

padre le pesaría al punto de cometer acciones impulsivas y desquiciadas que al final lo arrastrarían hacia su propia muerte.

3.7 La muerte de Marco Aurelio

“El sabio salva su vida al perderla...”⁴⁴⁶

A unos pocos días de dar oficialmente inicio a la nueva campaña, Marco Aurelio cayó gravemente enfermo. Se especuló que la causante de la recaída en la salud del emperador era la peste que aún dieztaba algunos territorios del Imperio⁴⁴⁷. Sin embargo existían también los antecedentes de una enfermedad gástrica. Birley sostiene que es posible que el emperador haya sufrido de un cáncer de estómago⁴⁴⁸, por lo síntomas que presentó: cólicos, diarrea, náuseas, pérdida del apetito y agotamiento. Lo que resulta más factible, de estas dos posturas, es que el emperador efectivamente haya sufrido de cáncer, y que sus síntomas, en una etapa más avanzada se hayan confundido con los de la peste, que incluían entre otras cosas, náuseas, fiebre, y agotamiento extremo. Aunque también es factible que por su aparente debilidad, el emperador haya contraído fácilmente la peste que se esparcía por las tierras cercanas a Sirmium, donde deduce Birley que murió Marco Aurelio.⁴⁴⁹

Lo cierto es que Marco Aurelio ya había manifestado problemas en su salud desde tiempo atrás. Antes de la conspiración de Avidio Casio había enfermado gravemente y poco tiempo después de eso, durante su estancia en Roma, había vuelto a tener otra recaída fuerte. Aquella vez en Roma fue atendido por tres médicos que le indicaron que sufría de una enfermedad grave, sin embargo Marco Aurelio no quedó conforme con este diagnóstico y mandó llamar a Galeno, quien para sorpresa después de todos indicó que el emperador no tenía ninguna enfermedad. Después de tomarle el pulso por petición de los otros médicos, Galeno insistió en que lo que tenía el emperador se trataba de un simple malestar

⁴⁴⁶ Epicteto, *Máximas*, *Máximas diversas*, 33

⁴⁴⁷ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 141

⁴⁴⁸ Birley, *óp. cit.*, p. 210

⁴⁴⁹ Algunos biógrafos sostienen que el emperador murió en Vindobona, actual Viena, sin embargo Birley defiende la postura de Tertuliano, que sostiene que el emperador murió en Sirmium. *Ibíd.*, p. 210

estomacal, y dio al emperador un remedio que resultó mucho más fuerte que el de un simple malestar, con el argumento de que los reyes debían de usar los remedios más seguros. Marco Aurelio comprendió la hazaña de quien fuera su amigo y su médico, por lo que más tarde expresó de él “es el primero entre los médicos y único entre los filósofos.”⁴⁵⁰ Después de aquella recaída, no se volvió a hablar sobre la salud del emperador, y ésta se mantuvo estable hasta que al cabo de unos meses ya en el frente, este volvió enfermar de gravedad, esta vez para morir.

Del momento que cayó enfermo hasta su muerte transcurrieron pocos días, en los cuales el emperador no quiso comer ni beber casi nada, según sus biógrafos, para acelerar su desenlace.⁴⁵¹ Después de haber librado tantas recaídas en su salud, el emperador se convenció de que finalmente había llegado el momento de su descenso. No tenía la intención de prologar su vida ni un momento más.

En sus *Meditaciones* Marco Aurelio lo explica de esta manera, “«Mañana morirás o, en todo caso, pasado mañana», no habrías puesto mayor empeño en morir pasado mañana que mañana, a menos que fueras extremadamente vil. (Porque, ¿cuánta es la diferencia?). De igual modo, no consideres de gran importancia morir al cabo de muchos años en vez de mañana”⁴⁵², y añade más adelante “Remedio sencillo, pero con todo eficaz, para menospreciar la muerte es recordar a los que se han apegado con tenacidad a la vida. ¿Qué más tienen que los que han muerto prematuramente? En cualquier caso yacen en alguna parte Cadiciano, Fabio, Juliano, Lépido y otros como ellos, que a muchos llevaron a la tumba, para ser también ellos llevados después... ¿en qué se diferencian el niño que ha vivido tres días y el que ha vivido tres veces más que Gereneo?”⁴⁵³

Mientras estuvo en guerra, el emperador reflexionó mucho acerca de la muerte, incluso una buena parte de sus *Meditaciones* están impregnadas de esta “obsesión” que según Renan y Romain, persiguió al emperador los últimos años

⁴⁵⁰ Birley, óp. cit., p. 197

⁴⁵¹ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p, 141

⁴⁵² Marco Aurelio, L. IV, 47

⁴⁵³ *Ibíd.*, L. IV, 50

de su vida. Para él la muerte no era algo ni bueno ni malo, sino algo perfectamente natural, “si se la mira a ella exclusivamente y se abstraen, por división de su concepto, los fantasmas que la recubren, ya no sugerirá otra cosa sino que es obra de la naturaleza”⁴⁵⁴. Gran lector de las *Máximas* de Epicteto, Marco Aurelio había comprendido la muerte de esta manera, y es muy probable que durante su estancia en la guerra haya reafirmado estos pensamientos, pues en medio de tantas batallas *la muerte debía de parecer mucho más normal de lo que había sido antes*. Por otra parte se encontraba enfermo y fatigado, y su misma naturaleza lo obligaba a temerle cada vez menos y a desearla más.

Nunca evadió ninguna responsabilidad, hizo todo lo que debía hacer y trabajo muy duro, por ello cuando llegó a su muerte, llegó realmente agotado y con ganas de descansar. Hubiera sido quizás terrible que la muerte le sorprendiera en la plenitud de su vida, con tantos proyectos por delante, pero la muerte le llegó en el momento justo, y eso debió de haberlo agradecido a los dioses. En sus *Meditaciones*, él escribe “Te embarcaste, surcaste mares, atracaste: ¡desembarca! Si es para entrar en otra vida, tampoco allí está nada vacío de dioses; pero si es para encontrarte en la insensibilidad, cesarás de soportar fatigas y placeres y de estar al servicio de una envoltura tanto más ruin cuanto más superior es la parte subordinada: ésta es inteligencia y divinidad; aquélla, tierra y sangre mezclada con polvo”⁴⁵⁵, e insiste sobre este tema “...recuerda, sin embargo, que te verás libre de unos hombres que no tienen los mismos principios que tú. Porque tan sólo esto, si es que se da, podría arrastrarte y retenerte en la vida, a saber, que se te permitiera convivir con los que conservan los mismos principios que tú. Pero ahora estás viendo cuánto malestar se da en la discordia de la vida en común, hasta el punto de que puedes decir: «¡Ojalá llegaras cuanto antes, oh muerte, no vaya a ser que también yo me olvide de mí mismo!».”⁴⁵⁶ Más adelante hace otra reflexión que resulta particularmente interesante “¡cuántas y cuán diferentes razones existen por las cuales muchos desean verse libres de nosotros! Esta reflexión te harás al morir, y te irás de este mundo con ánimo bastante más plácido si te haces esas consideraciones: «Me alejo de una vida tal, que en el curso de ella mis

⁴⁵⁴ Marco Aurelio, L. XII, 12.

⁴⁵⁵ *Ibíd.*, L. III, 3

⁴⁵⁶ *Ibíd.*, L. IX, 3

propios colaboradores, por los que tanto luché, supliqué, sufrí desvelos, ellos mismos quieren retirarme, confiados en la posibilidad de obtener cierta comodidad con mi partida»⁴⁵⁷

A pesar de lo que dicen los biógrafos acerca de que el emperador fue muy amado por toda su gente, Marco Aurelio expone más de una vez en sus *Meditaciones*, que su muerte libraría a muchos hombres de su presencia. No se sabe con exactitud a que hombres se haya referido el emperador, lo que es un hecho, es que Marco Aurelio sabía que detrás de las caretas lisonjeras que mostraban algunos sus colaboradores, podía llegar a existir frustración, rencor, o simple hastío. Su incasable ritmo de trabajo, su interés en cada asunto -que rayaba en la "intromisión" para algunos-, la rectitud de sus valores, y la audacia de sus juicios, podían resultar demasiado incómodos para la gente que laboraba con él. Sin embargo, a pesar de la consciencia de esta situación, Marco Aurelio trató siempre con amabilidad a todos, y con la seguridad de lo que representaba su propia figura, les confió siempre funciones importantes.

Unos días antes de su muerte mandó llamar a su gente más cercana y según cuenta el testimonio "al tiempo que se reía de las cosas humanas y despreciaba la muerte, les dijo: «¿Por qué me lloráis y no pensáis más bien en la epidemia y en la muerte de todos?». Y, al ver que deseaban retirarse les dijo gimiendo «Si ya me despedís, os digo adiós, y me adelanto a vosotros». Y cuando le preguntaron que a quién recomendaba a su hijo les contestó: «A vosotros, si es digno de ello, y a los dioses mortales»"⁴⁵⁸

A propósito de Cómodo, cuenta Romaines que sus oyentes le dieron a entender al emperador que su hijo necesitaría a un regente que lo ayudase con la dirección de Imperio, sin embargo el emperador se negó.⁴⁵⁹ Al día siguiente, ya más grave, Marco Aurelio sólo recibió a su hijo, a quien se cuenta, le pidió que no despreciara los últimos coletazos de la guerra para que nadie lo tomara como traidor a la

⁴⁵⁷ Marco Aurelio, L. X, 36

⁴⁵⁸ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), óp. cit., p. 141

⁴⁵⁹ Romaines, óp. cit., p. 125

patria⁴⁶⁰, pero este se desentendió pronto de sus obligaciones argumentando a su padre moribundo que lo único que le importaba por el momento era velar por su propia vida, pues sólo en la medida en que gozara de una buena salud podría atender la tarea que le había sido encomendada. Marco Aurelio le dijo que hiciera entonces lo que considerara necesario, pero que esperara aunque fueran algunos días para partir de nuevo a Roma.⁴⁶¹ En ese mismo momento, un tribuno buscó al emperador para pedirle una consigna, y este amablemente le dijo, «Ve a pedírsela al sol naciente. Yo me acerco a mi poniente».⁴⁶² Después se cubrió la cabeza como para dormir y en la noche siguiente murió, sereno, y sin agonía.

Su cuerpo fue transportado a Roma y se le dio sepultura en el mausoleo de Adriano. Por todo el Imperio se sufrió su partida. Renan menciona que era tanto el afecto que sentían hacia él que cada cual a su edad solía referirse a él como “Marco, mi padre; Marco, mi hermano; Marco, mi hijo”. El día de los funerales apenas si se derramaron lágrimas, pues la gente quiso pensar que el gran emperador había retornado con los dioses que lo habían prestado un momento a la Tierra. “Durante la ceremonia de los funerales se le proclamó dios propicio con una espontaneidad sin ejemplo. Se declaró sacrilegio al que no tuviese su imagen en su casa, si sus medios se lo permitían... El nombre de Antonino fue en adelante sagrado”.⁴⁶³

En todo el proceso de su muerte Marco Aurelio jamás se lamentó de que su vida estuviera llegando a su final, sino por el contrario se mostró tranquilo y complacido por los dioses por haberle permitido cumplir cabalmente sus deberes y por haberlo llamado finalmente en el momento preciso.

El emperador vivió y murió como los grandes, como los hombres de razón de los que él tanto escribió. Cabe recordar dos citas más que él mismo plasmó en sus *Meditaciones*, citas que deben ofrecer un retrato inmejorable de sus últimos momentos “...es propio de un hombre dotado de razón comportarse ante la

⁴⁶⁰ Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *óp. cit.*, p. 141

⁴⁶¹ *Ibíd.*, p. 141

⁴⁶² Romains, *óp. cit.*, p. 125

⁴⁶³ Renan, *óp. cit.*, p. 195

muerte no con hostilidad, ni con vehemencia, ni con orgullo, sino aguardarla como una más de las actividades naturales”⁴⁶⁴; “Acaba tu vida alegremente, como la aceituna que, llegada a la sazón, caería elogiando a la tierra que la llevó a la vida y dando gracias al árbol que la produjo.”⁴⁶⁵

⁴⁶⁴ Marco Aurelio, L. IX 3

⁴⁶⁵ *Ibíd.*, L. IV, 48

Conclusiones

Las circunstancias en las que se dio el ascenso de Marco Aurelio explican en buena medida la razón por la que un hombre de tales dimensiones éticas ascendió al poder. El Imperio Romano comenzaba a colapsar y sólo ante tal peligro, el virtuosismo de un hombre podía descollar en el mundo, pues como menciona Maquiavelo, los hombres necesitan al virtuoso y necesitan de sus virtudes para sobrevivir en una situación adversa.

Después de los desvaríos de Domiciano, fue el mismo pueblo romano quien se empeñó en fundar el régimen de buenos soberanos, encumbrando en el trono a Nerva para que este después adoptara al hombre que más tarde conquistaría el título de “padre de la patria”.

Ahora bien, a pesar de que los emperadores del siglo II fueron producto, en parte, de la necesidad, no todos se comportaron de manera igual, y no todos fueron igual de virtuosos.

Marco Aurelio fue virtuoso en todos los aspectos y en la única forma que podía serlo bajo la perspectiva de la filosofía clásica griega. En él parecía existir una unidad perfecta, pues su conducta fue intachable, tanto en su vida personal como en la pública. Sin embargo lo más importante de su virtud, residía en la capacidad que tenía para comprender y comprometerse con el mundo que le rodeaba sin abandonar nunca sus principios. Marco Aurelio asumió con valentía la responsabilidad que tenía en tanto emperador de Roma, de salvaguardar al Imperio pese a su aparente decadencia, y no sólo eso, sino que además desempeño su cargo de manera ejemplar, poniendo por delante siempre las virtudes que había ya aprendido del estoicismo.

Como emperador fue prudente y justo en su proceder. Trató a cada quien como correspondía, según sus características y sus méritos; supo ganarse el favor tanto de los miembros más distinguidos de la sociedad como del pueblo, procurando el

bienestar de todos en la medida de lo posible y tratando de reducir la brecha que existía entre estos; trató de no enemistarse con los miembros activos de su gobierno y fue particularmente respetuoso en lo que atañía a las deliberaciones y fallos del Senado; en general, fue firme e incluso enérgico en sus decisiones cuando fue necesario, y no falseo nunca por miedo, ni tomó decisiones desesperadas a pesar de la presión a la que debía estar sujeto; fue compasivo con los más desfavorecidos, e incluso piadoso con sus enemigos.

Se puede decir que con esta conducta Marco Aurelio venció la fatalidad, pues ante un panorama donde los vicios y la corrupción han invadido casi todos los espacios de la vida social, el virtuosismo de un hombre puede iluminar y redimir a todo un pueblo, en primer lugar porque el virtuoso demuestra al mundo que es posible lo que se creía imposible, y en segundo lugar porque con su paciencia y prudencia, el virtuoso domina al miedo y refrena la desesperación y la apatía que generalmente sobrevienen ante una circunstancia desafortunada, y que terminan siempre por conducir a los hombres hacia su propia perdición.

El virtuoso, por lo tanto, no es el hombre que vence la fatalidad tratando de cambiar las circunstancias, pues el virtuoso, desde esta perspectiva, está consciente de que el futuro no le pertenece. Sabe que podría planear y al día siguiente todo cambiaría. Además, el afán de querer transformar las cosas lejos de aportar un beneficio a los demás, sólo termina por dañar aún más la armonía que por principio debe de regir el universo, pues, “tal encadenamiento de las parte se rompe, en cuanto depende del hombre, cuando se obstina en rebelarse contra los acontecimientos e intenta, en cierto sentido, destruirlos”⁴⁶⁶

El virtuoso que encarna Marco Aurelio, es un hombre realista, que se adapta a su circunstancia e intenta vivir siempre en armonía con el universo. Esto no significa que el virtuoso sea un hombre conformista, sino que por el contrario es un hombre prudente pero ante todo valiente, pues el tratar de comprender el mundo como es, aceptarlo y aún mantener intactos los principios puede constituir un reto que no cualquiera está dispuesto a tomar.

⁴⁶⁶ Jesús Daza Martínez, óp. cit., p. 284

Finalmente, a pesar de que con Marco Aurelio se termina el régimen de buenos emperadores, el legado que dejó este emperador a la humanidad resulta de un valor invaluable. Marco Aurelio dio rumbo a las acciones de los individuos que se hallaban perdidos entre tantas liviandades y ahogados entre tanta libertad, y devolvió el aliento al Imperio, cuyos pobladores se sofocaban ya, ante la consciencia de su propia decadencia.

Sin duda, su figura representó en el Imperio y representará para siempre, la vuelta de un ideal, la resurrección de un sueño.

En los escritos de los efesios se encontraba una máxima: «recordar constantemente a cualquiera de los antiguos que haya practicado la virtud»⁴⁶⁷.

⁴⁶⁷ Marco Aurelio, L. XI, 26

Bibliografía

- Aristóteles, *La política*, versión directa del original griego de Manuel Briceño Jáuregui, Colombia, Panamericana Editorial, 2000, 364 p.
- Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Madrid, ed. Gredos, 2000, 301 p.
- Platón. *La República*, traducción de Conrado Eggers Lan, España, Gredos, 1988, 502 p.
- Platón, *Menon o de la virtud*, Madrid, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, tomo 4, 1871, 71 p.
- Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud*, Barcelona ed. De bolsillo, 2004, 375 p.
- Antonio Gómez Robledo, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales*, México, FCE, 1996, 242 p.
- Cicerón; Séneca, *Tratados morales*, México, ed. W.M Jackson, 1976, 474 p.
- Epicteto; Marco Aurelio. *Manual y Máximas / soliloquios*, México, ed. Porrúa, 1995, 196 p.
- Marco Aurelio, *Meditaciones*, Madrid, Ed. Gredos, 1977, 251 p.
- Marco Aurelio, *Pensamientos, cartas, testimonios, estudio preliminar, traducción y notas de Javier Campos Daroca*, Madrid, ed. Tecnos, clásicos del pensamiento, 2010, 217 p.
- Antonio De Guevara, *Libro áureo de Marco Aurelio*, [en línea], versión de Emilio Blanco, Madrid, *Biblioteca Castro* de la Fundación José Antonio de Castro: *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, tomo I , 1994, 333 p., Dirección URL: <http://www.filosofia.org/cla/gue/guema.htm>, [consulta: 20 de abril de 2013]
- Anthony Birley, *Marcus Aurelius: a biography*, Londres, Routledge, 2000, p. 320 p.
- Pastor Gómez, *Marco Aurelio, 121-180*, Madrid, ed. Del Orto, 1995, 93 p.
- Jules Romains, *Marco Aurelio: o el emperador de buena voluntad*, Madrid, ed. Espasa Calpe, colección Austral, 1971, 168 p.
- Jesús Daza Martínez, *Ideología y política en el emperador Marco Aurelio*, Lucentum. III, [en línea] , España, editado por Universidad de Alicante,

1984, pp. 279-298, Dirección URL: <http://hdl.handle.net/10045/4493>, [consulta: 3 de noviembre de 2013].

- Vicente Picón; Antonio Cascón (editores), *Historia Augusta*, Madrid, Ediciones AKAL, 1989, 784 p.
- Suetonio, *La vida de los doce césares*, México, ed. Porrúa, 2010, 266 p.
- Roger Rémondon, *La crisis del imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Editorial Labor, 1967, 310 p.
- Ernesto Renan, *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo ; precedido de la plegaria sobre la Acrópolis*, México, ed. Porrúa, 1990, 258 p.
- Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Tomo I, Madrid, ed. Turner, 1984
- Nicolás Maquiavelo, *Obras Políticas: Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, La Habana, Ed. De Ciencias Sociales, 1971, 375 p.
- José Manuel Roldán; José María Blázquez; Arcadio del Castillo. *El Imperio Romano*, Historia de Roma, tomo II, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989, 515 p.
- Mijail Rostovtzeff, *Historia social y económica del imperio romano*, tomo I, traducido del inglés por I. López-Ballesteros, Madrid, ed. Espasa Calpe, 1981, 563 p.
- Peter Garnsey; Richard Saller, *El imperio romano : economía, sociedad y cultura*, traducción castellana de Jordi Beltrán, Barcelona, Editorial Crítica, 1991, 271 p.
- Aulo Gelio, *Noches áticas*, traducido del Latín por Francisco Navarro y Calvo, Buenos Aires, ed. El ateneo, Colección clásicos inolvidables, 1955, 571 p.
- Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e historia: el fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, ed. Siglo XXI, 1995, 250 p.

